Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

2



Las invasiones de los bárbaros

A pedido de la Corporación de Abogados Católicos, el P. Alfredo Sáenz dictó en Buenos Aires la primera parte de un ciclo de conferencias sobre la Iglesia en las encrucijadas de la historia. Se incluye acá el cuarto tema que lo integra.

Esperamos que las reflexiones del autor sean útiles no sólo para una mejor inteligencia de la teología de la historia, sino también de las circunstancias tan agobiantes que nos toca transitar. El libro, aunque lleno de dramatismo, está preñado de consolación.

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

Las invasiones de los bárbaros

EDICIONES GLADIUS

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

Tomo 1. PRIMERA TEMPESTAD
La Sinagoga y La Iglesia Primitiva
SEGUNDA TEMPESTAD
Las Persecusiones del Imperio Romano
TERCERA TEMPESTAD
El Arrianismo

Tomo 2 . CUARTA TEMPESTAD
Las Invasiones de los Bárbaros

Imagen de portada: *Emperador Carlomagno*, Albrecht Dürer (1471-1528), Museo de Viena

Sáenz, Alfredo, Padre
La Nave y las Tempestades : Las Invasiones de los Bárbaros.
1° ed. 1° reimp. - Buenos Aires : Gladius, 2009.
184 p. ; 18x11 cm. - (La Nave y las Tempestades)
ISBN 978-950-9674-65-3
1. Historia de la Iglesia. I. Título
CDD 270.09

Fecha de catalogación: 13/08/2009

Índice

Presentación

Tormenta o calma chicha

Este trabajo es parte de una serie titulada *La Nave y las Tempestades*, imagen archiconocida de Marcos 4, 35-40, Lucas 8, 22-25 y Mateo 8, 23-27, donde el relato de Marcos es de lejos el más completo e inquietante, dada su perspectiva crítica frente a los fieles y los apóstoles en particular, sin contar la predicación de Jesús desde la barca, cuya exégesis no he de hacer para evitar que el mismo P. Sáenz desobedeciendo al último concilio me excomulgue *ipso facto*.

Me mantendré pues en plena e inocente literatura. Se trata por cierto de una imagen, interpretada a veces como un símbolo o una alegoría analgésica cada vez que los feligreses le preguntan al cura cómo van las cosas: "¡No pasa naranja, dormite tranquilo que Cristo está con la Iglesia, o sea con nosotros, hasta la consumación de los siglos!". Así lo interpretaron los cristianos de todo el Norte de África, instalados en aquel barco importante de la Flota de la Iglesia cuando llegaron los vándalos y luego los musulmanes. Lo cierto es que se hundió, no quedando ni el recuerdo del casco y su naufragio. También se deben haber llevado un chasco los 200 millones de víctimas del Comunismo, aunque por ahora los olvidaremos displicente-

mente porque eran preconciliares, cismáticos y tradicionalistas en su mayor parte. Ni qué decir los católicos y cristianos exterminados como bestias en Asia y África durante estos días.

No dudo de que la aludida interpretación consoladora sea cierta tomada en absoluto, formal y místicamente, para los pocos que, según dice la Revelación, mantendrán la Fe como un pequeño rebaño al fin del mundo; tampoco dudo que conserve todo su valor para explicar por qué diablos se ha mantenido la Iglesia a través de dos mil años a pesar de tanta gente como uno. Todo el curso del P. Sáenz está destinado a recordarnos que la Iglesia Católica Apostólica y Romana –con perdón de estos adjetivos antediluvianos–, se mantendrá y conservará la Fe hasta el último día, a pesar de la connatural presencia de esos polizontes anticrísticos en las carabelas eclesiales (1 Juan, 4, 3) e incluso a veces actuando como timoneles (2 Tes. 2, 4). Persistirá pues, según la promesa, no la Iglesia "espiritual", la de "la esencia del cristianismo", según esta y otras expresiones gnósticas, sino la Nave de la Iglesia jerárquica e institucional, con autoridades, dogmas, pecados, rituales, códigos, etc., con la "burocracia" en fin, como los modernistas resumen, sin saber qué hacer con todo ello, salvo encaramarse.

Aclarado esto, dejemos la nave y pasemos a los barquitos, donde al fin y al cabo también estamos trepados, a veces como en la *Barca de la Medusa* de Gericault. Siempre los navíos de la escuadra cristiana están ante el riesgo de desmantelamiento

y la invariable amenaza del naufragio. pero además muchísimas veces naufragaron realmente importantes y prestigiosos galeones, naufragaron de modo catastrófico, aunque nos consolemos diciendo que sólo se fueron a pique algunos botes o botarates ineptos para la navegación e incapaces de *aggiornarse*. de entrar en el *ralliement* o la transa a tiempo. Conviene advertir que los Titanics católicos no sólo pueden hundirse en el mundo subdesarrollado: Roma está siempre en la mira. la Roma espiritual y la encarnada, *Roma debe morir* es el título de un valiente libro de Marc Dem; el humanismo de los derechos humanos no es garantía para nada, ni para seguir cobrando entrada en los museos del Vaticano. Está organizada desde hace siglos una olimpíada de fusiladores y de tiro al cuervo, donde se anotan masones, hermanos separados, unidos a toda costa, o mayores en la infidelidad, imanes. sionistas y últimamente hasta Maradona.

La imagen misma de la Nave en medio de las tormentas se hunde. "en el imaginario" de nuestro catolicismo: van desapareciendo las tormentas reemplazadas por utopías de desarrollo, de civilizaciones enamoradas de sí mismas, y de esa paz ecuménica con que los católicos venimos soñando con dudosa conciencia muy especialmente desde el cardenal de Cusa.

Por todo eso es por demás acertado el título de estos estudios, tal como lo dice Federico Mihura Seeber al presentar la serie y exhortarnos a leer ortodoxamente, en el peor y más tradicional senti-

do del término, la historia de la Iglesia para conservar la Fe en medio de sus acontecimientos trágicos, tragicómicos mejor dicho, como enseña la inspirada ironía del relato evangélico.

Amordazar al transgresor

El P. Sáenz fue acusado de muchos delitos de opinión, acusación sin duda veraz, porque opina libremente, disintiendo del pensamiento único mundialista y sobre todo del pensamiento único católico hoy predominante, que no es sino un apéndice o mejor dicho una peritonitis del anterior. Hasta ahí la casa estaría en orden, en el orden del nuevo orden mundial, pero lo insólito es que además fue acusado de utilizar sus exposiciones históricas para referirse a los sucesos actuales, como si este método fuera un pecado contra la modernidad o el ecumenismo, acusación infundada, pues toda historia es historia contemporánea como decía Benedetto Croce, a quien nadie acusará de reaccionario, pues era hegeliano y la cabeza del liberalismo progresista. No hay "historia antigua" salvo en su sustento material, es decir en el contenido de la anécdota, pues ya su mismo relato, el estilo literario, digamos, de toda historia, está comprometido con la actualidad, y ni qué decir de la selección de los hechos, los principios empleados para seleccionarlos y, en fin, el juicio sobre el conjunto.

No es arqueología recordar, precisamente ahora, los desplazamientos masivos de poblaciones asiáticas que venían empujando por oleadas suce-

sivas desde hacía unos ocho siglos y completaron los 1000 años de migraciones, al decir de un moderno historiador alemán. Franz Altheim, que tampoco es un arqueólogo y cuyo modelo es Prisco, el gran historiador bizantino. Al contrario, escribe como el P. Sáenz, con el cerebro torturado por las actuales y próximas migraciones que seguramente trastrocarán la Europa y el mundo conocido por nosotros: "Nadie puede decir a dónde nos conducirá esta novedad que todos experimentamos. Sólo sabemos que está ocurriendo y diariamente podemos ver las pruebas de ello. La observación histórica de la antigüedad tiene la ventaja sobre otros períodos, en particular sobre la historia reciente, de mostrar etapas que han llegado a su término. Permite conocer cuándo se inician ciertas etapas, cómo llegan a su culminación y cuándo terminan. Revela lo pasajero de los acontecimientos, pero también sus leyes, y el observador puede distinguir entre lo particular y lo universal. Sólo un conocimiento tal permite arribar a conclusiones válidas para la situación actual" [1].

El P. Sáenz no hace, pues, arqueología –dejando a salvo el valor de esta disciplina tan importante– sino que difunde hechos claves de la historia de la Iglesia y del cristianismo; sus relatos, en conclusión, tienen vigencia, actualidad y compromiso, como se acostumbra a decir ahora, y ése es el principal

1 *El Imperio hacia la Medianoche. El camino de Asia hacia Europa*. Eudeba, Buenos Aires, 1971, p. 13 (1ª ed. alemana, 1955).

motivo que nos debe incitar a su lectura y difusión. Sin duda sus criterios disgustarán a muchos, pero ello está en la naturaleza de los temas morales y políticos que permiten múltiples interpretaciones, y no conviene amordazarlo aunque las consecuencias espirituales resulten incómodas para los titulares del poder religioso o estatal que promueven la última versión políticamente correcta. Entiendo perfectamente y hasta casi justifico el reproche y la censura *de facto* contra el P. Sáenz, porque la concentración del poder y el ataque a la Iglesia, por más ecumenismo que enarbole, son cada día más desembozados; el temor se extiende sobre los cristianos de modo que cada uno toma sus precauciones. Sin embargo gozamos todavía de una cierta libertad en ámbitos pequeños que, según dicen los optimistas, serán tolerados siempre como válvula de escape; todavía el progreso científico no está a la altura de los revolucionarios como Rousseau y Mably que soñaban con reprimir legalmente el mero pensamiento interior y secreto y las impresiones, aunque sean pasajeros. Aprovechemos pues este margen de libertad que nos conceden los actuales desperfectos científicos y técnicos.

Bárbaros

La etimología de "bárbaro", onomatopéyica, no alude a la raza o a la sangre. Su núcleo semántico apunta al lenguaje, más concretamente a la sonoridad ininteligible y estruendosa del otro, y así fue usada por Homero, sin la carga de agravios o desconfianzas que adquiriera luego en especial a causa

justamente de las invasiones. Claro que también adquirió matices positivos de orgullo y desafío como se ve en la cita de Taciano más abajo y en nuestro propio uso lingüístico. De todos modos la solemos usar con otro matiz peyorativo muy conocido para referirnos a pueblos ajenos a la cultura grecolatina, en lo inmediato ajenos al orden imperial romano y específicamente al orden imperial romano-cristiano de la época abordada por nuestro autor. Este uso ha sido criticado por implicar una superioridad cultural, lo que atentaría contra la igualdad e indiferenciación de pueblos supuestamente todos iguales hasta que alguno cae en el eje del mal. No participamos de esa artificialidad, pero advertimos que suele reemplazarse la expresión invasiones bárbaras por "transmigraciones", en apariencia más inocua, o "ingeniería social espontánea", para diferenciarla de la soviética, etc.

A fines del siglo II y hasta 50 años después, el Imperio Romano parecía eterno e indestructible, al extremo que el orador Aelio Arístides expresó los sentimientos generales al exclamar, como si estuviera hablando en la legislatura porteña, o explicando el sermón de la montaña a parroquianos desprevenidos después de la guerra de Malvinas: "Ya no se cree en guerras, aun cuando hayan existido en siglos pasados, y la masa se entera de ellas como de otros mitos", pues al ocurrir tan lejos de Roma, "se convierten sencillamente en mitos"; "como si se dispusiera a celebrar una fiesta, el Universo se ha despojado del hierro, su antigua indumentaria, encaminándose libremente hacia la alegría y la belleza", etc., etc.; pero, como en el siglo

XX, todos estaban sentados en un volcán. Baste esto para ubicarnos un poco en la realidad y la ideología de la época.

Entrando en el tema el P. Sáenz nos advierte que hay bárbaros y bárbaros, a saber, los bárbaros del Asia que se mantuvieron recalcitrantes aniquiladores del mundo invadido. de modo que, muchas veces, primó la ferocidad. San Jerónimo lamenta los asesinatos, las violaciones: "los sacerdotes y clérigos son pasados a cuchillo. Las iglesias son profanadas y desvalijadas. Los altares de Cristo son convertidos en establos; los restos de los mártires son arrojados de sus tumbas". Todo esto como en la revolución francesa, Napoleón o la república española. En cambio los bárbaros de la Europa nórdica y sus vecindades se mostraron asimilables, más aún, colaboraron muchas veces activamente con el Imperio frente a los asiáticos. Intentaron asimilar su cultura, especialmente su organización política, y se nutrieron con algunos aspectos del cristianismo.

En esta actitud debe haber influido la vecindad, pues aun los bárbaros más lejanos conocían de mentas algunas ventajas del orden imperial, su inmenso prestigio, más o menos como los argentinos que se van a Miami. Más bien menos, pues Alarico estaba tan impresionado por Atenas que luego de conquistarla exigió como único derecho pasear por la ciudad, conocer el Partenón, hacerse leer el *Timeo* y asistir a la representación de *Los Persas*. Muy temprano los bárbaros ingresaron en el ejército; así los casos emblemáticos de Estilicón o Ae-

cio, más aún, terminaron copándolo. porque esa alianza era indispensable para frenar a sus congéneres más intemperantes. Recuérdese que en la famosa batalla del puente Milvio la parte más importante del ejército de Constantino era galo-germana En fin terminaron emperadores incluso beduinos. galos, españoles, etc., como Filipo y Trajano. El imperialismo se sostenía por necesidad en el mayor pluralismo cultural. religioso y racial.

Observadores muy agudos. desde Tácito en adelante, cayeron en la tentación de idealizar al salvaje para contraponerlo con la civilización decadente romana, como si los invasores hubieran sido puritanos. Hay de todo y entre ello vale la pena leer la autocrítica de Salviano de Marsella. un Padre de la Iglesia cuyos sabrosos párrafos pueden consultarse en extenso; no tenía pelos en la lengua: "Somos impúdicos entre bárbaros impúdicos; diré más aún ¡los mismos bárbaros se escandalizan por nuestras impurezas!". "Mientras afuera [de Cartago] algunos eran degollados. adentro se fornicaba".

Salviano, a diferencia de San Agustín, declara: "Es que los que conocen la Ley divina y la dejan de lado son mucho más culpables que los que, ignorándola, no la cumplen". La iglesia queda desierta y el circo lleno..., etc.

También para Gibbon el imperio fue vencido y esclavizado cuando y porque era cristiano. Con su pluma notable terminó por convencer a los nobles ingleses de que era necesario desembarazarse de la Fe católica para conseguir un poder perdurable.

Así pues la historia de Roma es maestra para todos y a la medida del colegial.

El P. Sáenz no pierde las mañas. Se detuvo en Salviano "porque nos pareció muy adecuado a lo que acontece entre nosotros" (pp.86-87). A la similitud apuntada hay que agregarle muchos ingredientes específicos, pues ahora hasta ciertos intelectuales a veces se dan cuenta de que las ilusiones del progreso moral y político resultan algo infundadas cuando caen las murallas interiores. Además la técnica y la ciencia, al servicio de la decisión militar, hacen más evidente la carencia de perspectivas, de "futuro" en la jerga actual, no tanto económicas sino espirituales y políticas; esta desilusión es participada por muchos pueblos sodomizados, al decir del gran poeta Pierre Pascal, por los bárbaros actuales de caviar y guante blanco.

Estrategia de los invasores

Primera solución: *no contaminarse*. La más extrema hubiera sido destruir todo, salvo la organización administrativa. Sólo los vándalos lo intentaron con el arriano Genserico con su intento de transformar sus 100.000 vándalos en una casta aparte, una tribu explotadora, incontaminada con el pueblo vencido, "para lo cual prohibió bajo pena de muerte los matrimonios entre vándalos y gente del lugar. En el plano religioso, lanzó una verdadera persecución, una de las más grandes de la historia" (p.91), pero fueron vencidos, pues "en el lapso de una generación se dejaron ganar por todos los vi-

cios de las ciudades en que vivían", dice el P. Sáenz (p.95). Les faltaba además la convicción teológica de ser "el" pueblo elegido por Dios, a lo que me referiré luego.

Segunda solución: *fusión* de grandes valores, pero no de estirpes. Varios germanos lo hicieron, por ej. Ataúlfo, cuñado de Alarico, quien contrajo matrimonio con su prisionera, Gala Placidia. Convencido de que "los godos no eran capaces de obedecer las leyes" (p.94) trató, en consecuencia, de sostener al Emperador con el título de restaurador, idea que retomó Teodorico, rey de los ostrogodos; casó a sus hijas con reyes bárbaros y no buscó fusionar las etnias del estado ostrogodo, pero sometió a godos y romanos a las mismas leyes. "A los romanos las obras de paz, a los godos el cuidado de protegerlos con las armas". La mezcla fue prohibida porque "traería consigo un debilitamiento del carácter" (p.96). Teodorico procuró, pues, la separación de razas y la fusión por medio de un proyecto político centrado en su persona, esfuerzo único para sostener el edificio Imperial. Tuvo excelentes consejeros que no terminaron bien, según suele ocurrir en estos casos; así Boecio, llamado el último de los antiguos, y Casiodoro, ambos católicos, pero el caudillo no comprendió que la fusión era imposible sin la unidad de la Fe (p.99); mejor dicho, no tuvo la confianza en el poder de la Fe, a diferencia de los españoles en América; éstos cerraron los ojos ante los más obvios pecados de carnes tan diversas y promovieron el mestizaje, actitud que nuestros intelectuales les reprochan como causa del fracaso político posterior a las "revo-

luciones libertadoras" que terminaron por disolver el imperio hispano indígena. A favor de Teodorico y muchos otros, ha de decirse que estaban apenas en los preámbulos de la Fe, carecían pues de madurez, de experiencia, y no podían apoyarse en la tradición cultural de la Iglesia.

Tercera solución: *conversión*. Clodoveo, que no era arriano sino pagano, "era más pasible de ser convertido con mayor facilidad. Mucho más difícil es convertir a un hereje que a un pagano. Por eso la Iglesia decidió volverse hacia los francos" (p. 102). Aquí tanto en la decisión de Clodoveo y sus francos como en la de Constantino, muchos de nuestros correligionarios y otros que no lo son tanto, suelen escandalizarse, porque la conversión sería impura, interesada, política, tribal, y adjetivos similares.

El tema vale la pena y para seguir con Altheim, veamos este párrafo. Tanto los germanos como los turcos y árabes andaban con sus dioses: "A los árabes preislámicos se les conoce un sinnúmero de deidades locales, una de las cuales, el dios del sol de Emesa, por un tiempo había hecho las veces del dios del Imperio Romano, hasta ser desplazado por una iglesia imperial. Al adoptar una religión nueva o, como lo hicieron los árabes, crear una religión propia de nueva índole, se le dio a todo eso un matiz guerrero. El mensaje de Mahoma se nutre de la guerra contra cuantos profesen otra religión, y más que cualquier otra, la religión islámica estaba basada en la espada. En los germanos también se manifiesta una actitud similar".

"No fue la persona de Jesús ni la doctrina de San Pablo la que les produjo impresión sino la magna figura de Constantino. Era el gran señor y emperador, por ese hecho también profeta. En lugar de la fe en la redención y en la resurrección habían adoptado e imitado las armas portadoras de gloria y victoria, protegidas por los dioses, tales como el lábaro, casco y escudo". En la misma página se contradice abiertamente, lo que es perdonable en acontecimientos tan complejos analizados desde la perspectiva de la nueva derecha y con una exégesis claramente historicista de obediencia protestante: "Además de lo que acabamos de exponer, no fue tanto el dogma o el anhelo de salvación, sino más bien el mito de Cristo, lo que atraía a los nuevos pueblos. Lo relatado en los evangelios como hecho histórico, se convirtió de mero acontecimiento, en una serie de configuraciones que contenían aserciones fundamentales y perdurables acerca de Dios y el hombre, además de pautas y modelos. Lo que por su origen quedara arraigado en su época, vino a convertirse así en algo eterno independiente de la época en que sucedió. El paso de Jesucristo por esta tierra, vivencia irrepetible de una figura irrepetible, se convirtió entonces en mito inalienable que ha ido acompañando la Edad Media y Moderna a través de los siglos" [2].

Imposible comentar todos los equívocos de este párrafo, pero apuntemos al principal. La conver-

2 Altheim, Franz, *Visión de la Tarde y de la Mañana-De la Antigüedad a la Edad Media*. Buenos Aires, Eudeba, 1965, p. 42.

sión de un pueblo puede comenzar por donde sea, por recaudadores de impuestos, miembros del sanedrín o pescadores, así también entre los gentiles por los esclavos o por los nobles, pero la adhesión masiva de un pueblo suele plasmarse o formalizarse por una decisión de la cabeza política, en particular, empleando una expresión desprestigiada, por la decisión de un caudillo iluminado. También en las desconversiones como en la de Cromwell o Enrique VIII y en los fracasos como en el de San Francisco ante el sultán, o el de los jesuitas, que estuvieron a punto de convertir la China en el más alto nivel del imperio, cuando, según estudiosos actuales, sufrieron la derrota política ante todo en Europa.

En consecuencia, es infantil pretender desvalorizar la conversión de estos bárbaros germanos o del Imperio más o menos romano, porque sus cabezas no hayan tenido la profundidad de Santo Tomás, o porque el pueblo haya seguido simplemente a su caudillo y sólo posteriormente recibido alguna dosis de doctrina cristiana en la medida de sus posibilidades. Aun con las técnicas modernas tipo 1984 de Orwell y otras superiores, por más pietismo individualista que se utilice, nadie pensará convertir a los chinos, uno por uno o mediante prédicas televisivas o de Internet, sin la convicción y la decisión del Mao de turno. Nada sé de la conversión de China, pues no soy futurólogo ni conozco los planes de la Providencia, pero es razonable imaginar, de acuerdo a lo que nos enseña la historia de la primitiva cristiandad, que no será obra del partido cristodemócrata chino sino de un jefe

prestigioso, con carisma o a lo menos con atributos, que cambie la imagen del catolicismo en el lejano oriente.

Es en ese genio político donde debe darse el asentimiento decisivo y voluntario de la inteligencia al contenido de la verdad religiosa. La mezcla de materia, o sea de sentimientos, intereses, ambiciones, cálculos demasiado humanos, etc, no es una objeción contra esa conversión que será todo lo imperfecta que lo permita el compuesto humano, pero que no puede darse de otro modo a menos que seamos ángeles.

El P. Sáenz ha elegido como referencia a Gonzague de Reynold, que tiene la cabeza tan bien puesta como él. En cambio en el caso específico del párrafo transcripto y de los miles semejantes con que Uds. se toparán al leer los mejores eruditos sobre el tema, ocurre que F. Altheim es evidentemente un historicista escéptico y voluntarista, absolutamente decidido –decisionismo que le dicen– a no humillar su inteligencia, concretamente su ideología, y a rechazar el contenido intelectual de la Fe donde Cristo no es un "mero acontecimiento". Por eso Constantino y los bárbaros tan bien descriptos en sus libros, lo superaron comparativamente, *secundum quid*, y con ellos pudieron los Reyes y la Iglesia construir la cristiandad.

Otros vínculos

Pues bien, para comprender una de las mayores dificultades de esta relación entre invasores e inva-

didos, hay que seguir el consejo francés: *chercher la femme*, buscar a la mujer que sirvió de amalgama y de atractivo a estos guerreros, y su mezcla de culturas, pues la cultura se lleva en la estirpe, se bebe en la familia y en todo el mundo de relaciones sociales y políticas. Por eso es tan difícil armonizar "culturas" –uso este término multívoco de manera indefinida y genérica–, aun culturas afines, con una religión o base lingüística común. Santo Tomás desde la perspectiva lingüística, en su comentario al libro de Aristóteles *Sobre la Interpretación* (I, 2), hablando del origen o naturaleza política del lenguaje, y de su vinculación con el alma y la inteligencia, nos dice: "y así fue necesario que hubiesen voces significativas para que los hombres convivieran entre sí. Y por eso los que tienen lenguas distintas, no pueden convivir bien entre sí", aunque haya uniones personales exitosas. Y eso vale también para la *polis* eclesiástica que ve debilitada o destruida su unidad al perder la lengua propia, el latín, que es como perder la identidad inmediata.

El Imperio y los bárbaros vieron muy claro el asunto y bajo pena de muerte prohibieron por decreto de necesidad y urgencia la procreación mutua; como era previsible perdieron como en la guerra, porque la guerra y la paz de los sexos son de un orden más elemental que las leyes humanas. Hasta la hermosa princesa Honoria, hija de la emperatriz Gala Placidia se ofreció en matrimonio a Atila, que lo tomó con calma.

Ya dijimos que los francos se catolizaron gracias a la conversión personal de Clodoveo, que incluso

discutió antes de su bautismo la superioridad o inferioridad de Cristo crucificado en relación a sus dioses. La Iglesia le presentó una prueba irrefutable: el triunfo teológico-militar, como muchas veces ocurre en el Antiguo Testamento y lo podemos leer detalladamente en las transcripciones de San Gregorio de Tours. El P. Sáenz se cura en salud, porque van a decirle de todo, y acota que "puede parecer un argumento demasiado trivial" el de Clodoveo (p.106), aunque en la Biblia se encuentran casos similares.

Es cierto, puede parecer, porque los criterios populistas democráticos o materialistas nacen de la población ignorante, la fuente del poder no sólo político sino espiritual; así los sacerdotes emanan por arte de magia del pueblo de Dios y con el mismo criterio las almitas de los bárbaros deberían convertirse al cristianismo sin la intromisión de Dios y menos del Poder Ejecutivo, cuya esposa, la de Clodoveo claro, juega un papel decisivo como una especie de superpoder apostólico; tanto que el matrimonio con Clotilde lo arregló el obispo San Remigio, sin dejar de ser santo, o mejor dicho, éste debe continuar siendo uno de sus méritos principales.

De modo similar intervinieron otras colegas que "se convirtieron en los primeros apóstoles de sus maridos" (p.106), a pesar de la imagen machista que acostumbramos a consumir. Lo cierto es que Clodoveo tuvo éxito en Francogermania: el catolicismo dejó de ser la religión de los romanos, de la curia romana, dirían las izquierdas, para convertirse en la religión de todos.

En España, que había sido católica, y luego los visigodos y los vándalos la convirtieron al arrianismo, se necesitó un nuevo Clodoveo, San Hermenegildo, con guerras de religión, siempre previas. y por lo general indispensables a toda civilización del amor, y también siempre con las patronas en funciones, para el caso la arriana Gosvinta tras Leovigildo e Ingunda tras San Hermenegildo. Al fin lograron los españoles cobijados en Toledo, una amalgama de sangre política y religión, unidad que el papa Gregorio Magno recibió con expresiones nada ecuménicas: "Nuevo milagro ha acontecido en nuestros días, todo el pueblo de los godos ha pasado de la herejía arriana a la verdad de la fe".

Irlanda no necesitó de guerras porque esos celtas eran "naturalmente cristianos" y nunca fueron conquistados por Roma ni por bárbaros bíblicos. Eso sí, San Patricio se valió de las hijas del rey Olegario, y no era precisamente indigenista en sus criterios pastorales. de modo que aprovechó lo bueno de la organización céltica y la espiritualidad druida para injertarlos, o sea inculturizarlos, en la cultura romano-católica. Parece que por ese entonces los ingleses todavía eran *naturaliter* cristianos: lo cierto es que San Agustín de Canterbury logró pacíficamente la conversión del rey Etelberto, eso sí. otra vez marcado de cerca por su esposa Berta, una parisina, bisnieta de Clodoveo.

Los alemanes necesitaron del inglés San Bonifacio y éste necesitó de los francos: "Sin el patronazgo del príncipe de los francos no puedo dominar a los fieles de la Iglesia ni defender a los sacer-

dotes; ni siquiera puedo impedir las prácticas paganas y la idolatría alemana, sin el orden y sin el temor que él inspira". Lea los diarios e imagínese como podría actuar un nuevo Bonifacio sin dar al César lo que es del César. El intento actual de ese sector protagónico de la Iglesia para la reconversión de Europa se inspira en el *ralliement* de León XIII a fines del siglo XIX, con algunos paréntesis; traduzca *ralliement* por "acuerdo", "acomodo" o "alineamiento" con los estados y políticas revolucionarios provenientes de la subversión europea anticristiana que culminan en la guillotina francesa.

Últimamente este intento de católicos donde prevalece la buena voluntad, está tratando de convertir y bautizar a los bárbaros semibíblicos de los poderes actuales amontonados formalmente en la UN y organizados en realidad por un gobierno mundial logístico. Por ahora resulta una tarea de Sísifo llegar a la inteligencia de estos jefes bárbaros que dominan el mundo a partir de las revoluciones modernas, y sólo un desastre terrorífico, los únicos en que confiaba San Agustín para enderezar pueblos degradados, parece ofrecer alguna perspectiva; claro que habrá que contar con la bomba neutrónica y todos los beneficios y conquistas del progreso, porque la historia no vuelve atrás. Aún así, luego de este arreglo de cuentas algo drástico entre bárbaros científicos, donde la Iglesia no podrá meter mucho la cuchara, siempre habrá que recurrir al orden natural como San Bonifacio y compañía: comenzando por convertir al César misilístico y tecnotrónico.

Dejemos el *Brave New World* y volvamos a aquellos buenos tiempos. A consecuencia de esas conversiones jerarquizadas, impuras, interesadas, forzadas, "fascistas" en fin –si Ud. emplea el lenguaje de la vanguardia del proletariado o de las finanzas–, "se produjo –recuerda el P. Sáenz– una prometedora fusión de razas, de la que saldría una población más sana y vigorosa que la de la decadencia imperial, una sociedad más rural que urbana, en fin, la población del mundo medieval. Y también una fusión en el campo cultural, mediante la inserción de aportes bárbaros en el viejo tronco romano, con lo que quedaron cimentadas las bases de la civilización en la Edad Media" (p.131).

Arrianos viejos y nuevos

Ya nos adelantó nuestro autor respecto de Clodoveo que "mucho más difícil es convertir a un hereje que a un pagano. Por eso la Iglesia decidió volverse hacia los francos". Sin duda es así, y el P. Sáenz sigue a ilustres predecesores. Este es el drama eclesial del arrianismo antiguo y contemporáneo.

La conversión de las tribus insurgentes a la herejía arriana, en el siglo V, reducía el cristianismo a una moral enérgica y heroica apropiada para esas almas elementales, moral decapitada, pues ni Cristo tenía naturaleza divina ni existía desarrollo dogmático alguno, aunque esos aventureros ecumenistas supieron dotarla de una liturgia sugestiva muy apta para dichas gentes. Este cristianismo herético, en lugar de convertirse en un factor de unidad, en lugar de resultar un vínculo aunque preca-

rio con la Fe católica y la organización cívica romana, constituyó un obstáculo no sólo por las controversias religiosas sino por la particular ignorancia y rusticidad de su clero. Muchos estudiosos han notado que la descristianización de Asia Menor, Egipto, Siria, etc. y su reemplazo por la religión musulmana tiene relación con la afinidad entre aquellos cristianos más o menos monofisitas, nestorianos, etc. y la doctrina del islam: esta "geografía monofisita" continúa hoy y tiene un antiguo común denominador, a saber que cristianos y no cristianos coincidían en un principio absoluto, o sea en más de la mitad del todo; coincidían en el monoteísmo al estilo del Jehová que sostienen el islam y la religión judaica, monoteísmo ajeno en absoluto a la *mediación*. Por eso Mahoma predicó con tanta vehemencia y elocuencia contra los cristianos que pretendemos, formalmente desde el Concilio de Nicea en 551, darle un "compañero" a Dios, como si estuviéramos en la CGT. Es interesante observar, muy de pasada por cierto, que esta situación está cambiando en la opinión o "la conciencia" del catolicismo itinerante, pues ahora las definiciones, los dogmas, sobre la persona y naturalezas de Cristo, están en pública discusión, negación o revisión. Algunos prelados se dieron cuenta y se asustaron ante esta situación de asamblea dogmática, por ej. el obispo de Como, mons. Maggiolini, quien observa "el fin de nuestra cristiandad", la de Europa, y muy específicamente la de Italia, donde hasta en Roma la *polis* eclesial se sostiene gracias al clero del tercer mundo. Se puede consultar algunas de sus tesis en *Gladius* n° 55 (pp.225-227).

En parte, a consecuencia de ello, algunos europeos más o menos del palo están alarmados porque la Iglesia se vuelve hacia América y Asia. Los paganos con el IVA bíblico resultan más peligrosos, pues luego de ser destruida la religión natural y sus derivadas, el conflicto se agrava con el veneno teológico, es decir, con la pretensión de interpretar la Biblia sin la autoridad de la Iglesia, hoy denominado biblismo, que es muy fecundo para los profesores, teólogos y congresos, pero fatal para la Iglesia y la armonía entre los pueblos o etnias o culturas, a pesar de la desesperada propaganda lanzada para basar la unidad política del género humano en la supuesta moral del Antiguo Testamento. El instrumento exotérico de este proyecto son las Naciones Unidas y la voluntad imperial norteamericana, algunas veces en conflicto aparente o real. Pero como en los buenos tiempos de los bárbaros, la Biblia es más bien la fuente de todos los desacuerdos, según tan bien nos los advirtió Voltaire al reírse de la pretensión protestante que hace de cada hombre un papa. Por esa sola verdad no asimilada por los cristianos, Voltaire ha hecho méritos como para lograr la salvación y el perdón de cualquier blasfemia. Se trata por cierto de la Biblia considerada sólo como texto literario, pues en la práctica estos modernistas o pos-, pre- y futumodernistas nada quieren saber con trascendencia alguna, incluida la del antaño intocable Yahvé: en síntesis los bárbaros-bárbaros como Clodoveo, son más convertibles que los bárbaros bíblicos. Los bárbaros-bárbaros son los gentiles en estado puro, por así decirlo, hacia los cuales al fin y al cabo en-

vio Cristo sus misioneros, pues en ese entonces no se habían inventado los bárbaros bíblicos, uno de cuyos prototipos fueron los arrianos.

San Juan Evangelista, que por algo tenía mirada de águila según la simbología iconográfica, se adelantó a los hechos, a la Historia con mayúscula, como acostumbran a asustarnos los hegelianos, en la epístola I, 2, 22-24: "¿Quién es el embustero sino el que niega que Jesús es Cristo? Ése es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. Lo que desde el principio habéis oído, procurad que permanezca en vosotros", definición un poco drástica de todos los arrianismos. Siguiendo semejante consejo o mandato, conviene que también nosotros mantengamos estos criterios, no sólo en la vida de piedad y en las definiciones dogmáticas, hoy venidas a menos, sino en la lectura de la historia de Europa, la Cristiandad y sus bárbaros. Eso sí, quedémonos en el molde y no hagamos de San Juan una lectura fundamentalista, porque caerían un tercio de las estrellas al decir algo optimista del *Apocalipsis* y Uds. saben que, según Castellani, las estrellas son las jerarquías eclesiales.

Es de recordar que los bárbaros bíblicos, es decir los musulmanes, arrasaron el cercano oriente y el norte de Africa, amputando así de modo perdurable la cristiandad naciente. Ni siquiera la piedad de un soldado y militante de las Cruzadas, como San Francisco de Asís, logró transubstanciar al César biblizado del mundo musulmán; quizá le ablandó el corazón, pero San Francisco no llegó a

su inteligencia y voluntad. Desde entonces la cristiandad y el Islam están frente a frente en equilibrio inestable. Muchos cristianos y liberales recitaban hasta hace poco el verso iluminista: la desacralización científico-democrática, tan eficaz en el corazón de la Iglesia, disolvería también al Islam. Hoy parece que hay algunas dudas y recurrieron a las bombas.

Zeus

Los pueblos bárbaros dispuestos a la conversión no solamente aportaron "sangre nueva", o sea una renovación racial que el Imperio no necesitaba, porque estaba constituido precisamente desde antes de su comienzo formal por una formidable mescolanza de sangres y un desangramiento cotidiano que pronto debilitó la propia estirpe. Consecuentemente fue desapareciendo una cultura a salvar por la Iglesia en sus aspectos sustanciales. Por eso, son ingenuas y falsas las explicaciones basadas en la fuerza, debilidad, juventud, vejez o cansancio de las sangres o pueblos, todas reflejos más o menos conscientes del racismo *strictu sensu* con gran impulso desde el positivismo iluminista, al equiparar hombres y animales, como tan bien ha explicado Gueydan de Roussel [3] en un hermoso libro dedi-

3 Gueydan de Roussel, W. *A l' aube du Racisme. L'homme, spectateur de l'homme.* Préface de Bernard Faÿ, professeur du Collège de France, Paris, E. de Boccard éditeur, 1 Rue de Médicis, 1940.

cado específicamente al tema. Además, la sangre, por nueva que sea, poco tenía que ver con la Revelación. Ciertamente no era "nueva" respecto de la Fe, pues el centurión romano, era precisamente romano, y de acuerdo a esta teoría hematológica no debería haberse convertido.

La Nueva Alianza nada tenía que ver con la sangre veterotestamentaria o las sangres supuestamente nuevas de los bárbaros, sino con la sangre teándrica de Cristo, para emplear una expresión muy tradicional, y también la de la Santísima Virgen, si creemos en la Inmaculada Concepción, inmaculada precisamente de la contaminación de cualquier otra sangre. No se trata de una cuestión de estirpes puramente humanas, ni de tribus, ni de doce o trece tribus, como lo vio muy bien San Pablo, prolongando las palabras específicas de Cristo en la Última Cena.

Pero la Iglesia tomó lo mejor de los pueblos invasores y grecorromanos que no era la raza y los flujos orgánicos, sino la religión natural, sus residuos y sus consecuencias intelectuales y morales. Una de sus secuelas era la inexistencia de pueblos elegidos, conclusión obvia del mero pensar en Dios, pues sólo por motivos inalcanzables a la inteligencia humana puede alguien imaginar que a Dios se le pase por la cabeza elegir una tribu qualunque para instrumentarla en pro de la Redención. Hasta aquí el tema ha sido minuciosamente desarrollado por la Tradición Católica.

Pues bien, si la elección de las tribus judías hubiera continuado luego de la Ultima Cena, ningún

gentil y en particular ningún bárbaro se hubiera convertido, porque eran bárbaros, pero no estúpidos. Con el pueblo judío Dios había cumplido el contrato con creces y la Biblia lo recalca de modo a veces tan cáustico que en USA algunas entidades hebreas solicitaron judicialmente la censura de muchos pasajes veterotestamentarios por antisemitas. Desde la desaparición de la antigua alianza el pueblo elegido y la totalidad de sus tribus volvían a la humanidad gentil, sin privilegios electorales. Los apóstoles de las *gentes*, para decirlo en la lengua eclesial, resaltaron el corte por lo sano, o sea por el orden natural, corte en fin absoluto con la Antigua Alianza a nivel tribal y popular. Digo a nivel tribal y popular, porque, siguiendo la interpretación de San Agustín, el pueblo espiritualmente hebreo y talmúdico, o sea contradictor del Evangelio, seguirá siendo teológicamente elegido como "pueblo testigo" de las promesas judaicas ya cumplidas. No me refiero al componente específicamente racial, en el sentido positivista de la sangre pura, tema estrictamente moderno, sólo remito al gran escritor judío Arthur Koestler. *The Thirteenth Tribe*, quien se queja con amargura de quienes definen al pueblo judío por el patrimonio o contenido hematológico racial con sus trágicas consecuencias. En este sentido me parece muy acertada la definición de Teodoro Herzl, el gran prohombre sionista, realizada en 1902 en la Cámara de los Lores: "Una nación es, en mi opinión, un grupo histórico de hombres con lazos reconocidos, unidos por un enemigo común. Y si a eso se le agrega la palabra judío, Ud. tiene ahí lo que yo entiendo por Nación Judía".

Por supuesto Herzl no tiene la perspectiva católica, pero es notable su coincidencia con Koestler en rechazar la noción racista del Pueblo de Israel, rechazo no siempre participado por los católicos.

No entraremos en detalles, pero el ejemplo clásico es el de San Pablo que usando toda la retórica antigua a su disposición se largó a hablar, un poco forzado, en el Areópago ateniense, nada menos que sobre Zeus, citando un pasaje del poema de Arato, *Fenómenos*, que dice así: "Comencemos por Zeus, a quien jamás los humanos dejan de nombrar. Llenos están de Zeus todos los caminos, todas las asambleas de los hombres, lleno está el mar y los puertos. En todas las circunstancias, en efecto, estamos necesitados de Zeus. Pues también somos descendencia suya" [4]. Precisamente las últimas palabras son las reproducidas por San Pablo a un auditorio más que informado, y para el cual no podía caber duda alguna de que estaba relacionando el "dios desconocido" venerado en sus altares con el Zeus de Arato.

Obviamente este Zeus no es el Dios de la Nueva Alianza, pero hace de nexo, de referencia, como el dios pagano más cercano al Dios del N.T. Además San Pablo se encarga de especificar que este Dios era el que hizo el mundo, no habita templos hechos por manos del hombre, nos dio la vida e "hizo de uno (ex henos) todo el linaje humano, para poblar toda la faz de la tierra. Él fijó las esta-

4 Arato, *Fenómenos*, trad. de Esteban Calderón Dorda, Madrid, Gredos, 1993, p. 63.

ciones y todos los confines de los pueblos para que busquen a Dios y siquiera a tientas lo hallen, dado que no está lejos de nosotros. Porque en Él vivimos, nos movemos y existimos, como algunos de vuestros poetas han dicho pues *somos descendencia suya*" (Hechos 17, 16-34, específicamente, 26-28).

Es de notar que San Pablo glosa a Arato y sólo cita textualmente el verso que se refiere a Zeus como padre de todos los hombres y además explícitamente también a otros poetas griegos de la misma línea sin olvidar las ceremonias religiosas realizadas en los altares paganos. Ni hace falta recordar las especulaciones de Dante inspiradas en este texto.

Pero nos interesa destacar que San Pablo se cuida mucho de mencionar razas, pueblos o tribus elegidas, no sólo porque el silencio es salud, sino porque está hablando desde la Nueva Alianza y a posibles nuevos aliados donde no había privilegios divinos. Sin duda Zeus no era el dios de todos los paganos, entre ellos cada tribu tenía los suyos y su jerarquía, donde los mejores se asemejaban más al Zeus aludido por San Pablo como representante por excelencia de la gentilidad o el paganismo. Como siempre, la Iglesia se dirige, "dialoga" diríamos a la moda de los tiempos, con sus expresiones más excelsas y por ello más cercanas a la Buena Nueva, y repudia o desecha las expresiones degradadas como tantas del mismo Zeus, criticadas ya por Jenófanes, los sofistas o Platón.

¿Quién era ese Zeus? Por lo pronto el Dios pagano al que los eruditos modernos le han dedica-

do, entre otros muchos, el estudio más extenso centrado en un dios griego, el *Zeus* de A. B. Cook [5], cinco tomos. 3.600 páginas y abundantes figuritas para no aburrirse. Originariamente, dice Cook, Zeus era una actitud "religiosa", "actitud de temor reverencial con la cual, según mi opinión, el primitivo se aproximaba al cielo amado". No voy a hacer teología ante Uds. recordando que el temor y el amor de Dios y el cielo están aquí en la mejor simbiosis. Después Cook entra a averiguar si esta actitud primordial era o no "antropomórfica", este epíteto que significa algo así como infradotado o atrasado mental en el lenguaje del positivismo: "esta concepción pre-antropomórfica era en ciertos aspectos más alta, puesto que más verdadera que el antropomorfismo posterior"... Este criterio está difundido. Así un erudito afirma que "Zeus «el luminoso» no fue originariamente sino el Cielo, la luz del día, y la concepción animista de ese cielo claro había ya dejado paso, mucho antes de Homero, a una divinidad personal, a un Dios que produce, como se dice, «la lluvia y el buen tiempo, y que mora en las alturas del glorioso éter»" [6]. Desenmascaremos la ideología de estos notables estudiosos: nada sabemos de cómo se manifestó Zeus a

5 Cook, Arthur Bernard. *A Study in Ancient Religion*, Cambridge, 1940 y New York, Biblo y Tanne, 1964. Cf. sobre todo las 900 p. del volumen II parte I, *Zeus God of the Bright Sky*, p. 13. Los tomos II y III están dedicados al *Zeus of the Dark Sky*.

6 A. Dies, que el mismo Cook cita en op. cit., t. II, p. 273, et alia.

los primeros griegos o a los homínidos que fueran, ni menos si a algún antropoide; la luz del sol o las estrellas lo encandiló y luego, pasado el pánico originario, se le ocurrió ponerle patas, manos, barba y cabeza, convirtiéndolo en una divinidad semejante a sí mismo. El invento de que al principio no era un Dios personal es pura imaginación y proyección de una filosofía según la cual lo impersonal es superior a lo personal, y el dios de los filósofos superior al Dios Padre. Lo cierto es que documentalmente a Zeus lo conocemos como el Padre Nuestro que está en los cielos con toda la barba, y otro tanto ocurre con el Júpiter romano.

Pues bien, ni a San Pablo ni a ningún apóstol inspirado se le podía escapar que el enganche religioso con el paganismo, la religión natural, como dicen los teólogos, la propuesta tentativa para la mesa de diálogo ecuménico con los bárbaros, jamás podía ser Yahvé sino Zeus u otro dios que se llame distinto, pero que sea parecido. Y el primer motivo, me refiero al motivo más elemental, no consiste en que Zeus sea la luz –recordemos de paso a San Juan–, ni el Padre celeste capaz de bajar a la tierra, *kataibátees* le llama Esquilo a su imagen: el rayo; el primer motivo es como siempre de orden político, de pastoral religiosa global, a saber que este Zeus de la revelación natural se presenta sin preferencias para ningún grupo de hombres, sean bárbaros, judíos o grecorromanos. Todos éstos provistos con buena voluntad y enseñanza así lo entendieron y comenzó la evangelización de las gentes.

Cultura greco-latina

Los bárbaros degollaban, destruían y mutilaban, más aún tomaban muchas veces, como Atila, sus decisiones según las reacciones de los animales, lo que hacía más imprevisible el momento y dirección del ataque, pero "a pesar de todo vislumbraban que fuera de aquel mundo al que se incorporaban, no había para ellos civilización posible" (p.77).

Sáenz señala como contrapeso a esa amputación, que en Europa surgieron como hongos los monasterios, que no solamente conservarían la cultura romana en general sino profundizarían la fusión cultural grecolatina y bárbara presidida por la Iglesia. Allí el helenismo, el imperio y la barbarie dejaron de ser tales. Podrán seguramente la Iglesia y las iglesias agregar accidentes y profundizaciones, pero jamás podrán encontrar otros principios espirituales para la cristiandad mundial del futuro. No hay retornos salvíficos a las fuentes evangélicas o judaicas con el utópico, o sea perverso, objetivo de iniciar de nuevo un cristianismo domesticado y obediente a la nueva ortodoxia de una política religiosamente correcta.

Los monasterios actuaban sobre una base natural sana: "Esta correspondencia entre las tendencias de la cultura pagana y la monástica, dice Juan Schuck y no sólo él, hizo que los hombres pasaran de una a otra con un cambio profundo en sus creencias y en sus sistemas de valores morales sin perder contacto vital con su antigua tradición social

que fue sublimada y transformada, pero no destruida o perdida". La cita de nuestro amigo continúa, pero nos interesa recalcar la imposibilidad de repetir esa experiencia monástica con los bárbaros modernos, porque aquí la tendencia predominante es el resentimiento y la apostasía, lo que impide o limita en extremo las relaciones entre la Iglesia y los residuos de la cristiandad neopagana, sea de la izquierda, del centro o de la "nueva derecha". De allí también el acierto de Gramsci al plantear la lucha en un terreno tan favorable a su postura. No hay monasterio que en la actualidad pueda tener el mismo éxito con los neobárbaros actuales, sea de dentro o de fuera de la Iglesia. Son tareas muy diferentes convertir a los francos y convertir a los franceses; a estos últimos será muy difícil no ya convertirlos sino mantenerlos en la Iglesia como Gad Lerner, intelectual hebreo de tendencia liberal, nos advierte en la primera página del *Corriere della Sera* el 7 de marzo del 2001: "¿Cómo olvidar la sombría previsión del cardenal Biffi: la «cultura de la nada» de nuestra casa no podrá aguantar el asalto ideológico del Islam? Mientras el filósofo católico Alain Besançon teme directamente la conversión repentina de la Iglesia francesa". Conversión por cierto no al catolicismo sino al islam. A los monjes actuales les espera pues una tarea, un esfuerzo y una clientela muy diferente a la de aquellos buenos paganos, de modo que sus métodos y preparación deberán ser también muy diferentes, aunque el contenido resulte abstractamente el mismo. Más aún, han de empezar la caridad por casa, para no ser diezmados de antemano, como ya ha ocurrido.

La cultura grecolatina fue constante tema de las polémicas dentro y fuera de la Iglesia. Ésta se decidió por aceptar selectivamente sus mejores frutos ya en los primeros tiempos, a partir de los inspirados párrafos de San Pablo, no sólo en el Areópago; muy pronto, Padres como San Justino separaron la paja del trigo y con él comenzaron a producir el alimento intelectual de la cristiandad plasmado en los dogmas, incluso a partir de la misma lingüística neotestamentaria donde encontramos, entre otras, una palabra extraordinaria cargada de sentido metafísico y de toda la cultura griega como *epioúsion*, "supersubstancial", que se aplica al pan eucarístico de los cristianos: "El pan nuestro *epioúsion* dánosle hoy", solíamos decir, cuando no deseábamos reducir el pedido a la canasta familiar.

Dejando a un lado las cumbres de la filosofía griega, y el orden jurídico romano, repetidamente valorados y recomendados por las enseñanzas de la Iglesia, quiero referirme a la actitud primigenia y fundadora de la cultura grecorromana en relación con los bárbaros. Desde hace tiempo, siguiendo el proyecto de un noble europeo, el barón Hardt [7] que para ello les dejó un castillo en Suiza, los más renombrados eruditos en cultura clásica de todo el mundo se reúnen año tras año a discutir un tema predeterminado. En esta ocasión el estudioso ale-

7 *Grecs et Barbares – six exposés et discussions* par Hans Schwabl, Hans Diller, Olivier Reverdin, Willy Peremans, H. C. Baldry, Albrecht Dihle. Entretiens sur L'Antiquité Classique. Tomo VIII. Fondation Hardt, Vandoeuvres-Genève, 1962.

mán Hans Schwabl [8] analizó la relación Griegos-Bárbaros, y "la imagen del mundo en los primitivos griegos" sosteniendo que ya en Herodoto se comienza con el prejuicio o la incuestionada suposición de la unidad entre todas las partes de la tierra; sólo la invasión de los Persas llevó a los griegos a destacar la oposición política y humana con los "bárbaros" en cuanto totalidad. Ciertamente los griegos han percibido también, como no podía ser de otro modo, los límites que traza el lenguaje y la vida social, o sea, ante todo, las guerras y los intereses comerciales, "pero, y de paso esto no debería olvidarse, han conocido de una manera muy intensa la comunidad de todos los hombres. Esta sabiduría está unida del modo más íntimo y no en último término, con sus intuiciones religiosas más universales. Zeus, para decir sólo esto, no se une a una ciudad o a un pueblo" (p. 6). Dios anda entre los pucheros, decía Santa Teresa, Zeus hasta en la cultura, pues como Ud. habrá observado este alemán coincide con el inglés Cook.

Un poco más debajo de Zeus –reconocía Platón– está Homero, el educador de Grecia: "Desaparecen en la epopeya los límites entre los pueblos que el mismo poeta nos ha señalado desde el instante en que nos encontramos con los luchadores y sus propios destinos. La saga ha transferido al griego los acontecimientos del pasado y estaba en su derecho. Pero también con eso se expresa una

8 Cf. Schwabl, H. *Das Bild der Fremden Welt bei den Fruhen Griechen en op. cit.*, pp. 1-36.

mentalidad", que continuó y permitió luego al genio fabuloso de Esquilo poner en escena sus Persas sin odio ni hostilidad: "En el rostro de Jerjes no se esboza ningún rastro de caricatura" [9]. El bárbaro Alarico, como vimos, al igual que Ulfilas, el decisivo caudillo que convirtió a los germanos, apreciaron esa obra y toda la cultura antigua infinitamente mejor que tantos teólogos e intelectuales cristianos de la actualidad. Es que la cultura no está por inventarse, como dijo un Papa. Específicamente la grecorromana es irreemplazable en sus fundamentos, muy en especial respecto de los pueblos gentiles de todos los tiempos y milenios. Sus cumbres iniciales, como Homero y Esquilo, desarrollan el tema de los bárbaros con una simpatía y delicadeza absolutamente ajenas a la actitud contemporánea, contaminada por el progresismo y la ideología. Imagínese un premio Nobel poniendo en escena a los derrotados en las últimas guerras y en las gloriosas revoluciones, o entre nosotros a Sarmiento injuriando a sus bárbaros, equiparados con los animales. Esos bárbaros son todos Uds. e incluso yo, no se equivoque con la terminología y el enemigo.

La experiencia de Taciano

Ya en el mismo texto neotestamentario se encendió una polémica que continúa en el alma de católicos, apóstatas, herejes, cismáticos, judaizantes

9 Schwabl, H., *op. cit.*, p. 6.

y neopaganos contemporáneos. En la segunda mitad del siglo II, un Padre al que he dedicado un pequeño trabajo. Taciano, rechaza frontalmente la cultura grecolatina. Escuchémosle: "Para Uds., helenos, redacté esto filosofando al modo bárbaro, yo, Taciano, nacido en tierra de los Asirios, pero educado primero según vuestra cultura, mas luego según las doctrinas que ahora anuncio como predicador" [10]. Obsérvese el lenguaje de este Padre: *Bárbaro* significa la revelación de ambos testamentos, *Asiria* es la Siria cercana al Eufrates y *filosofía* no es metafísica, sino actividad intelectual genérica. Lo importante para nuestra exposición es que usa orgullosamente la palabra bárbaro contraponiéndola a la cultura griega, y muy particularmente a la filosofía *stricto sensu*. Hace "*teología bíblica*", diríamos ahora, rehecha la "inculturización" helena recibida, y así le fue.

De este modo presenta Taciano su biografía espiritual, en las últimas líneas de su *Discurso contra los Griegos*, agregando que viajó y se documentó mucho, llegando a enseñar el paganismo, del que se retiró escandalizado por motivos varios, entre otros las prácticas sexuales contra natura a las que atribuye el origen de las religiones paganas y que decide su conversión.

Nació aproximadamente entre los años 120 y 125; se diplomó, por así decir, como sofista, una

10 Sequeiros, O.A. *Taciano; La tragedia del biblismo*. La Plata, Fundación Santa Ana, 2003, serie *Evocaciones Patrísticas*, n° 58, p. 7.

especie de maestro y actor itinerante. Lo tentó la herejía, cayó en ella entre los años 172 y 173, cuando Marco Aurelio cumplía doce años de gobierno, y debió abandonar Roma "porque sus principios y sus doctrinas habían disgustado a los dirigentes de la Iglesia", dice el estudioso G. Bareille en el DTC. Parece haber sido pues, uno de los primeros autores antiguos reprimidos por la Inquisición informal de ese tiempo, la que por lo demás actuó con toda razón, como en sus mejores épocas, pues Taciano no abandonó sus errores, se volvió al Asia y se convirtió en el jefe de los encratitas ("*princeps encratitarum*") según San Jerónimo (*Epist.*, XLVIII, 2), y si bien no se hizo pagano o hebreo sistemático cayó en un puritanismo sectario.

Mientras vivió San Justino, su admirado maestro, Taciano se mantuvo en la Iglesia y en Roma, pero poco después del martirio del santo, se alejó de ambas. Es que San Justino era el evidente contrapeso espiritual que necesitaba, y privado de este apoyo Taciano se descompensó. San Justino no sólo era cristiano, sino que encarnaba además la veta griega, filosófica y cultural del cristianismo temprano. Desaparecido ese caldo de cultivo para la Fe y las virtudes intelectuales, su perspectiva se contrajo al moralismo evangélico y veterotestamentario; la Fe más elevada perdió su sustento intelectual, su base cultural, entendida ésta como el cultivo de un ideal humano basado en la armonía del orden natural. En su espíritu, la muerte de San Justino fue también la muerte de Grecia, de la filosofía y de la Iglesia.

La "*sola scriptura*", en especial el Antiguo Testamento, cuando es reducido a una "moral de la globalización", o del Imperio Británico en otras épocas, suele concluir, más allá de las buenas intenciones, en el puritanismo del tipo "*encratita*", y el nacionalismo cultural o racista, todo muy semejante a Taciano y tan repetido en la historia judeocristiana.

Antes de morir en 1936 Chesterton nos dejó algunos impagables ensayos sobre la situación alemana que utilizo para ilustrar lo dicho [11]: "El Hitlerismo es de origen casi totalmente judío [...] Cuando la reforma hubo quitado a la clase más nórdica de los alemanes la vieja idea de confraternidad en la fe abierta a todos, precisaron evidentemente de cualquier otra idea que por lo menos pareciese tan amplia, dominadora y trascendental como ella. Empezaron a conseguirlo gracias a la apasionada devoción que por el Antiguo Testamento sentían algunos protestantes históricos [...] Concentrándose en la antigua historia de la Alianza con Israel, y desprendiéndose del contrapeso de la idea de la Iglesia universal del cristianismo, adquirieron una propensión cada vez mayor a considerar su religión como una religión mística de la raza". Taciano iba por el mismo camino con su *sola scriptura sine Graecia*, aun antes de su separación de la Iglesia, pero las circunstancias históricas no daban para tanto; hoy los nuevos modelos pueden tener mayor éxito.

11 Chesterton, G.K. *El fin del armisticio*. Barcelona, Janés, 1945. II parte, cap. XIII, pp. 90-91.

Si la inteligencia práctica permite aprender con la experiencia ajena y no reiterar los mismos errores, la tragedia de Taciano es de gran actualidad, pues tiende a predominar en la Iglesia un biblismo casi idéntico al suyo en cuanto a sus principios intelectuales y parecer peor aún en sus consecuencias. San Pablo, y con él la Iglesia, comprendieron desde el principio que las "*gentes*", o sea nosotros, seríamos rebeldes incorregibles ante la judaización y se dio cuenta que nuestros ancestros tenían sus buenas razones. Si algo faltaba, la llegada de los germanos dio el golpe de gracia al rechazo de la cultura humana superior: los bárbaros jamás se hubieran convertido al judaísmo ortodoxo –en ese tiempo no existían los sionistas– no solamente por las restricciones para entrar en un pueblo elegido de naturaleza tribal, racista en la terminología actual, evidentemente inexacta, sino también por el rigorismo del rito y la moral.

La tortilla

Así pues el primitivo entendimiento y la posterior conversión de los jefes bárbaros y sus súbditos, amen de los factores ya mencionados, se resolvió en la notable amalgama de las tradiciones, judías, greco-romanas y bárbaras, eso sí a partir de un principio autónomo, inalcanzable, original y vertebrador: la Revelación y su asentimiento intelectual a la Fe objetiva enseñada por la Iglesia mediante sus documentos, su Tradición y sus dogmas. Para hacer la tortilla se necesitan los ingredientes y los instrumentos: sin los grecorromanos aquí aludidos

no hay tortilla. La herencia bíblica. su revelación y sus profecías sobre el Mesías no se asimilaron y no podían asimilarse por los gentiles. entre ellos los bárbaros, sino apoyándose en el orden natural de la antigüedad, por eso tan repetido de que la gracia no suprime la naturaleza sino la corona.

En aquellos tiempos los monjes, los caudillos militares, políticos o religiosos y también los Papas y los santos percibieron claramente el fondo del problema. En cambio ahora la mente cristiana se ha oscurecido de modo que muchos pretenden una nueva tortilla sin gentiles, sin tradición clásica, sin Fe, sin huevos y hasta sin Biblia en cuanto texto revelado. Por eso leeremos con especial atención las páginas de este libro del P. Sáenz dedicadas a aquellos bárbaros con ocasión de los actuales. es decir de la barbarie presente. sea católica, cristiana o laica en general, para no olvidarnos de nuestros hermanos separados, anónimos, ignotos. logistas. eventuales o esotéricos. Muchos de ellos integran, al parecer, la Iglesia en cuanto Pueblo de Dios, como prefiere llamarla el último Concilio, la Iglesia atenta a este perro mundo; dentro de ella hay algunos importantes pueblos bárbaros en acción que van invadiendo la Iglesia Itinerante, no la Iglesia como Cuerpo Místico, enseñada en tiempos de Pío XII, que apunta a otra realidad aún no excomulgada.

Si participamos del optimismo intelectual de Franz Altheim, citado al comienzo, la serena consideración de aquellos bárbaros nos permitirá hacer frente a la nueva invasión, incluso previendo sus leyes. El párrafo anterior está dedicado al problema

espiritual o intelectual. Ahora bien, Europa, y también América seguramente, enfrentan o enfrentarán migraciones o invasiones pacíficas, sin descartar las otras, que han transformado la sociedad europea y norteamericana. Altheim pensaba en su Alemania de post guerra, cuya situación se ha extendido en muchos aspectos hasta nuestro suelo, por lo que "debemos admitir que en gran medida nos está vedada una decisión política libre. Nos queda la libertad espiritual, que se mantiene por doquier, pues ella difiere de la política al no estar restringida por compromisos ni implicar exigencias sino servicio"; luego, cuando los hunos casi aniquilaron al pueblo burgundio, agrega que esta catástrofe "estimuló su [de los burgundios] sentido de grandeza trágica y heroica. Una conciencia histórica desconocida hasta entonces y la voluntad de darle forma poética se despertaron gracias al contacto con ese pueblo extraño [los hunos]. La forma espiritual no ha sido entregada a ningún pueblo desde la cuna como presente acabado. Debe ser conquistada. Sólo en la lucha con pueblos extraños y a través de los contactos con culturas ajenas se descubre el potencial propio" [12]. Es de esperar que la meditación de estas páginas fomente en nosotros una voluntad similar, sin recurrir a tanto aniquilamiento.

En la catolización de Europa influyó también la añoranza del Imperio, el ideal imperial e imperialista de la unidad de las gentes y sus sangres bajo

12 Altheim, F., *op. cit.*, pp. 9 y 47.

una ley, un Dios y un Jefe, pero manteniendo lo que denominamos culturas o identidades populares. De allí esa compleja armonía de personalidades nacionales que constituyeron Europa y cuyos residuos recibimos a través de España. En este sentido y a este nivel es indudablemente cierta la expresión de Belloc: "La Fe es Europa y Europa es la Fe", criticada por Christopher Dawson en la interna, y por todos los gentiles o apóstatas o que buscan la unidad europea fuera de la Fe en el sufragio cada vez menos universal, el pensamiento único y el gobierno real de los grupos permanentes de poder. Nuestro querido Padre se refiere también a la veta sagrada del poder real que se remonta al rey David, del cual, de paso sea dicho, alegan descender aún hoy los nobles tradicionalistas de Francia, Inglaterra y Rusia, pero no podemos referirnos a ello.

Entre los muchos elementos germanos que la Iglesia bautizó, está el respeto a la mujer reflejado en la Santísima Virgen, la cultura campesina, la caballería, tema expuesto por el P. Sáenz en un trabajo especial, y el deber heroico del hombre superior ante la caída de los dioses, la *Götterdämmerung*, perfectamente armonizable con el *Apocalipsis* y el sentido trágico del *Nuevo Testamento*, que entre nosotros han sabido actualizar, con genio que bien vale su precio, en odio teológico y laico, Castellani y Martínez Zuviría, otorgándole al catolicismo argentino una característica distintiva. En compensación, a diferencia de cualquier otro pueblo, nuestra constitución histórica y los dirigentes liberales argentinos, encarnan el fundamentalismo del

anti-héroe, según tan francamente lo propusiera Juan Bautista Alberdi, por lo menos en sus libros más promocionados. El rechazo del héroe, nos asegura, es una garantía de civilización y bienestar, el héroe es la barbarie. Buen ejercicio espiritual para todos rumiar el análisis del P. Sáenz aplicado a la cristiandad a la vez que las páginas de Julio Irazusta y su hermano sobre nuestra oligarquía o aristocracia, pues no se trata de elegir palabras con matices agraviantes sino de entender y entendernos; en ellos este tema es recurrente, pero basta repasar la *Historia de la Oligarquía Argentina* y sus balances históricos, para darnos cuenta cuánto nos hemos alejado de la cristiandad.

Muy oportuna esta hojeada a la historia de la Iglesia desde la perspectiva de las crisis que comienzan con la presencia del mismo Cristo, por lo que lejos de toda idealización sentimental y por lo general malintencionada, del "primitivo cristianismo", conviene comenzar leyendo con atención el tomo I de *La Nave y las Tempestades* donde se relata cuán difícil resultó el corte con el judaísmo y el reconocimiento de que la Iglesia es la religión de todos los hombres de buena voluntad sin discriminaciones raciales. Esa verdad fundamental se pagó en parte al contado con sangre de la primera persecución, modelo de todas las demás, donde el hermano entrega al hermano según le ocurriera, para empezar, a San Pablo. Sin duda faltan varias cuotas pues las "verdades vivas" de la Iglesia deben defenderse a diario.

Para finalizar volvamos al ámbito literario aludido al comienzo. Siempre las crisis exteriores se

originan en la vida interior de la Iglesia; dicho de otro modo, el peligro de naufragio empieza por el amotinamiento espiritual de la tripulación. San Marcos, el poeta de la Nave, es también el poeta y el historiador del primero entre los tantos motines que hoy estallan por todas partes. El evangelio de San Marcos fue escrito cuando en Roma el Gran Capitán de la escuadra ya había sido colgado en su propio bajel de modo que las últimas palabras reconocidas (Marcos 16, 9-19) como canónicas por la Iglesia conservan la inquietud de la época: la tripulación, la masculina por lo menos, se negó obstinadamente a creer en la resurrección de Cristo. Un exegeta clásico, el P. M. J. Lagrange [13], dice que a los once, pues la marinería casi completa estaba en estado de asamblea, nunca se los había tratado tan mal. Discusiones estilísticas aparte, Lagrange nos hace la diferencia: no se trata de una incredulidad cualquiera, de esas que Cristo acostumbraba a reprocharles por mera insuficiencia de Fe, ahora se trata de una *"incredulidad positiva"*, eufemismo algo empalagoso que indica la voluntad, la decisión de rebelarse. Este aspecto siempre actual de la tormenta tal vez merezca una colección especial.

De todos modos, entre las tantas críticas que ha de recibir, nadie, espero, podrá achacarle triunfalismo a nuestro autor. Su esfuerzo abarcará varios tomos de extensión accesible y redactados con la

13 Lagrange M.J., *Évangile selon Saint Marc*, Paris, Gabalda, 1920, p.423.

inteligencia esclarecida, el estilo sencillo y la voluntad divulgadora que es una voluntad cordial al servicio sobre todo del prójimo juvenil televidente y telepastoreado, completamente ajeno por lo general a este enfoque realista y católico. Quizá no haga falta extender esas pinceladas a las tormentas actuales de la Iglesia porque el alma adiestrada en la historia adquiere el hábito de salir de su corralito moral y aplicarse a las cosas que tiene ante las narices. La mirada universal en la historia es, dicen, una gracia que no puede adquirirse, sino que es otorgada, como todas las gracias. Algo de eso se percibe en nuestro amigo, pues, como hubiera dicho Lugones y los hubiera necesitado para gambetear el suicidio, hay pocos entre nosotros con "ojos mejores" para ver la Iglesia que los del P. Sáenz, dispuesto a ubicarnos con toda paciencia en este tema infinito.

OCTAVIO A. SEQUEIROS

Cuarta Tempestad

LAS INVASIONES DE LOS BÁRBAROS

LA aparición del Cristianismo trajo consigo una auténtica revolución en el seno del Imperio. Cuando leemos el relato de los viajes de San Pablo y las cartas que escribió a las primeras comunidades cristianas del Asia Menor y de Europa advertimos hasta qué punto el Evangelio implicó un cambio sustancial en el modo de pensar y de obrar del mundo romano. Lo atestigua aquella multitud de Tesalónica que acusaba al Apóstol y sus seguidores de alborotar la tierra y obrar contra el César al decir que había otro rey, nuestro Señor Jesucristo. No se equivocaban aquellos judíos. El cristianismo era, realmente, una revolución, pero una revolución creadora y fundacional. En la conferencia anterior, donde tratamos de las persecuciones romanas y la ulterior conversión del Imperio, hemos señalado cómo para San León y sus contemporáneos, dicho Imperio había sido un instrumento en manos de la Providencia para que las naciones recibieran el Evangelio. Nacía una

nueva Roma, o mejor, era la antigua, pero transformada. Pedro y Pablo ocupaban el lugar de Rómulo y Remo. La conversión del Imperio Romano, es decir, ese largo proceso por el cual el Estado de Augusto y Nerón se transformó en el Estado de Constantino y Teodosio, dio paso a una nueva etapa de la historia.

Mas he aquí que las cosas se complican. Precisamente cuando, durante el reinado de Teodosio, el Imperio acababa de proclamarse oficialmente católico, renovándose con las nuevas fuerzas que le aportaban la verdadera fe, sucedió un nuevo y terrible acontecimiento, que erosionó desde sus cimientos la vieja estructura imperial. Nos referimos a las invasiones de los bárbaros. A diferencia de lo que acontecía en la cristiana Bizancio, que permaneció inmune a dichas invasiones, el Imperio en el Occidente se vio socavado por los bárbaros. Unos tras otros, aquellos pueblos cayeron sobre él, de manera arrolladora y, al parecer, demoledora. A pesar de la terribilidad de los hechos, los paganos que se habían sentido profundamente abatidos por el triunfo de la Iglesia, creyeron llegada la hora de la revancha. Era, sin duda, una expresión de resentimiento; preferían que el Imperio saltara hecho pedazos, y junto con él, las principales instituciones romanas, a que su rival, el cristianismo, gozase de la victoria obtenida. De ahí que en aquellos años apareciesen varios escritores paganos que echaron en cara a los cristianos, no sin cierta satisfacción apenas disimulada, su impotencia para mantener la cohesión del Imperio frente a los embates de las hordas bárbaras. Piénsese que habían

transcurrido tan sólo dieciocho años entre el cierre de los templos paganos que decretó Teodosio y el primer saqueo de la ciudad eterna. Tales hechos suscitaron también alguna perplejidad entre los cristianos. ¿Cómo permitía Dios que, después de tantas persecuciones, precisamente cuando el Estado romano acababa de asumir el cristianismo como religión oficial, fueran azotados con tan horrenda catástrofe? Estos sentimientos se fueron acentuando más y más al irse conociendo las noticias aterradoras sobre los terribles saqueos y profanaciones que algunas de esas tribus, principalmente los vándalos, llevaban a cabo en España y el norte de África.

Para ser más precisos, habría que decir que no fueron dos mundos los que se enfrentaron, sino propiamente tres. El primero era el mundo romano, instalado en torno a la cuenca del Mediterráneo, con sus "marcas" protectoras en la periferia. El segundo, el mundo bárbaro, en la Europa continental, septentrional y oceánica. El tercero, el mundo asiático. En el conflicto entre los dos primeros mundos, más allá de los reiterados enfrentamientos, lo que estaba en cuestión no era tanto la supervivencia del Imperio romano cuanto el establecimiento de los bárbaros dentro del Imperio, y luego su acceso al gobierno de este último. Tratábase, como se ve, de un problema político de sucesión, muchas veces a través del fusionamiento de razas. En cambio la lucha con las tribus del Asia nómada se libró en torno a la existencia misma de Europa, de la civilización, del cristianismo. "En aquel tiempo –dicen las crónicas rusas, hablando de la inva-

sión mongólica– llegaron, para castigo de nuestros pecados, naciones desconocidas. Nadie sabía su origen, ni su procedencia, ni la religión que profesaban." Esas hordas habían franqueado su hábitat natural, y al galope hacían su aparición sobre el Don, el Dnieper y las orillas del Danubio. De la peligrosidad de estos asiáticos hubo conciencia clara, hasta el punto de que los romanos se llegaron a aliar con los bárbaros, para defenderse ambos del ataque que procedía del este. Así en la batalla de los Campos Cataláunicos, las fuerzas allí reunidas bajo las órdenes de Aecio, el último de los generales romanos, se componían de germanos y celtas, agrupados en torno a un puñado de latinos. En cualquier caso, era un ejército de bárbaros que defendían el Imperio, frente al ataque de otros bárbaros invasores, los hijos del Asia nómada, el mundo bárbaro que se extendía hasta perderse de vista detrás de los confines de Europa.

La diferencia entre los bárbaros de la Europa nórdica y los provenientes del Asia era que aquéllos se mostraron asimilables, a diferencia de éstos. Si bien muchos de los primeros fueron al comienzo rapaces y destructores, acabaron por integrarse al mundo de los vencidos, en cuyos territorios se establecieron, y cuando llegaron a gobernar a los antiguos romanos, respetaron su idioma, su cultura, sus tradiciones y sus leyes, llegando incluso a entenderse con la Iglesia. Los segundos, en cambio, llevaron a cabo una tarea de aniquilación de las poblaciones conquistadas, reduciéndolas a esclavitud o expulsándolas, de modo que no sólo la fusión se hizo imposible pero ni siquiera la vecin-

dad. Para el conocimiento del mundo de los bárbaros y su evolución en la historia nada hemos encontrado mejor que la obra monumental de Gonzague de Reynold *La formación de Europa*, sobre todo en los dos tomos que llevan por título "El mundo bárbaro".

I. El huracán de los bárbaros

Adentrémonos ahora en los sucesos del siglo V. Pero antes será oportuno recordar sus antecedentes. Desde mucho tiempo atrás, el mundo romano se sentía amenazado por aquellos vecinos que habitaban fuera de sus límites y de su civilización. Unos cien años antes de nuestra era, las tropas romanas, al mando de Mario, general y político, apenas si habían podido contener las primeras grandes incursiones de tribus germánicas. César, por su parte, en el año 57 a. C. se lanzó con sus tropas a la zona no romanizada de las Galias, en la idea de que mejor que resistir era adelantarse a posibles incursiones. Durante los tiempos de Augusto, el ejército romano sufrió varias derrotas, a partir de lo cual el Imperio se puso más bien a la defensiva, contentándose con mejorar la defensa de sus fronteras. A partir del siglo III, los pueblos germánicos se agruparon en varios conglomerados, y la amenaza se volvió permanente, al punto de que no hubo Emperador que no se viese obligado a luchar contra ellos. Sin embargo cuando en el año 395 murió el emperador Teodosio, las cosas estaban más serenas. Incluso muchos bárbaros se habían alistado bajo las águilas romanas.

Antes de seguir adelante, precisemos lo que para los romanos significaba la palabra *bárbaro*. Con dicho nombre designaban a todos los pueblos conocidos, fuera de los griegos y de los que vivían bajo sus leyes. Es decir que "bárbaro" era para ellos sinónimo de "extranjero". Así Cicerón, Horacio, Ovidio y otros, llamaron *Barbaria* a todo lo que no era Italia y Grecia. Semánticamente hablando, la palabra parece provenir del vocablo sánscrito *barbarah*, que significa tartamudo. Bárbaro sería, entonces, el que habla una lengua ininteligible, extranjera. Finalmente sirvió para calificar a toda persona inculta, grosera, cruel, inhumana.

¿Cómo fue que los bárbaros entraron en confrontación con el Imperio Romano? Hubo, es verdad, invasiones formales, pero por lo general se trató de simples migraciones en masa, ocasionadas a veces por el aluvión de aquellas hordas asiáticas de que hablamos antes. Los hunos, que desde hacía varios siglos eran el azote de China, al verse contenidos por la famosa Gran Muralla y arrojados de allí por los Emperadores, se habían vuelto hacia el oeste, empujando a los diversos grupos que encontraban a su paso. La entrada de los bárbaros en el Imperio, a comienzos del siglo V, no fue sino el contragolpe del ataque mongol. Sería, pues, impropio representarse las grandes invasiones como un gigantesco operativo concertado de toda la barbarie contra la civilización. Si en algunos casos pudieron aliarse varios pueblos germánicos para emprender una operación común, nunca hubo un plan de conjunto, en base a la comunidad de razas o intereses. Cada uno de los actos del aquel éxodo

tuvo sus motivos, casi siempre circunstanciales. Fue así como grandes pueblos, con sus mujeres, sus vasallos y sus bienes, abandonaron su antigua residencia para encontrar en otra parte un nuevo hábitat.

Aparte del peligro amarillo, al que acabamos de referirnos, hubo otras razones para dicha migración: el atractivo de aquellas tierras que ocupaba el Imperio, tierras fértiles y soleadas, a diferencia de las que ellos poseían, infecundas y brumosas, la inclinación a las guerras y las conquistas que caracterizaba el espíritu de los germanos, e incluso su poético sentido de la aventura. Por lo demás, dentro del Imperio hubo complicidades o alianzas secretas. Como escribe Daniel-Rops: "Del mismo modo que un cuerpo humano gastado por la vejez llama a las enfermedades, el Imperio, hacia el año 400, llama a los bárbaros."

Vinieron, en efecto, y se presentaron, no como soldados de un ejército regular, sino en grandes y anárquicos conglomerados, con mujeres y niños, con carretas llenas de bártulos domésticos, con caballos y rebaños, patos y gallinas. Quede pues en claro que si bien se habla corrientemente de "las invasiones de los bárbaros", como nosotros lo hemos hecho al titular el presente volumen, el término más adecuado para designar aquel fenómeno no es el de "invasión", sino preferentemente el de "migración" de pueblos. El carácter nómada de aquellas tribus, carentes de lazos que las atasen a ningún territorio determinado, las llevó con cierta naturalidad hacia las regiones meridionales del Im-

perio, en busca de mejores condiciones y de un botín abundante.

A partir del momento en que los germanos, de manera violenta o pacífica, penetraron en el Imperio, sus relaciones con los "romanos" fueron complejas y variables. Desde hacía mucho existían grupos bárbaros instalados en el Imperio, a título de "confederados". Los romanos, siempre prácticos, habían tomado recaudos legales por los cuales los dueños de una casa, a requerimiento de la autoridad, debían ceder a los recién llegados una parte de su morada, más exactamente un tercio de la misma. Ello en caso de emergencia o de una estadía temporaria; si ésta era más duradera, se debía entregar a los "huéspedes" (así se los llamaba oficialmente) un tercio de las rentas de los huertos, campos y rebaños, así como de los esclavos. Aun cuando ello podía parecer duro a los romanos, no deja de extrañar que fuese dócilmente aceptado por los ocupantes, que tenían todas las de ganar. Se ha afirmado que si los bárbaros se dieron por satisfechos con dicha medida, ello se debió al prestigio de que gozaba Roma. Hubo casos en que algunos exigieron un poco más, como por ejemplo los burgundios, que pidieron hasta los dos tercios. Sea lo que fuere, esta curiosa convivencia, aparte de los inconvenientes que traía consigo, según se puede fácilmente imaginar, en cierta manera dispersó a los bárbaros, contribuyendo a que fuesen siendo absorbidos poco a poco por las poblaciones locales.

¿Qué pensaban los romanos de todo esto? No creemos que les causara ninguna gracia. Sobre to-

do cuando los vieron por primera vez, han de haber quedado impresionados ante aquellos soldados rubios, vestidos de cuero y con cascos exóticos. Sin embargo, quieras que no, tuvieron que irse acostumbrando a toparse con ellos en los caminos, en las termas y en sus propias casas. Los escritores de la época no disimulan el asco que experimentaban, por ejemplo, ante los burgundios, "que iban embadurnados de manteca rancia y que olían a ajo y cebolla". El desprecio por los bárbaros, heredado de los griegos, permanecía vivo en el corazón de los romanos, lo que los llevó a unirse más entre sí. Piénsese que fue en aquella época cuando se comenzó a hablar de *Romania*, expresión de autodefensa de un pueblo que empezaba a considerarse avasallado.

Militarmente hablando, el gobierno imperial aceptó que los bárbaros ingresasen en el ejército romano. Al principio lo hicieron bajo la conducción de los comandantes latinos, mas luego el mando fue poco a poco pasando a manos de jefes bárbaros. Y así, tribus enteras, bajo las órdenes de sus caudillos, sin abdicar de sus costumbres, sus lenguas y sus métodos de guerra, fueron sustituyendo a las decadentes legiones, al comienzo en las fronteras, pero después interviniendo dentro del Imperio, cuando alguna facción del poder político los llamaba en su auxilio. Vándalo fue el general Estilicón, que asumió heroicamente la defensa del Imperio después de la muerte de Teodosio; semibárbaro fue Aecio, hijo de un germano y de una latina, que sería el futuro vencedor de Atila. Estos jefes, puestos al servicio del poder, permanecieron por

lo general fieles a Roma, pero resulta innegable que de alguna manera podían llegar a ser, aunque fuese potencialmente, un caballo de Troya dentro del Imperio.

Como se ve, el mundo romano corría el peligro de irse "barbarizando" progresivamente. Algunos Emperadores intuyeron dicha amenaza y promulgaron una ley por la que se prohibía, bajo pena de muerte, los matrimonios entre romanos y bárbaros. Pero en la práctica ello no se cumplió, ni siquiera en los ambientes cortesanos. Bástenos recordar que la misma Honoria, hija de la emperatriz Gala Placidia, envió a Atila un anillo y una carta, proponiéndole desposarse con él. A la postre no sería exagerado decir que los principales dirigentes de la alta política desde fines del siglo V o eran bárbaros, más o menos romanizados, o tuvieron estrechas relaciones con ellos.

¿Cuáles fueron las tribus principales? En su mayoría estaban integradas por germanos, hombres recios y turbulentos, organizados en comunidades muy disciplinadas y sometidas a un caudillo. Su distribución era, aproximadamente, la siguiente. a orillas del Rin, los francos, que rodeaban a los sajones y a los lombardos; más al sur, los burgundios, y otros grupos de menor importancia. En el Danubio se encontraban los dos conglomerados germánicos más poderosos; hasta el Austria actual habitaban los vándalos, y más allá, los godos, dueños de Dacia, divididos en dos grandes grupos: los "godos brillantes" u ostrogodos, que miraban hacia el mar de Azov, y los "godos prudentes" o visigo-

dos, que miraban hacia el Imperio. A retaguardia, muchas otras tribus, hasta llegar a los hunos.

Tal era, en líneas generales, el mapa del mundo bárbaro cuando se desencadenaron las invasiones del siglo V. Hay que tener en cuenta que varios de esos pueblos no eran del todo ajenos a la romanidad, ya que conocían, aunque fuese vagamente, la civilización imperial, e incluso la admiraban. Por otra parte, la costumbre que tanto Roma como Bizancio tenían de retener en la Corte a jóvenes príncipes de aquellos pueblos, como garantía para la ejecución de los pactos con ellos firmados, hizo que no pocos bárbaros selectos conociesen el Imperio y su civilización desde dentro, conociesen sus excelencias pero también sus puntos débiles. Alarico, Teodorico y el mismo Atila fueron "rehenes" de esta clase. Por eso no es exacta aquella idea que solemos tener de los jefes bárbaros, como si todos hubiesen sido salvajes, caudillos de hordas. No pocos de ellos sabían hablar latín, y a veces griego, llegando a apreciar los encantos de la vida civilizada. De Alarico, conquistador visigodo, se cuenta que cuando se apoderó de Atenas, la única exigencia que impuso fue el derecho a pasearse un día por aquella espléndida ciudad, conocer el Partenón, hacerse leer el diálogo platónico de Timeo y asistir a la representación de "Los Persas" de Esquilo. Es claro que no siempre se comportaría así. Cuando en el 410 marchó sobre Roma, rebrotó lo peor de su sangre bárbara.

Más allá del barniz de cultura de algunos de sus jefes, lo cierto es que las invasiones de los bárbaros

provocaron un trastorno inconmensurable en el Imperio. Los vínculos sociales se relajaron, los límites de las provincias romanas se volvieron deletéreos. Fue una especie de terremoto que destruyó el orden hasta entonces existente, de modo que al acabarse el siglo V, lo que quedó fue un mosaico de Estados bárbaros, sobre el telón de fondo de un Imperio en agonía. En Italia reinaba Teodorico, jefe de los ostrogodos, quien ejercía su poder sobre toda Italia, Sicilia, Dalmacia y una parte de Panonia, manteniendo relaciones directas con los emperadores de Bizancio. Los vándalos se habían apoderado de Africa, Cerdeña y Córcega, instaurando un régimen de terror. En las Galias y en España los visigodos dominaban todo el espacio que va desde el Loire hasta el sur de Andalucía. Los burgundios, el sudeste de las Galias hasta los Alpes suizos. Al norte de las Galias se habían instalado los francos. En Inglaterra, los anglos, jutos y sajones, venidos por mar de la actual Dinamarca. El espectáculo no dejaba de ser lastimoso para quien mantuviese el recuerdo de la situación en que se encontraba el Imperio el siglo anterior, tal cual lo había dejado Teodosio al morir.

Si bien algunas de estas ocupaciones fueron el resultado de migraciones pacíficas, según lo dijimos más arriba, varias de ellas resultaron terroríficas. Desastres de todo género, sufrimientos inauditos, azotaron a Europa occidental durante más de dos siglos. Si nos limitamos, por ejemplo, a los vikingos, no hubo río que no fuese surcado por sus veloces barcas, ni iglesia o monasterio que no recibiese la terrible visita de esos guerreros, acompañada de pi-

llaje, masacre e incendio. Se comprende que la Iglesia se haya visto obligada a incluir en sus letanías una súplica especial a Dios, máxime que los vikingos eran paganos fanáticos: *A furore Normanorum libera nos, Domine*, del furor de los normandos, líbranos, Señor. Sus ataques fueron ininterrumpidos. Sólo en el 911 su jefe aceptaría recibir el bautismo, integrando así a su pueblo en la Cristiandad, a cambio de lo cual se le reconoció poder sobre la Normandía, donde por fin se instalaron.

El mismo vendaval que se desencadenó en el norte de África con la invasión de los vándalos, azotó a Galia e Italia con la llegada de los hunos, pueblo feroz y belicoso. Esta tribu escita, proveniente del fondo de Asia, luego de atravesar el Volga y el Don, arribó al Danubio. Al mando de Atila, su jefe, se lanzaron sobre Escandinavia, luego amenazaron al Imperio de Oriente, sin llegar a atacarlo, y finalmente se volvieron hacia el Occidente. En el 451, aquel caudillo partió de Panonia con un ejército de 700.000 hombres. Logrando que a su paso varias tribus se le aliasen por la fuerza, devastó y saqueó gran número de ciudades, entre las cuales Tréveris, Worms y Spira. Luego marchó sobre Italia, atravesó Verona, Milán, y se dispuso a entrar en Roma donde lo detuvo el papa San León. Luego de dejar la península, tras una expedición contra los visigodos de Galia, murió poco después. Ulteriormente los hunos serían rechazados hacia el mar Negro, perdiendo así vigencia en la historia. Pero el mal ya estaba hecho. El terror se había apoderado de Europa.

Refiriéndose a las incursiones de diversas tribus, así escribía San Jerónimo en una de sus cartas: "Gentes bárbaras en número incontable han ocupado la Galia. Todo el territorio entre los Alpes y los Pirineos y el que está encerrado entre el Océano y el Rin, ha sido devastado por los cuados, vándalos y sármatas, los alanos, gélidos y hérulos, los sajones, borgoñones, alamanes, ¡pobres de nuestras ciudades por los perversos panonios!"

Se hace difícil exagerar el sufrimiento que varias de las invasiones trajeron consigo. No fueron enfrentamientos bélicos, al estilo de los que conocemos en la actualidad, con batallas campales, sino la ocupación y el saqueo generalizado de pueblos pacíficos y casi inermes, carentes de toda instrucción militar, hasta llegar en algunos casos a la matanza de poblaciones enteras. Cuando en cierta ocasión un grupo de emisarios romanos llegaron a una ciudad de Macedonia, recientemente ocupada por Atila, para parlamentar con dicho caudillo, encontraron que esa ciudad, antes populosa, se encontraba totalmente vacía, sólo poblada por muertos, viéndose aquellos enviados compelidos a acampar fuera de su recinto. En Africa, si una ciudad se negaba a rendirse, los vándalos llevaban hasta sus murallas a los prisioneros que tenían en sus manos, y allí los mataban en masa para que el hedor de sus cadáveres disuadiese la defensa. "La mente tiembla –escribió el mismo San Jerónimo en el año 409, refiriéndose a la destrucción de las Galias– cuando se piensa en la ruina de nuestros días. Por más de veinte años la sangre humana ha corrido incesantemente sobre una vasta exten-

sión, desde Constantinopla hasta los Alpes julianos. Los godos, los hunos y los vándalos sembraron la desolación y la muerte [...] ¡Cuántos nobles romanos han constituido su presa! ¡Cuántas doncellas y cuántas matronas han caído víctimas de sus lúbricos instintos! Los obispos viven en prisión. Los sacerdotes y clérigos son pasados a cuchillo. Las iglesias son profanadas y desvalijadas. Los altares de Cristo son convertidos en establos; los restos de los mártires son arrojados de sus tumbas. Por doquier pena, lamentación por doquier, en todas partes, la imagen de la muerte."

Esta situación duraría, no décadas, sino generaciones enteras, hasta que el recuerdo mismo de lo que era la paz quedase desvanecido. Bien ha escrito Juan Schuck que no se trató de una catástrofe política ordinaria, sino de un verdadero "día del Señor", tal como lo describen los profetas hebreos; un juicio de las naciones, en que toda una civilización y todo un orden social, que no habían sabido justificar su existencia, fueron desarraigados y lanzados al fuego.

Como se ve, las invasiones de los bárbaros, en cualquiera de sus formas, provocaron un trastorno generalizado, tanto en el Imperio como en la Iglesia. El Estado se agrietaba por doquier. La Iglesia, que acababa de alcanzar la paz y la prosperidad bajo Constantino y Teodosio, luego de las terribles persecuciones romanas, se veía también profundamente afectada por los acontecimientos. ¿Qué actitud asumirían el Imperio y la Iglesia en tan espantosa encrucijada de la historia?

Para muchos romanos era poco menos que el fin del mundo. ¿Qué quedaba de la antigua gloria del Imperio? Éste se iba desmoronando piedra a piedra, y con él la mayor parte de las instituciones en que se apoyaba la civilización antigua. Nada parecía permanecer. Ni la belleza de la vida, ni el bienestar, ni los juegos públicos, ni la literatura, ni las artes, ni la religión tradicional. Eso es lo que la gente decía. Algunos pensaban que sólo les restaba sucumbir, embriagándose por última vez en el banquete dionisíaco de la civilización; otros, envueltos en los pliegues de la vieja bandera romana, se disponían a esperar con estoica desesperación la última estocada, como en su momento los senadores, sentados en sus sillas curules, aguardaron la llegada del conquistador galo.

La Iglesia, por su parte, más allá de las dudas que experimentaban algunos cristianos acerca de la posibilidad de evangelizar a los bárbaros, como si fuera imposible ser a la vez cristiano y germano, de manera semejante a lo que sentían aquellos judíos en los tiempos de la Iglesia primitiva, incapaces de entender que se pudiese ser al mismo tiempo cristiano e incircunciso, quedó de hecho como la única fuerza sobreviviente, la única capaz de conducir el navío abandonado, sin piloto, en medio de la tempestad.

Los hechos se precipitaban. Los últimos señores del Imperio de Occidente, otrora glorioso, ya no residían en Roma. Se guarecían ahora en la ciudad de Ravena, vuelta capital, protegidos de sus enemigos por los pantanos que contorneaban aquella ciudad, totalmente olvidados del bien común, lle-

vando una vida farandulesca e intrigante, en medio de eunucos, cortesanas y guardias germánicos. El último jefe militar sería Orestes, un romano traidor a la causa del Imperio, que como secretario de Atila había empujado los hunos a Italia. En el año 475 proclamó Emperador a su hijo Rómulo, a quien sus contemporáneos llamaron Augústulo, como si dijéramos "Augustucho". Amarga agonía, que expresa cabalmente la distancia trascurrida entre la antigua gloria de Augusto a la ridiculez de esta Roma defendida tan sólo por los mosquitos. Mientras el Imperio se seguía desmoronando, un grupo de mercenarios germanos que residían en Italia exigieron que, en lugar de estar allí acantonados, se les diera esas tierras en posesión. Ante la negativa de Orestes, aquellos soldados se sublevaron. Luego de nombrar rey al esciro Odoacro, encerraron al último Emperador, aquel pobre niño Rómulo Augústulo, en una villa cerca de Napoles. Fue el 4 de septiembre del año 476. El Imperio se había derrumbado. Mil años de gloria acabaron entonces. Respetuoso de las formalidades, y no pudiendo borrar de su mente la imagen de aquella grandeza que acababa de derribar, Odoacro empaquetó cuidadosamente las insignias imperiales y las envió al Emperador de Constantinopla, pidiéndole modestamente para sí el título de "Patricio". Cuando en el 489, los ostrogodos de Teodorico entraron como una tromba en Italia, se consumó el último acto del gran drama que había comenzado al principiar el siglo. Ya no había Occidente, ni Europa, ni unidad romana. Un mosaico de estados bárbaros había reemplazado al Imperio.

II. Los bárbaros eran arrianos

Hay un dato que no podemos preterir. Y es que los bárbaros que invadían o se instalaban en el Imperio no eran en su mayoría paganos sino arrianos. Su conversión al arrianismo se debió sobre todo a la predicación de un extraño personaje llamado *Wulfila* o *Wolflein*, grecizado como *Ulfilas*. ¿Quién era este Ulfilas? Al parecer, sus abuelos provenían de Capadocia, aquella provincia tan sólidamente cristiana del Asia Menor, donde ejercieron su labor pastoral los obispos San Gregorio de Nyssa, San Gregorio de Nacianzo y San Basilio. Educado en el catolicismo, decidió ser sacerdote, si bien acabó por adherirse al arrianismo durante una de las temporadas que pasó en Constantinopla. Fue entonces cuando Eusebio de Nicomedia, a quien nos hemos referido en la conferencia anterior, lo consagró para ser obispo de los godos, quizás en el transcurso del Sínodo de Antioquía, el año 341. Destinado a Nicópolis, en la actual Bulgaria, se entregó por entero a la conversión de los bárbaros, pero, naturalmente, los convirtió al arrianismo. Ulfilas era un hombre muy inteligente y culto. Como en el Oriente, junto con el griego y el latín se empleaban también las lenguas siríaca y copta, inventó, para uso de sus fieles, un alfabeto particular imitado del griego, y luego se abocó a traducir la Biblia con esa grafía, por lo que fue considerado el creador de la antigua literatura germánica. Dicha traducción gozó, en su momento, del pleno reconocimiento de San Jerónimo y de San Juan Crisóstomo.

El credo de Ulfilas respondía a la doctrina de Rimini, que a su vez se basaba en las formulaciones de Sirmio y de Antioquía, de que hablamos al tratar del arrianismo, reduciendo los principios del cristianismo a esquemas muy sencillos, que excluían toda dogmática. Con el afán de adaptarse a la psicología de los bárbaros, trató de resaltar aquellos aspectos de la verdad evangélica que podían fundar una moral de fuerza, de energía y de heroísmo. Asimismo elaboró una liturgia adaptada a aquellos rudos soldados, apta para exaltar su mística guerrera. Se celebraba la Misa en horas nocturnas, a menudo en los bosques. Allí las voces roncas de los coros germánicos se iluminaban con las llamas de las antorchas. Es claro que la gran verdad de nuestra fe, la divinidad de Cristo, quedaba aminorada, o mejor dicho, abolida. Y ello era muy grave. Sea lo que fuere, aquel cristianismo tan peculiar se difundió con prodigiosa rapidez.

Cuando Alarico ocupó Iliria trajo con él un clero arriano, de modo que el cristianismo herético penetró en los pueblos sometidos a los hunos: ostrogodos, gépidos y hérulos, y alcanzó a los vándalos. Luego, cuando los visigodos le pidieron a Valente, emperador arriano, que los recibiera en el Imperio Romano, y éste les señaló como residencia la zona de Tracia, les puso como condición que le sirvieran a título de mercenarios, y aceptasen el arrianismo. De este modo la mayor parte de los visigodos abrazaron la secta arriana. Otras tribus emparentadas con los germanos, como los suevos y alanos, siguieron el mismo camino, pero entre ellos los católicos gozaron de consideración. En cambio los

vándalos, arrianos fanatizados, procuraron convertir a toda costa al arrianismo a los pueblos que ocupaban, para lo cual no vacilaron en montar enconadas persecuciones, muy hábilmente organizadas, contra los católicos, acompañadas por persistentes campañas de presión moral. También hubo reyes visigodos que fueron enemigos acérrimos de la Iglesia y la hicieron blanco de persecuciones sangrientas.

Fuera de los francos y los anglosajones, que siguieron siendo paganos, puede decirse que todos los pueblos bárbaros que entraron en el Imperio en el siglo V profesaban el arrianismo. San Juan Crisóstomo debió mandar misioneros a ciertos grupos de godos para combatir allí la herejía. La diferencia de confesión entre los ocupantes y los ocupados, sin duda vivamente sentida, fue un nuevo obstáculo para la fusión. El Imperio habría absorbido más fácilmente a los bárbaros si no hubiera sido por dicho problema. Muchas veces estos requisaban iglesias católicas para convertirlas en iglesias de guarnición, naturalmente arrianas. Entre los católicos, el trato con un bárbaro era mal visto, como si se estuviese pactando con un propugnador de la herejía. Hubo incluso sacerdotes que fueron excomulgados por haber comido en casas arrianas. De su lado, para precaverse, los ocupantes promulgaron leyes por las que se condenaba las conversiones al catolicismo.

El arrianismo bárbaro, además de sus errores doctrinales, tenía grandes deficiencias. El clero, por ejemplo, desconectado de la cultura antigua y de las grandes tradiciones cristianas, especialmente de

las provenientes de la época patrística, por su desconocimiento de las lenguas clásicas, era totalmente ignorante. Nada podía encontrarse en los arrianos que pudiera emular a aquellos centros de cultura y de espiritualidad que eran los monasterios católicos. Ni tampoco hubo entre ellos pastores que pudieran compararse a los grandes obispos de la Iglesia católica.

III. El extraño parecer de Salviano

¿Cómo miraban los romanos, tanto paganos como cristianos, a los bárbaros? No de la misma manera en los tiempos de César o de Augusto que en el siglo de las invasiones. En aquellas primeras épocas, el cuadro cultural era el siguiente: los helenos aparecían como hipercivilizados en decadencia; los romanos, como civilizados y civilizadores; los germanos eran los bárbaros, dispersos todavía en sus bosques; entre los romanos y los germanos estaban los galos, considerados como semicivilizados, a los eslavos se los veía simplemente como salvajes. En cambio cuando las invasiones y en los dos siglos siguientes, las cosas cambiaron sustancialmente. Ya Roma carecía de soldados. No soportando más las exigencias de la vida castrense, se había vuelto "civil", por lo que se veía obligada a buscar bárbaros, preferentemente germanos, para defenderse de otros bárbaros. El grito de combate de las legiones "romanas" ahora germanizadas se llamaba en latín *barritus*, lo que sugiere el bramido del elefante. El Emperador respetaba a sus genera-

les; ellos, a su vez, reverenciaban la cultura grecolatina, e incluso defendían al Imperio contra sus hermanos de sangre, entendiendo que el Emperador debía ser romano, si no de nacimiento, al menos por haberse incorporado, mediante el matrimonio, al rango imperial.

Con todo, más allá de las posibles connivencias, bárbaros y romanos no podían dejar de considerarse como contendientes. En los actuales países europeos se tiende a mirar con simpatía a los antiguos germanos, celtas y galos, como si se tratase de pueblos jóvenes, llenos de energía creadora, que aportaban nueva vida a una civilización exhausta y decadente. Pero no era esa la manera como los observaban los que tuvieron que vérselas directamente con ellos. Más bien destacaban sus aspectos negativos, la destrucción que sembraban, la ruina de las ciudades y la esclavitud de los pueblos.

San Gregorio Magno nos habla de prisioneros "atados por el cuello como perros y llevados a la esclavitud", de campesinos mutilados, de ciudades hambrientas o despobladas. "¿Qué hay susceptible de agradarnos en este mundo? En todas partes vemos sólo pena y lamentos, las ciudades y las villas están destruidas, los campos devastados y la tierra vuelve a la soledad. No quedan campesinos para cultivar los campos, pocos habitantes permanecen en las ciudades, y aun esos escasos restos de humanidad siguen expuestos a sufrimientos incesantes [...] Algunos son llevados al cautiverio, otros mutilados, y otros, más numerosos, degollados ante nuestros ojos." Lo que quedaba del mundo romano se derrumbaba a ojos vistas.

Sin embargo, las influencias se entrecruzaron. Así como el bárbaro recibió las del romano, éste también fue influido por su contrincante, estableciéndose entre ambos un sistema de relaciones, que pudieron ser belicosas o pacíficas, pero que en última instancia acabarían en la integración, los civilizados elevando el nivel de los bárbaros, y los bárbaros menguando la cultura de los romanos. No olvidemos que la civilización romana estaba ya en franca decadencia. Habiéndose agotado su energía creadora, era una sociedad fatigada de sí misma, por lo que no pocos de sus miembros idealizaban a los bárbaros, como portadores de valores olvidados y de virtudes originales. Los bárbaros, por su parte, podían ahora comparar sus tablas de valores con las de los romanos. En algunos aspectos se sentían inferiores, por ejemplo en lo que atañe a la civilización, pero en otros se veían superiores, no sólo por su prestancia física y militar sino también por cierta superioridad moral. Pronto entendieron que tras la majestuosa fachada del "orden romano", sus monumentos y sus caminos, se escondía un edificio degradado por la erosión del tiempo y la decadencia de las costumbres. A pesar de todo, vislumbraban que fuera de aquel mundo al que se incorporaban, no había para ellos civilización posible.

Del siglo V ha llegado hasta nosotros un testimonio sumamente curioso que nos resistimos a preterir. Proviene de Salviano, un sacerdote de Marsella, es decir, de la Galia romana, quien admirando las virtudes de los bárbaros, no dudó en cubrirlos del elogios, como si fuesen superiores a

los romanos, incluidos los romanos católicos. Sus invectivas contra la sociedad imperial, que le valieron el sobrenombre de "nuevo Jeremías", se encuentran en un libro llamado *De Gubernatione*. Dicha obra ha sido comparada con el *De Civitate Dei* de San Agustín. Es claro que las diferencias son grandes. En su escrito, San Agustín consideraba las invasiones de los bárbaros como una prueba y un castigo para los cristianos, pero insistía más en la prueba que en el castigo, negándose a pensar que los cristianos pudiesen, en su conjunto, vivir tan mal, o peor aún, que los invasores. El *De Civitate Dei* es, en realidad, una apología del cristianismo dirigida contra los paganos. El *De Gubernatione*, en cambio, ha sido escrito "contra los cristianos", o mejor, contra los cristianos mundanizados, poniéndose el acento en el castigo de una sociedad pretendidamente cristiana. Los bárbaros, sean paganos o herejes, no hacen sino destruir, "con la ayuda de Dios", una sociedad de cristianos ortodoxos y corruptos, dejando siempre a salvo la santidad de la Iglesia como institución.

Lo mejor será escuchar sus propias reflexiones. Destaca, ante todo, el vigor de los bárbaros por sobre los romanos: "Antes los romanos eran muy poderosos –escribe–, ahora están sin fuerza; los viejos romanos eran fortísimos, ahora carecen de fuerza; los pueblos bárbaros les pagaban tributos, y ahora somos tributarios de los bárbaros." Evidentemente Roma ya no era la de antes. Basta con leer a San Agustín o a San Jerónimo, o a cualquier otro Padre de la época, para advertir cómo la evangelización no había podido frenar la disgregación mo-

ral de la sociedad romana. Desde las clases altas, que vivían en la ociosidad y el vacuo refinamiento –sedas de Oriente, perfumes, anillos en todos los dedos–, hasta el pueblo sencillo que pasaba horas en los circos, los juegos y otras diversiones, poco había digno de elogio. Nada digamos de la decadencia de las costumbres, el divorcio, la prostitución, masculina o femenina, las prácticas contra la natalidad... Repetidas veces se refirió San Agustín con tristeza a esos desgraciados que seguían en sus bacanales, mientras el enemigo estaba a las puertas y degollaba a sus hermanos. En verdad, aquella sociedad de comienzos del siglo V era "un mundo de cabellos blancos", según la atinada frase de San Euquerio, obispo de Lyon.

A pesar de todo ello, los cristianos del viejo mundo romano siguieron mostrando al Imperio una lealtad que se mantuvo hasta la época de San Gregorio Magno. Por eso nos resultan tan curiosas las reflexiones de Salviano acerca de la superioridad del mundo bárbaro sobre el mundo antiguo, la del germano sano, puro y fuerte, sobre el latino debilitado, corrupto y degenerado. Es cierto que este tipo de valoraciones tiene antecedentes remotos. Ya Tácito, en su *Germania*, había opuesto a la corrupción de la sociedad romana la pureza de las costumbres germánicas: la solidez del matrimonio, la honestidad de la vida familiar, el respeto de la mujer, la educación viril de la juventud. También Horacio, en una de sus odas, había contrapuesto la felicidad de los pueblos bárbaros, sin letras pero sin vicios, a las perversiones y miserias que los romanos debían a su exceso de riquezas y

su abundante refinamiento. Salviano fue más allá. Los germanos engendraban caudillos, decía, mientras que los romanos sólo producían funcionarios.

Claro que entre los bárbaros también hay canallas, escribe, su vida "es la corrupción misma", pero nunca en el grado que ostentan los romanos. Aquéllos tienen dos o tres vicios, mientras que éstos los cultivan todos, y a la perfección. Por lo demás, los bárbaros tienen la excusa del paganismo o la herejía, mientras que los romanos son cristianos y poseen las Escrituras en toda su pureza. Al parecer, Dios obra de nuevo como en el Antiguo Testamento, recurriendo a un pueblo extranjero, a veces idólatra, para castigar las defecciones de su pueblo elegido. He aquí lo que Salviano buscaba al escribir su obra: mostrar que los romanos, paganos o cristianos, no fueron vencidos por la fuerza sino por su inferioridad moral. Luego de poner el ejemplo de un general romano que proyectaba saquear un pueblo de bárbaros vencidos, pero en vez de ello fue hecho prisionero, le ataron los brazos detrás de la espalda y le esposaron las manos, burlándose todos de él, hombres y mujeres, y luego lo encerraron en un calabozo largos años, se pregunta por qué suceden estas cosas. "Porque los bárbaros son humildes ante Dios, y nosotros, rebeldes; porque ellos creyeron que la victoria estaba en las manos de Dios, y nosotros la hemos creído puesta en las nuestras."

Es Dios mismo, prosigue Salviano, el que ha suscitado a esos bárbaros que irían de un lugar a otro, de ciudad en ciudad, devastándolo todo; primero la Germania, luego el país belga, después la zona de Aquitania, a continuación el cuerpo entero

de las Galias: "estos hechos sucedían poco a poco, a fin de que el azote que golpeaba a una región sirviese por su ejemplo para corregir a la otra". Pero fue en vano. Entonces Dios recurrió a los vándalos para castigar los crímenes de Africa. Ellos mismos confesarían que la empresa no provenía de ellos, sino que la llevaban adelante impulsados por una orden divina. Merecida se lo tenía el África, que no era otra cosa "que una casa de vicios". Cartago, la otra Roma, reina y madre de todas las ciudades africanas, rival eterna de la antigua capital del Imperio, con todo su aparato de funcionarios, sus institutos de artes liberales y escuelas de filosofía, era en realidad una ciudad profundamente corrupta, rebosante de riquezas y de vicios. Ahora sufrían de sus ocupantes tanto como antes de los romanos. Y conste que hasta no hace mucho Cartago parecía una ciudad cristiana, evangelizada por los Apóstoles, donde la Iglesia estaba perfectamente establecida, pletórica de mártires, pero en el presente su desvergüenza llegaba hasta el punto de que había hombres que pretendían ser mujeres, y ello sin la menor sombra de pudor, sin ningún velo de vergüenza.

Salviano lamenta también la decadencia de los mismos cristianos. La prolongada paz y prosperidad de que habían disfrutado casi sin contratiempo desde la paz de Constantino había suscitado en muchos de ellos una creciente flojedad en su vida cristiana. Terminadas las persecuciones, ya no tenían la costumbre de combatir, y así sucumbían a los primeros embates. No encontrando enemigos violentos que los obligaran a vivir en guardia, mu-

chos de ellos se habían acostumbrado a una existencia muelle y poco cristiana. La pluma del escritor se vuelve tajante: "Somos impúdicos entre bárbaros púdicos. Diré más aún: ¡Los mismos bárbaros se escandalizan por nuestras impurezas! Entre éstos la fornicación es un crimen y un peligro; entre nosotros es un honor. ¡Y nosotros creemos poder subsistir delante de Dios, creemos poder ser salvados!" ¿Cómo nos vamos a extrañar de que Dios entregue a los bárbaros nuestras tierras, y que sean ellos quienes purifiquen hoy por la castidad estas provincias que los romanos habían manchado por la fornicación? Dios les permitió a los vándalos ocupar España únicamente porque eran púdicos, y dejó que los españoles cayeran en la esclavitud por la única razón de que eran impúdicos. Debemos la derrota solamente a la impureza de nuestros vicios.

Los visigodos y los vándalos, prosigue nuestro autor, se comportan así a pesar de la educación que han recibido de sus malos doctores, siendo de este modo mejores que nuestros compatriotas. Cuando están en peligro, se dirigen a Dios y piden su asistencia, mientras que nosotros ponemos nuestra esperanza en los hunos contra los visigodos. Nuestras tropas marcharon contra los visigodos confiando en sus armas y en sus aliados; los visigodos, en cambio, llevaban en sus filas el libro de la Ley divina (recordemos que eran cristianos, aunque arrianos). Si alguno de los nuestros hubiera obrado así, se habrían burlado de él. "¿A qué viene entonces que nos llamemos católicos, a que nos gloriemos de nuestra fe, por qué despreciar a los visigodos y a los vándalos, reprochándoles su here-

jía. cuando nosotros mismos vivimos en la depravación herética?" No hay que extrañarse. Los romanos vencieron y reinaron cuando eran paganos, pero ahora que se hicieron cristianos son vencidos y esclavizados. Es que los que conocen la Ley divina y la dejan de lado son mucho más culpables que los que, ignorándola, no la cumplen.

Lo peor es que no sacamos experiencia y persistimos en nuestra actitud. Los circos, que los bárbaros desconocen, nos atraen en demasía. Si una fiesta religiosa tiene lugar el mismo día que uno de esos juegos públicos, la mayor parte de los cristianos prefiere los juegos. La iglesia queda desierta y el circo está lleno. Es cierto que en muchas ciudades ya no hay ese tipo de espectáculos, como en Maguncia, Colonia, y en la mayoría de las ciudades de Galia o España, pero es justamente porque dichas ciudades han sido dominadas por los bárbaros. Estamos en la miseria, pero ni aún así hemos dejado de ser frívolos. Nuestra opulencia ha cesado, nuestra perversidad permanece. Ni siquiera la adversidad nos ha corregido. "Italia ha sido devastada, ¿los vicios de los italianos han cesado? La ciudad de Roma ha sido asediada y tomada por asalto, ¿los romanos han dejado de ser blasfemadores y delincuentes? Pueblos bárbaros han inundado las Galias, ¿los crímenes de los galos, cuando se mira sus costumbres corrompidas, no son ya lo que eran? Los pueblos vándalos ocuparon las tierras de España; la suerte de los españoles ha evidentemente cambiado, pero no su viciosidad." Apabullante resulta la experiencia de Cartago. Cuando los pueblos bárbaros hacían reso-

nar las armas en torno a sus muros. los católicos de esa ciudad se entregaban al frenesí en los circos. a la lujuria en los teatros. Mientras afuera algunos eran degollados, adentro se fornicaba. Afuera una parte del pueblo era cautiva de los enemigos, adentro otra parte era cautiva de los vicios. "¡Qué demencia estar en la desgracia y no tener la inteligencia de la desgracia!" He ahí lo más grave, no tanto la aglomeración de desastres cuanto "el haber perdido el sentido de la inteligencia."

Tenemos que acabar por entender que Dios permite que suframos tantos males porque en verdad lo merecemos. Muchos creen que no es así. y al pensar de ese modo se vuelven más culpables, si cabe. Lo peor que le puede pasar a un malhechor es la arrogancia de afirmarse inocente. "Nosotros deberíamos ser mejores que los bárbaros y somos peores que ellos si no somos mejores, por el simple hecho de que debemos ser mejores." Fuera de algunas excepciones, la mayor parte de nosotros somos más culpables que los bárbaros. Por la doctrina católica en la que creemos somos mejores, pero por los pecados que cometemos somos peores. Que la doctrina sea buena, no proviene de nosotros, pero si vivimos mal. eso sí sale de nosotros, nuestro pecado es más grave. "Por eso los cristianos son tanto peores cuando deberían ser mejores; no demuestran lo que predican, y sus costumbres combaten su credo."

Es cierto que no resulta desdeñable el hecho de que los bárbaros hayan sido engañados por la herejía arriana. Sus escritos han perdido la plenitud de la doctrina, la integridad de la fe. Sólo nosotros

tenemos las Sagradas Escrituras completas, intactas, enteras, las bebemos en su misma fuente. Sólo nosotros las leemos bien. Ellos son herejes, pero no lo saben; se creen ortodoxos, y nos llaman herejes a nosotros. Nosotros estamos convencidos de que injurian a la generación divina creyendo que el Hijo es inferior al Padre. Pero de hecho ellos pecan por culpa de sus doctores, nosotros, en cambio, por nuestra malicia. Por eso la paciencia de Dios soporta a los bárbaros mientras que a nosotros nos castiga. Sabemos lo que es bueno y no obramos el bien, conocemos la distinción del bien y del mal, y seguimos lo que es malo; leemos la ley, y pisoteamos sus preceptos. "Dios quiera que estas dos actitudes concurran a un solo fin: que el castigo refrene en los católicos el deseo desordenado de pecar, y que la paciencia divina revele un día a los herejes la plena verdad de la fe, porque él sabe bien que ellos no son indignos de la fe católica, al ver que superan a los católicos por su manera de vivir."

Sería realmente deplorable que no aprovechásemos el castigo que nos envía el Señor, que a dicho castigo no le siga ninguna enmienda. Cuando a un animal enfermo se le amputa un miembro, luego el cuerpo se retoma. No pasa así entre nosotros. "Al parecer todo el pueblo romano está en cierta manera saturado de hierba sardónica: muere y ríe." ¿Qué significan estas extrañas palabras? La "hierba" a que alude Salviano era un yuyo que los antiguos creían provenir de Cerdeña –por eso la llamaban "sardónica"– y tenía la característica de que suscitaba risa hasta el punto de matar al

que se reía. Literalmente "se moría de risa". "Así –prosigue– en casi todas las partes del mundo, nuestras risas son seguidas de nuestras lágrimas, y desde ahora se cumple para nosotros esta palabra de nuestro Señor: «Desgraciados de vosotros que reís, porque lloraréis» (Lc 6, 25)."

La posición de Salviano fue, en su época, bastante excepcional. Con todo, responde bien a una pregunta que flotaba en el ambiente: si Dios gobierna el mundo, ¿por qué permite que se desencadenen tantas desdichas como trajeron consigo las invasiones de los bárbaros? Ya San Jerónimo le había salido al paso: "¡Son nuestros pecados los que dan fuerza a los bárbaros; son nuestros vicios los que han hecho derrotar a nuestros ejércitos!" En base a esa misma percepción, Salviano, que había sido expulsado de su tierra por los vándalos, se indignaba al ver que sus contemporáneos no sacaban conclusiones de lo que estaba sucediendo, y lanzaba brulotes que no hubieran escandalizado a Blois o a Castellani. Señala Daniel-Rops que pensadores como Salviano dedujeron de sus amargas comprobaciones nuevos motivos para trabajar con mayor ahínco en preparar el porvenir. Comprendieron y dijeron que no se podría rehacer una sociedad que caminaba hacia la ruina si primero no se rehacía al hombre. Fue esta convocatoria a una renovación de los valores la fuerza creadora que permitió salvar la civilización cristiana.

Nos hemos detenido bastante en exponer el punto de vista de Salviano de Marsella porque nos pareció muy adecuado a lo que acontece entre nosotros. En medio de la corrupción, creciente y ge-

neralizada, seguimos propiciando el hedonismo, la democracia liberal, la libertad ilimitada. En su ocaso nuestra civilización se empeña en seguir promoviendo la farándula y hace de la promoción de casinos, la nueva era y las parejas *gay* su negocio y su fiesta de la inmanencia.

IV. La caída de Roma

En el conjunto de los acontecimientos que jalonaron las invasiones de los bárbaros se destaca un hecho de excepcional importancia, cuya consideración no podemos obviar, y que tiene también carácter altamente simbólico. En todos los corazones nobles vibraba un temor larvado. ¿Qué pasaría si los bárbaros lograsen entrar un día en la misma Roma? San Agustín escribía a uno de sus amigos italianos: "Tu última carta no me dice nada de lo que sucede en Roma. Sin embargo, querría saber qué hay de cierto en el confuso rumor que me llegó, acerca de una amenaza sobre la Ciudad. No quiero darle crédito". La preocupación del obispo de Hipona, dos años después se convertiría en realidad.

Ante el inmenso prestigio de Roma, los bárbaros experimentaban una mezcla de temor y de fascinación. No era Roma una ciudad como las demás. Fue Alarico, uno de los jefes bárbaros, quien se atrevió a pensar en la posibilidad de ocuparla por las armas. Desde hacía mucho que acariciaba dicho proyecto, realmente temerario. Cuantas veces oía el nombre de Roma, sentía despertarse en su alma los instintos primitivos del bárbaro, el gozo

de la destrucción, el anhelo de poner fin, con el filo de la espada, a los destinos de una ciudac que se decía eterna, la idea por fin de un saqueo extraño, único en la historia, el saqueo de los tesoros del universo acumulados allí durante diez siglos. En una suerte de embriaguez sacrílega, cuando pensaba en tal proyecto su imaginación se exaltaba: creía escuchar las voces que había oído antes en la soledad de los bosques sagrados de Panonia, soñando con la única gloria que entonces comprendía, la de la destrucción y la ruina.

De hecho, se abocó a llevar a cabo su proyecto, en medio de un silencio universal, silencio lúgubre y misterioso. Se ha dicho que a medida que se iba acercando a esas murallas consagradas por la gloria, el poder y el respeto del mundo entero, parecía presa de una agitación creciente. Tras un asedio cuya duración no conocemos, entró finalmente en Roma, al son de trompetas y cantos de guerra, la noche del 24 de octubre del año 410, en medio de una horrible tempestad. Si hubo alguna resistencia, fue rápidamente sofocada. El jefe barbaro no incendió la ciudad, pero la entregó al saqueo, y dejó cometer atrocidades durante cuatro días seguidos. Resulta curioso, pero este visigodo, que no era pagano sino arriano, prohibió tocar los lugares sagrados, sobre todo las basílicas de San Pedro y San Pablo. La victoria fue, en verdad, vana, ya que pronto debió abandonar la ciudad, acosado por el hambre. Cuando se disponía a embarcarse hacia las tierras trigueras de África, le sorprendió la muerte en la zona de Calabria. Pero el hecho simbólico se había cumplido.

La toma de Roma fue uno de los eventos más resonantes en esta tempestad de las invasiones bárbaras. Máxime que dicha ciudad era considerada imperecedera, lo que constituía una convicción incuestionada e incuestionable. Era la fe de todos, una especie de dogma que resumía el credo de los ciudadanos romanos, y se la encontraba en el verso de los poetas, en los discursos de los oradores, en los textos de las leyes y hasta en las oraciones de los fieles. Roma, según ese lenguaje, se llamaba "Ciudad Eterna". Los bárbaros no tenían, por cierto, semejante certidumbre. Oriundos de otras latitudes, con otros paisajes y otras historias, excluidos hasta entonces de la felicidad romana, no tenían dificultad en comportarse como extraños.

Sea lo que fuere, la repercusión del acontecimiento fue inmensa. Tanto los paganos como los cristianos creyeron que había llegado el fin del mundo. En realidad no era el fin del mundo sino el fin de un mundo, pero por aquel entonces era difícil considerarlo así. San Jerónimo, que en esos momentos se encontraba en Palestina, donde afluían numerosos refugiados, quedó profundamente conmovido. "Mi voz se ahoga y los sollozos me interrumpen [...] Ha sido conquistada la ciudad que conquistó el universo. La luz más clara se ha extinguido, la cabeza del mundo ha sido abatida y, para hablar con más claridad, al caer esa ciudad el Imperio se ha derrumbado. La voz me falta y me siento desfallecer." También San Agustín, en uno de sus sermones, confesó su desolación por las noticias que iba recibiendo: "Cosas horrendas nos han contado: ruinas, incendios, saqueos, torturas, deshon-

ras. Mil veces nos las han contado y otras tantas las hemos lamentado y llorado, y todavía no nos hemos podido consolar."

Los paganos que aún quedaban en el Imperio no podían perder esta ocasión de acusar a los cristianos: desde que el cristianismo ha triunfado, decían, todas las desgracias han caído sobre nosotros. Frente a tal requisitoria los cristianos, desconcertados, no sabían bien qué responder. Ellos también habían sido víctimas del atentado. ¿Sería que Dios los había abandonado? Fue precisamente entonces cuando San Agustín se decidió a escribir *De Civitate Dei*, cuyos tres primeros libros, publicados en el 413, se inspiran directamente en la caída de Roma. Pero lo hizo no limitándose al hecho puntual, por importante que fuese, sino poniéndose por encima, y elaborando la primera filosofía, o mejor, la primera teología de la historia. La caída de Roma debía ser considerada a la luz de la providencia de Dios, que mueve los hilos del acontecer histórico, desde el Génesis hasta el Apocalipsis.

V. Dos estrategias empleadas por los bárbaros

Ya hemos señalado que el modo como los bárbaros se comportaron al ocupar las distintas regiones del Imperio, se diversificó mucho de una a otra región, en un abanico que va desde la simpatía con el vencido, hasta la crueldad sin límites. La instalación de los burgundios, por ejemplo, parece haberse llevado a cabo con un mínimo de vio-

lencias, y la de los francos, sin vejación alguna. Sin embargo, con mucha frecuencia, al entrar en las zonas conquistadas dieron pábulo a su propensión de saquear y de incendiar todo a su paso. Así los anglos, cuando se instalaron en Bretaña, procuraron la destrucción del elemento local. Y al referirse a Italia, el historiador Procopio señala que ésta quedó despoblada con motivo de la invasión de Alarico.

Si quisiéramos esquematizar estas maneras diversas de proceder, podríamos reducirlas a dos posibles. La primera, la más radical, consistía en destruir, simple y llanamente, todo lo romano, no conservando sino los cuadros administrativos, en la medida que facilitasen la dominación de los vencedores. En otras palabras, barbarizar por el terror. Entre los pueblos invasores sólo uno intentó sistemáticamente esta experiencia, *los vándalos*, el más feroz de los pueblos germánicos. De España pasaron al norte de África, vieja provincia romana, que conquistaron en el año 429. Su rey Genserico, que era arriano, se veía animado por el clero de dicha herejía para llevar adelante su política opresiva. En el campo político, obró como si el Imperio no existiese, llegando incluso a arrasar las viejas fortalezas romanas y expulsar a los sospechosos de fidelidad a Roma. Su idea era hacer de sus cien mil vándalos una casta aparte, que explotase la rica región que había ocupado, sin mezclarse con el pueblo vencido, para lo cual prohibió bajo pena de muerte los matrimonios entre vándalos y gente del lugar. En el plano religioso, lanzó una verdadera persecución, una de las más grandes de la historia. Los fun-

cionarios recibieron orden de requisar los objetos sagrados, incluidos los lienzos litúrgicos, con los cuales hicieron calzoncillos para las tropas. Luego arrebataron a los católicos sus iglesias, desterraron a sus obispos y martirizaron a muchos fieles. Los sobrevivientes sólo pudieron celebrar su culto de manera clandestina, sea en casas particulares, sea en los arrabales de los pueblos.

El hijo y sucesor de Genserico, llamado Hunerico, mostró al principio cierta mansedumbre, concediendo alguna libertad a los católicos, y autorizando el nombramiento de un obispo para Cartago, vacante desde hacía veinticuatro años. El obispo se llamaba Eugenio. Desdichadamente, pronto volvió a estallar la persecución. Acusado por Cirilo, obispo arriano, Eugenio fue encarcelado, sufriendo toda clase de suplicios; luego lo trasladaron, juntamente con miles de católicos, a lejanos desiertos de arena donde, naturalmente, muchos de ellos sucumbieron. San Agustín nos ha contado los horrores que entonces se perpetraron: niños partidos en dos, vírgenes torturadas con hierros candentes en los senos, etc. Años más adelante desterraron a 348 obispos, en consecuencia de lo cual no pocos murieron o fueron mutilados. A los cristianos de Tipasa se les cortó la lengua; con lo que les quedaba de sonido persistían en cantar himnos a Jesucristo, cuya divinidad negaban los arrianos.

El sucesor del cruel Hunerico, Gontamundo, trató a los católicos con más miramientos, sin frenar del todo la persecución. A él lo sucedió Trasamundo, quien quiso asegurar de nuevo el dominio del

arrianismo, tratando de atraerse a algunos católicos. Al fracasar en su intento, los persiguió abiertamente.

Los resultados de esta política fueron escasos. Siendo tan poco numerosos en comparación con la población local, los vándalos no pudieron sostener por mucho tiempo su método de incautación forzosa de bienes y propiedades. Ante la amenaza de hambre generalizada tuvieron que comprender que no podían suscitar tanto odio en la población. Por otra parte, a pesar de todas las precauciones, el África sensual –*Cartago de Venus*, como se decía en tiempos de San Agustín–, a la que no sin razón había fustigado Salviano, acabó por influir en los rudos soldados vándalos, que sin renunciar a su ferocidad natural, en el lapso de una generación se dejaron ganar por todos los vicios de las ciudades en que vivían, sobreviniendo así su decadencia. Mientras tanto, un clero excelente y enérgico, en el que se destacan hombres como Fulgencio de Ruspe y Quodvultdeus de Cartago, sostuvo y organizó la resistencia antiarriana y antivándala. Sin embargo, las persecuciones no cesaron del todo hasta el 533, año en que el emperador Justiniano envió al general Belisario para que reconquistara diversas zonas del viejo Imperio. La inferioridad numérica de las tropas bizantinas que obtuvieron la victoria –sólo quince mil hombres– demostró hasta qué punto había fracasado el proyecto de los vándalos. Con todo, la Iglesia en África nunca volvería a recobrar su primitivo esplendor.

La segunda solución posible consistía en intentar la fusión de los grandes valores de la romanidad

con los aportes de los bárbaros, bajo la conducción de los jefes germanos que habían reemplazado a las autoridades imperiales, mostrándose la mayor consideración posible para con los vencidos, en busca de una síntesis entre ambos elementos. Varios jefes bárbaros parecen haber excogitado dicho proyecto. El primero fue Ataúlfo, cuñado de Alarico, que aspiró nada menos que a la mano de su hermosa cautiva, la princesa Gala Placidia, hija del emperador Teodosio, casándose con ella en Arlés, conforme al ritual romano, y estableciendo luego su corte en Barcelona. Orosio, historiador hispanorromano, discípulo de San Agustín, relata que cuando estuvo en Belén con San Jerónimo, encontró allí a un antiguo funcionario que había conocido muy de cerca en Narbona al jefe visigodo, y le refirió así los propósitos de aquel caudillo: "En los primeros tiempos, Ataúlfo quiso aniquilar hasta el nombre de los romanos y atribuir a los godos el suelo y el poder, de tal modo que una digamos Godidad sustituyese a la Romanidad. El mismo Ataúlfo se habría convertido así en lo que había sido César Augusto. Mas, posteriormente, una repetida experiencia le demostró que los godos no eran capaces de obedecer las leyes, a causa de su violencia desenfrenada, y que, sin el respeto de las leyes, no era posible fundar un Estado sólido. Se resolvió así a optar por la gloria de sostener al Emperador Romano y de obtener de la posteridad el título de restaurador, puesto que no tenía ninguna posibilidad de adquirir el de sustituto suyo." La muerte le impidió a Ataúlfo concretar este plan tan curioso. Sin embargo la idea fue luego retomada,

y en condiciones más favorables, dado que el emperador de Occidente había abdicado y el Imperio ya no existía, por uno de los caudillos más notables de los bárbaros, *Teodorico*, rey de los *ostrogodos*.

Teodorico, que anteriormente había sido "rehén" en la corte de Constantinopla, hablaba correctamente tanto el griego como el latín, de modo que estaba iniciado en los valores de la civilización clásica. Al tomar el poder en la ciudad de Ravena, trató de llevar adelante el proyecto de armonizar los dos elementos de su reino, el godo y el romano. Gobernó durante muchos años, no menos de treinta y tres (493-526), extendiendo su señorío sobre Italia y Sicilia, en Occidente, así como sobre Panonia y Dalmacia, al otro lado del Adriático, que eran las regiones originarias de los ostrogodos. Más aún, buscó extender su influencia fuera de sus dominios, desposando a sus hijos con reyes visigodos o burgundios, a su hermana con el rey de los vándalos, y casándose él mismo, en segundas nupcias, con la hermana de Clodoveo, rey de los francos. Su reinado trajo prosperidad y grandeza, siendo tan prestigiado que, al acabar la vida, ejercía cierta tutela sobre la Galia meridional y sobre España, al punto que los mismos emperadores de Bizancio lo trataban con respeto.

Es cierto que no buscó fusionar los dos grupos étnicos del Estado ostrogodo, ya que los matrimonios entre romanos y bárbaros estaban prohibidos por las mismas leyes imperiales, pero sí ponerlos en situación de concordia. Para lograr dicho propósito aceptó prudentemente la estructura tradicional

del Imperio, resucitando a sus funcionarios, con sus títulos respectivos, así como al Senado. "Nuestro reino –escribió al emperador Anastasio– es una imitación del vuestro." En lo que toca al derecho, quiso que los romanos y los godos fuesen juzgados con las mismas leyes. "No permitiremos -declaró– que godos y romanos vivan según dos leyes diferentes, mientras nosotros los unimos en un mismo afecto." Y también: "Entre nosotros, las reglas del derecho son las mismas para todos. La única diferencia que hay entre unos y otros es que los godos asumen los cargos militares para que vosotros, romanos, podáis gozar en paz de los beneficios de la civilización romana." Esta fórmula, tan interesante, se repite a menudo en sus edictos: "A los romanos las obras de paz, a los godos el cuidado de protegerlos por las armas." En adelante el ejército romano estará constituido exclusivamente por ostrogodos. Sólo ellos conservaban intacta su fuerza física, su disciplina y su energía. Por eso Teodorico, como "Rex Gothorum", rey de los godos, había prohibido que los suyos se mezclasen con la población, ya que ello traería consigo un debilitamiento del carácter. Por lo demás, estimaba que sus hombres eran demasiado ignorantes como para ocuparse de las obras de la cultura y de la civilización, lo que quedaría, por tanto, a cargo de los romanos.

Al estilo de los grandes emperadores, Teodorico se lanzó a la realización de imponentes construcciones, caminos, monumentos y termas. Si bien su corte residía en Ravena, no por ello dejó abandonada a la antigua capital del Imperio. Cuando en el año 500 hizo su solemne entrada en la *Urbs*

para permanecer allí por seis meses, entendía muy bien que dicho gesto estaba preñado de simbolismo. Aquel día, a pesar de que el Rey era arriano, salió el Papa a su encuentro, juntamente con el clero y el Senado. Lo primero que hizo Teodorico fue ir a postrarse ante la tumba de San Pedro. Luego se dirigió al Foro Romano y desde allí arengó al pueblo, exaltando las glorias de la Urbe y asegurando que su único propósito era resucitar su antiguo esplendor. Se ha dicho que quizás el joven Benito, futuro santo, se encontraba en la multitud que aplaudía al rey de los romanos y de los godos. La ciudad de Roma estaba abandonada. Desde su entrada en la Urbe dispuso limpiarla debidamente, restaurar los palacios imperiales del Palatino, reparar las termas, los acueductos y el alcantarillado de la ciudad. Su esfuerzo por mantener intacto, o dado el caso, por restaurar el patrimonio artístico del viejo Imperio, no deja de ser conmovedor

En cuanto a Ravena, trató de que fuese una fiel imitación de Bizancio, más aún, una especie de rival. Todavía hoy podemos admirar los esplendorosos monumentos por él levantados, como la iglesia del Espíritu Santo, el baptisterio arriano, San Apolinar Nuevo, su propio palacio, y muchos otros. Refiriéndose a los propósitos de Teodorico ha escrito Louis Halphen: "El reino ostrogodo de Italia es el único de los Estados germánicos que ofrece, a fines del siglo V y comienzos del VI, el espectáculo verdaderamente extraño y paradojal de los esfuerzos desesperados hechos por un conquistador bárbaro por salvaguardar lo mejor posible el patrimo-

nio de la antigua Roma. Mientras que en Galia, España o África, los nuevos amos, aprovechando lo que les convenía de la organización romana, permanecían fieles a sus tradiciones nacionales, Italia fue testigo de cómo un godo se abocó con incansable energía a apuntalar o reconstruir el viejo edificio imperial, que se derrumbaba por todas partes." Al modo del Jano bifronte, Teodorico se declararía rey de los godos y de los romanos: rey de los godos a la manera germánica, rey de los romanos a la manera romana.

Para plasmar este proyecto tan original, Teodorico, que a tal punto consintió en romanizarse que tomó el nombre de *Flavius*, buscó el apoyo de algunos consejeros romanos, a pesar de que eran católicos, y no arrianos como él. Los dos más destacados fueron Boecio y Casiodoro, a quienes eligió como ministros, ambos personajes de elevada alcurnia. ¿Qué pensaron estos hombres, tan romanos y tan católicos, para ponerse así al servicio de un caudillo bárbaro y arriano? Probablemente que ese era el único camino para salvar la vieja civilización romana. En lo que toca a la diferencia religiosa, podía esperarse que con el tiempo el asunto se arreglaría.

Por desgracia las cosas no sucedieron así. La política integradora de Teodorico se había fundado en dos equilibrios inestables. El primero de ellos era entre dos mundos todavía demasiado diferentes como para llegar a formar un todo compacto. Teodorico lo sabía. Por eso trató de lograrlo mediante la separación de las razas y la unión en su persona. Pero pronto advirtió que a los primeros

reveses, su persona misma resultó cuestionada. Los ostrogodos estaban descontentos de no ser sino el brazo guerrero para defender al mundo romano, que odiaban. Los romanos seguían viendo en él al ostrogodo que era, al bárbaro que interiormente despreciaban. El segundo equilibrio que procuró fue en el campo religioso. Teodorico se había imaginado que podía armonizar el arrianismo de sus godos y el catolicismo de sus romanos, no comprendiendo que la fusión política era imposible sin la unidad de la fe. Este equilibrio resultó aún más inestable que el primero. Ante el fracaso de su designio, el Rey se fue haciendo desconfiado e irritable. Cuando Boecio, deseoso de fundar mejor las bases de la civilización, intentó un acercamiento entre el Papa y Bizancio, creyó ver en ello una maniobra de los católicos contra él. Mandó entonces detener a su ministro, y después de haberlo tenido en prisión por un año, durante el cual el cautivo escribió aquel libro *De Consolatione*, que es la última obra maestra del pensamiento antiguo, lo hizo ejecutar. Casiodoro, por su parte, debió retirarse a un monasterio que fundó él mismo en el sur de Italia. A partir de allí, el Rey, ya anciano, mantuvo una política de fuerza, al punto que le ordenó al papa Juan I que fuese a Bizancio para reclamar la devolución de las iglesias arrianas y el retorno de los godos que se habían convertido al catolicismo a su anterior fe. Como el Papa no triunfó en esa paradójica misión, lo confinó en un calabozo, donde murió.

Los puentes se habían roto. Como puede verse, tampoco la solución ostrogoda se mostró viable.

Quedaba un solo camino, el tercero: el rejuvenecimiento de la vieja sangre romana por la joven sangre bárbara mediante la fusión de ambas razas. El medio de lograrlo se llamaba *conversión*. Justamente cuando el cadáver de Teodorico el Grande fue llevado a la estrecha rotonda bajo cúpula que aún hoy se conserva en Ravena, hacía treinta años que un jefe bárbaro, el franco Clodoveo, hasta entonces pagano, había entrado en la Iglesia católica, recibiendo el bautismo en la catedral de Reims. Tal sería la senda que conduciría al triunfo de la Iglesia. Sea lo que fuere, Teodorico pasó a la historia de los germanos como un héroe de epopeya. En cierta manera su figura preanuncia la de Carlomagno. No en vano el gran Carlos haría traer de Ravena la estatua ecuestre de "Teodoricus, Rex romanorum", para que fuese colocada en el patio central de su palacio de Aix-la-Chapelle, quedando significado, con ese gesto imperial y caballeresco, la continuidad entre ambos.

VI. La contraofensiva de la Iglesia

Como acabamos de insinuarlo, la Iglesia no permaneció en aquellos tiempos como mera espectadora de aquellos dos intentos de solución, el de los vándalos destructores y el de los ostrogodos integradores. Ambos proyectos habían fracasado. ¿Cuál sería el camino que tomaría la Iglesia? La conversión de los pueblos bárbaros, con la consiguiente inclusión de todos esos pueblos en una Romania ampliada. El derrumbe del Imperio, y la

agonía del paganismo grecorromano supérstite, dejaba el campo libre. Brotó entonces un vehemente deseo de ganar para la Iglesia las almas de los invasores.

1. *La conversión de los francos*

Puso la Iglesia sus ojos en una de las tribus germánicas, la de los francos. La palabra "franco" significa etimológicamente atrevido, insolente, indomable. Esa tribu ocupaba sólo una parte de la Francia actual, con bolsones en el norte y en el sur. Pues bien. el jefe de los sicambros, uno de los grupos que integraban dicha tribu. instalados en la zona que ahora ocupa Bélgica, se llamaba Clodoveo. Con escasas fuerzas este caudillo logró vencer a otros jefes que ejercían su autoridad en el norte de Francia, mientras sus camaradas del sur se apoderaban de partes de España, Italia y otros lugares. Era Clodoveo un hombre cruel y vengativo, un germano de raza, de lengua, de costumbres, de temperamento, un auténtico guerrero, de formación puramente militar, educado desde chico por sacerdotes paganos, al son de las canciones de gesta de los bardos francos, cantos que, como todo príncipe germano, debía saber de memoria. Por cierto que también él había recibido la influencia de la civilización romana, sólo que no era arriano, como casi todos los caudillos de las otras tribus, sino pagano. Ordinariamente, los jefes bárbaros que eran arrianos. solían sentirse apartados de la población que lograban dominar, por lo general católica.

El catolicismo era para ellos la religión de los vencidos, de los ocupados. Su actitud práctica podía variar y ser bonachona en los burgundios, discreta en los visigodos, o perseguidora en los vándalos. pero lo que no variaba era la distancia ce todo lo que fuera católico. Clodoveo, al no ser arriano sino pagano, era más pasible de ser convertido con mayor facilidad. Mucho más difícil es convertir a un hereje que a un pagano. Por eso la Iglesia decidió volverse hacia los francos.

San Remigio, obispo de Reims. que tenía fama de taumaturgo, y pertenecía a una de las familias aristocráticas de las Galias, le dirigió entonces al joven caudillo una larga y hermosa carta, no solamente para felicitarlo por sus victorias sino para darle a entender que la gloria de su reinado dependería de su acercamiento a las autoridades espirituales de la Iglesia. También le escribió San Avito, obispo de Vienne, ciudad situada en la zona ocupada por los burgundios, junto al Ródano, un hombre letrado y de gran autoridad. proveniente, al igual que Remigio, de una antigua familia galorromana.

La mujer de Clodoveo se llamaba Clotilde. Era una princesa burgundia, de confesión católica, una joven pura y llena de fe. Se piensa que fue San Avito quien concertó esta boda con fines apostólicos. Tan pronto como San Remigio los casó, Clotilde comenzó a trabajar por la conversión de su marido. Pasaron cinco o seis años. Los esfuerzos de la reina parecían inútiles. Clodoveo seguía aferrado a su paganismo. Sin embargo, cuando nació el primer hijo, permitió que lo bautizaran. Pronto el niño mu-

rió. "¡Mis dioses lo habrían curado y el tuyo no lo ha sanado!", le dijo con fastidio a su mujer. Un segundo hijo vino al mundo y fue bautizado con el nombre de Clodomiro. Días después cayó enfermo, mas Clotilde rezó tanto que Dios atendió a sus ruegos.

Sería un hecho bélico el que ganase a Clodoveo para el cristianismo. Nos lo relata el obispo Gregorio de Tours, autor de la primera historia nacional de los alamanes, pueblo del alto Danubio y el alto Rin:

> Insistentemente trataba de persuadirle la reina a adherirse al Dios verdadero y a desechar los ídolos; pero no había manera de decidirle a convertirse del todo a la fe. Hasta que un día estalló una guerra con los alamanes; entonces la necesidad le hizo conocer lo que hasta ese momento se negaba a conocer su obstinación. Porque sucedió que, al entrar en colisión ambos ejércitos, se produjo una verdadera carnicería; el ejército de Clodoveo estaba a punto de declararse en franca derrota. Ante esto, alzó el rey los ojos al cielo y dijo desde lo más íntimo de su corazón y con lágrimas en los ojos: "Oh Cristo Jesús, a quien Clotilde llama siempre el Hijo de Dios vivo, tú que socorres a los afligidos, da la victoria a los que en ti esperan; con toda humildad y fervor te ruego que demuestres la majestad de tu fuerza. Si me concedes la victoria sobre estos enemigos y experimento yo de este modo ese poderío que todo pueblo dice experimentar cuando se consagra a tu nombre, entonces creeré en ti y recibiré el bautismo en tu nombre. He invocado ya a mis dioses; pero están lejos de

ayudarme, como lo veo. Por eso creo que son absolutamente impotentes, pues que no acuden en socorro de sus servidores. A ti te invoco ahora, en ti confío de buen grado, a fin de que me vea libre de mis enemigos."

Y cuando aún no había terminado de hablar, los alamanes se volvieron y se dieron a la fuga. Clodoveo dio por terminada la batalla, arengó al pueblo, volvió en paz a su palacio y contó a la reina cómo había obtenido la victoria invocando el nombre de Cristo. Después de lo cual la reina llamó secretamente a Remigio, obispo de Reims, y le suplicó que le fuese instruyendo al rey en el Evangelio del Salvador. El santo obispo lo llamó a su presencia y comenzó a insinuarle en secreto y poco a poco cómo tenía que creer en el verdadero Dios, Creador de los cielos y de la tierra, y cómo tenía que destruir los ídolos, que ni a él ni a ningún otro podían socorrer.

Se engalanaron las calles con multicolores banderas, se adornó la iglesia con lujosos tapices, se arregló el baptisterio y se vertieron especies aromáticas; flameó luego el resplandor parpadeante de cirios olorosos y el sagrado y solemne recinto del baptisterio se llenó todo él de un perfume celestial y en tal medida colmó Dios a los suyos de gracias, que se creían transportados a la gloria. El rey pidió al obispo que lo bautizara. Iba él al bautismo como un nuevo Constantino a lavar en el baño regenerador la inveterada mancha heredada de antiguo. Y cuando así avanzaba a recibir el bautismo le dijo el santo con elegantes modos: "Inclina humilde tu cerviz, sicambro, adora lo que quemaste y quema lo que adoraste." A continuación el rey hizo el acto de fe en el Dios omnipotente trino en personas

> y fue bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo y ungido con el sagrado óleo trazándose sobre él la señal de la cruz de Cristo. También se bautizaron más de tres mil de su ejército, y asimismo dos de sus hermanas.

Como se ve, al jefe lo siguieron sus oficiales, con sus típicas capas verdes, mientras blandían en el aire la "francisca" o hacha de dos filos que usaban en los combates. Relatan los cronistas que cuando San Remigio quiso proceder a la unción ritual con el crisma, se vio descender, de lo alto del cielo, una paloma que llevaba en el pico la redoma que contenía el santo ungüento.

Hagamos algunas observaciones a propósito del gran paso que dieron los francos. La primera es que la conversión del pueblo no fue el resultado de un examen particular hecho por cada individuo acerca del contenido de la fe, sino de la decisión de seguir al Rey, en virtud de esas relaciones tan personales, típicas de los germanos, entre el caudillo y sus subditos. Otro aspecto digno de ser observado es que la aceptación del cristianismo dependió del resultado feliz de una batalla, lo que también es característico de los germanos, cuya admiración y respeto recaía principalmente sobre los héroes y los vencedores, al punto de que su Rey se inclinaba ante el Dios que más poder ostentaba. San Gregorio de Tours refiere que en las discusiones teológicas que Clodoveo mantuvo con San Remigio antes de su bautismo, la objeción fundamental que ponía era que Cristo, al dejarse crucificar, había mostrado que no tenía poder divino, y, por

tanto, "no pertenecía a la raza de los dioses", es decir, no descendía de Wotan ni de Thor. Así se comprende el sentido de su voto: si el Dios de Clotilde le daba la victoria, él quedaría convencido. Puede parecer un argumento demasiado trivial. Pero aun en la Sagrada Escritura encontramos situaciones semejantes, como por ejemplo cuando el profeta Elías, al desafiar a los sacerdotes de Baal, apeló al mismo argumento. Por eso, santos como San Columbano, San Amando y San Bonifacio recurrían a un argumento realmente contundente al hundir el hacha en los árboles sagrados de Germania, mientras desafiaban a todos los dioses que los castigasen, si existían. Destaquemos finalmente el papel de Clotilde en la conversión de Clodoveo. La historia de aquellos tiempos nos habla de otras muchas santas reinas que fueron esposas de reyes bárbaros arrianos, reivindicando la libertad de practicar su catolicismo y de tener en la corte un capellán católico, con lo que se convirtieron en los primeros apóstoles de sus maridos, así como en las formadoras de sus hijos. No deja de llamar la atención el hecho de que la mujer, que suele encarnar la delicadeza y el amor, pudiese ser tan eficaz en aquellas épocas de crecida violencia.

Volvamos a Clodoveo. Más cómodo, por cierto, le hubiera sido hacerse arriano, lo que traía consigo evidentes ventajas para un caudillo germano. Ante todo la de pertenecer a una Iglesia nacional, en la que el Rey detentaba la suprema autoridad; asimismo la de poder mantener un compromiso entre las creencias cristianas y las paganas, dado que entre ellos el culto se celebraba en lengua bárbara y

Cristo no era considerado una persona divina sino un héroe endiosado, lo que estaba en plena consonancia con las tradiciones y las tendencias de los bárbaros. Resulta muy probable que Clodoveo haya sopesado estas ventajas. El hecho es que entre el paganismo de su tribu, el arrianismo de sus vecinos y el catolicismo de su mujer, eligió lo tercero. El bautismo fue el día de Navidad del año 496.

La conversión de Clodoveo tuvo gran repercusión. En el jefe franco se reunían por primera vez los tres elementos: el germánico, el romano y el católico, con lo que caía por tierra el principal argumento de los bárbaros paganos o arrianos, a saber, que el catolicismo no era sino la religión de los romanos, en razón de lo cual un rey germano sólo podía ser pagano o arriano. Al mostrar Clodoveo lo contrario, abrió el camino que conduciría a la época de la Cristiandad. El bárbaro se civilizaba, el germano se romanizaba y el pagano se hacia católico.

En este contexto podemos entender mejor lo que San Avito le decía en una de sus cartas: "Gracias a ti esta parte del mundo brilla con fulgor propio, y la luz de un astro nuevo resplandece en nuestro Occidente." El obispo de Vienne pensaba que el paso de Clodoveo iba a influir en el destino de la Galia entera: "Cuando tú optas, optas por todos [...] Tu fe es nuestra victoria", entreviendo en lontananza a "todos aquellos pueblos que pasarán bajo tu mando, en beneficio de la autoridad que debe ejercer la religión". Como buen lector de San Agustín y de Orosio, San Avito se representó el futuro reino de Clodoveo como un concierto de pueblos

"que conservarían su fisonomía propia", pero que estarían unidos por el doble vínculo de la fe común y de la sumisión al mismo Rey. Señala Daniel-Rops que el santo obispo fue así el primer heraldo de las "*Gesta Dei per francos*", presintiendo en el acto de aquel audaz jefezuelo sicambro, no sólo el Imperio de Carlomagno, sino también la Francia de la Edad Media, portaestandarte del catolicismo, aquella Francia de San Bernardo y de San Luis. No en vano dicha nación sería llamada "la primogénita de la Iglesia".

Desde el bautismo de Clodoveo, tanto los pueblos católicos sometidos a jefes arrianos, como los obispos católicos de aquellas poblaciones, comenzaron a mirar al jefe de los francos como un punto de referencia, como a un posible libertador. Así lo entendió el mismo Clodoveo. "Yo no puedo seguir admitiendo –parece que exclamó, según escribe Gregorio de Tours– que los arrianos ocupen parte de Galia; marchemos, pues, contra ellos, con la ayuda de Dios, y si nuestros enemigos son vencidos, dominaremos todo el país." Sus primeros combates se concretaron en actuales territorios de Francia, más concretamente en la Galia romana, una de las regiones privilegiadas del Imperio. Tras vencer a los burgundios, Clodoveo marchó contra Alarico II, rey de los visigodos. Antes de lanzarse a esta campaña, envió un emisario a la tumba de San Martín de Tours para invocar la protección del santo. Cuando aquél entró en el templo, el sacerdote estaba precisamente entonando una antífona del salterio: "Tú me ceñiste, Señor, con tu fuerza para la guerra", lo que pareció altamente revelador. Al

llegar a Poitiers al frente de sus tropas, el mismo Clodoveo vio que una nube de fuego se elevaba de la basílica de San Hilario y se inclinaba hacia él. La derrota del rey visigodo significó el señorío del rey franco sobre todo el país, es decir, el triunfo del catolicismo desde Bélgica hasta los Pirineos. Luego Clodoveo sometió a los alamanes, que le amenazaban por detrás, enseñoreando la mayor parte de la Suiza actual.

Como puede verse, el rey de los francos se iba pergeñando como el iniciador de la restauración del Occidente bajo la égida espiritual de la Iglesia. Pronto decidió instalarse en París, eligiéndola como su capital, cuando Lutecia no era sino una pequeñísima ciudad. Quizás la prefirió porque había sido residencia imperial y lugar de descanso del emperador Juliano. Luego sucedió algo muy extraño. Anastasio, emperador de Oriente, que era el único que llevaba la diadema desde que el cargo imperial había expirado en Occidente, lo honró a Clodoveo de una manera excepcional, confiriéndole el título de "cónsul", lo que no pudo dejar de impresionar vivamente al mundo bárbaro. Era el primer contacto entre francos y bizantinos, una especie de alianza entre antiarrianos. En el Occidente se consideraba que el viejo "*Imperium Romanum*" estaba interrumpido, no desaparecido. Su recuerdo encendía la nostalgia, sobre todo de la Iglesia, que esperaba ardientemente su reaparición. En el nombramiento de Clodoveo como cónsul, Gregorio de Tours creyó ver una especie de preludio de dicha restauración, por obra de aquel a quien San Remigio había llamado "el vencedor de las naciones", y San

Avito "el nuevo Constantino". Las insignias de "cónsul honorario" enviadas por el Emperador fueron puestas en la basílica de San Martín de Tours con gran solemnidad, de modo que la población galorromana pudo ver en Clodoveo al representante de la Romanidad. Nació así la "*patria francorum*", una patria mitad germánica, mitad galorromana, un Estado franco y galo, romano y católico, un Estado de síntesis y de fusión. De este modo, aquel problema que no habían podido resolver ni los devastadores vándalos, ni los astutos ostrogodos, lo resolvieron a su modo los francos de Clodoveo.

En el año 511, luego de haber convocado un Concilio nacional en Orleans, Clodoveo murió en París. Tenía 45 años.

2. *La conversión de los visigodos*

Pasemos ahora a otro ámbito, el de España. Aún hoy, cuando se la recorre, no deja de resultar impresionante ver en las ciudades antiguas tantos restos de monumentos, templos, circos y termas romanos. A decir verdad, España se había romanizado totalmente. Asimismo ya estaban desapareciendo los últimos vestigios de paganismo y casi era un hecho la unidad religiosa bajo el signo del cristianismo.

Irrumpió luego el invasor visigodo y se fue adueñando poco a poco de toda la Península, imponiendo su dominio tanto sobre los hispanorromanos como sobre los otros invasores fugaces que

los habían precedido. Recuérdese que por el sur de España habían pasado los vándalos, camino al África, comportándose con la terribilidad que los caracterizaba. La palabra "Andalucía" viene de "Vandalucía". Tras la conquista, los reyes visigodos se "desposaron" con España, como luego diría Isidoro de Sevilla. Manteniendo las antiguas circunscripciones romanas, trajeron consigo su cultura, sus cantos épicos, según vemos por las antiguas crónicas españolas, preludio de los futuros cantares de gesta, al estilo del Mío Cid. No en vano Pelayo sería de origen visigótico. El nombre Rodrigo proviene de Roderico. Rodrigo en España, Rurik en la antigua Rusia: el elemento germano fue, en verdad, una simiente de naciones. En España dicho elemento echó raíces.

Los visigodos eran arrianos, con un fanatismo que los distanciaba no poco de sus primos, los ostrogodos de Teodorico, un fanatismo que llegó a asemejarse al de los vándalos de África. La conversión de España al catolicismo se realizó en el marco de una especie de guerra de religión, donde se vio a un Rey que combatió a su propio hijo, hasta hacerlo ejecutar. Historiemos sucintamente los acontecimientos. Tras una larga época de conflictos y de disturbios, subió al poder Leovigildo, con sede en Toledo, en quien revivía la energía de los antiguos germanos, si bien gustaba vestir a la bizantina, y acuñar, como el Basileus, monedas de oro. En materia religiosa era arriano convencido. En el año 580 se dirigió a sus subditos católicos, invitándolos a entrar en la comunión arriana. Un ilustre monje, San Leandro, futuro arzobispo de Sevilla,

le salió al paso, lo que sulfuró al Rey, iniciándose un período de persecuciones. Acá también aparecería un nuevo Clodoveo. Fue un hijo de Leovigildo, llamado Hermenegildo, quien habiéndose casado con una virtuosa mujer, descendiente de Santa Clotilde, la franca Ingunda, influido por ella y por Leandro, comenzó a tomar distancia del arrianismo. Su padre, incitado por su segunda mujer, Gosvinta, una especie de bruja, arriana exaltada, le hizo la vida imposible en la corte tanto a Hermenegildo como a su esposa. Entonces se agruparon en torno al príncipe todos los obispos católicos, juntamente con sus fieles, cansados ya de la persecución arriana. Leovigildo pensó que lo mejor sería enviarlo a Sevilla, encargándole el gobierno de la Bética, una de las tres partes en que había dividido el Reino. La estratagema no resultó ya que, puesto ahora Hermenegildo bajo la influencia creciente de Ingunda y de San Leandro, se convirtió finalmente al catolicismo, ganándose las simpatías de la población hispanorromana, que en su inmensa mayoría se conservaba todavía católica. Leovigildo, enfurecido por lo que estaba pasando, trató de destituir a su hijo del gobierno de aquella región. La situación se había tornado en *casus belli*. Hermenegildo no sabía cómo comportarse, ya que se le hacía cuesta arriba entrar en combate con su padre, pese a la justicia de su causa. Intervino entonces su hermano Recaredo, quien lo invitó a negociar con Leovigildo. Hermenegildo volvió finalmente a Toledo. Su padre, al verlo, le dio un abrazo y le dijo que lo perdonaba. De repente, a una señal del Rey, los guardias detuvieron al joven príncipe,

le quitaron sus vestidos y lo arrojaron a un calabozo. Poco después fue trasladado a Valencia, y de allí a Tarragona, donde lo trataron de manera inhumana. Para procurar que se desdijera, pasaron por su celda varios obispos y teólogos arrianos, exhortándole a que volviese al credo de su padre. Como no cediera, Leovigildo ordenó que lo decapitaran allí mismo. Era la víspera de Pascua del año 585.

El sacrificio de San Hermenegildo no fue estéril, ya que su sangre se convirtió en la semilla del catolicismo en España. Un año más tarde moría Leovigildo en Toledo. sucediéndole su hijo Recaredo. Aunque también él era arriano, pronto se inclinó al catolicismo, impresionado quizás por los milagros que se obraban junto a la tumba de su hermano mártir. Lo primero que hizo fue llamar del destierro a los obispos católicos. La mayoría de los obispos arrianos se hicieron católicos, y el mismo San Leandro. entonces arzobispo de Sevilla, fue llamado a la Corte, donde lo recibieron con las mayores consideraciones.

Para conferir mayor solemnidad a su conversión y hacer que se extendiera también a sus subditos, convocó Recaredo a un Concilio, el tercero de Toledo, que se celebró el año 589. En comunión con Leandro, quiso dar a este Concilio la mayor trascendencia posible. Allí el Rey, la Reina, y gran multitud de nobles abrazaron solemnemente la fe católica y se proclamó que el catolicismo era la religión oficial del Estado. Fue la conversión oficial del pueblo visigodo. Resulta emocionante el relato que se ha conservado de estos actos solemnes. Tanto el

Rey como la Reina y los magnates que lo acompañaban, hicieron todos juntos una profesión solemne de fe, que un notario leyó en alta voz. Luego de confesar el símbolo de Nicea, terminó el Rey firmando su declaración con estas palabras: "Yo, Recaredo, rey, reteniendo en el corazón y firmando de palabra esta santa y verdadera confesión, que es la sola que profesa la Iglesia católica por todo el orbe, suscribo con mi mano derecha, protegiéndome Dios." Tras él firmó la Reina y luego toda la nobleza. Los obispos exultaban: "Gloria a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que cuida de proveer a la paz y unidad de su Iglesia santa y católica. Gloria a nuestro Señor Jesucristo, que juntó a la unidad de la verdadera fe tan ilustre gente e instituyó una ley y un pastor. ¿Y a quién ha concedido Dios este mérito eterno sino al verdadero católico rey Recaredo? ¿A quién la eterna corona sino al verdadero ortodoxo rey Recaredo? ¿A quién la presente gloria y la eterna, sino al verdadero amador de Dios, al rey Recaredo? Él ha conquistado para la Iglesia católica nuevos pueblos. El, que ha hecho oficio de apóstol, reciba el premio apostólico. Sea amado de Dios y de los hombres el que tan admirablemente glorificó a Dios en la tierra."

El acto terminó con una alocución del Rey, donde anunció que desde aquel día tomaba a la Iglesia bajo su protección, exhortando a los pastores que mostrasen la debida solicitud por su grey y se preocupasen de su instrucción. Al término del Concilio, San Leandro pronunció un discurso, del que afirma Menéndez y Pelayo que es un "trozo de elocuencia digno de San Juan Crisóstomo y co-

rrespondiente a la magnitud del acontecimiento que se celebraba". Transcribamos algunos párrafos:

> Nueva es la conversión de tantas gentes, y si en las demás festividades que la Iglesia celebra nos regocijamos por los bienes ya adquiridos, aquí por el tesoro inestimable que acabamos de recoger. Nuevos pueblos han nacido de repente para la Iglesia: los que antes nos atribulaban con su rudeza, ahora nos consuelan con su fe. Gemíamos cuando nos oprimían y afrentaban; pero aquellos gemidos lograron que los que antes eran peso para nuestros hombros se hayan trocado con su conversión en corona nuestra [...]
>
> Alégrate y regocíjate, Iglesia de Dios; alégrate y levántate formando un solo cuerpo con Cristo; vístete de fortaleza, llénate de júbilo, porque tus tristezas se han convertido en gozo, y en paños de alegría tus hábitos de dolor. He aquí que, olvidada de tu esterilidad y pobreza, en un solo parto engendraste pueblos innumerables para tu Cristo. Tú no predicas sino la unión de las naciones, no aspiras sino a la unidad de los pueblos, y no siembras más que los bienes de la paz y de la caridad. Alégrate, pues, en el Señor, porque no has sido defraudada en tus deseos, puesto que aquellos que concebiste, después de tanto tiempo de gemidos y oración continua, ahora, pasado el hielo del invierno, y la dureza del frío, y la austeridad de la nieve, repentinamente los has dado a luz en gozo, como fruto delicioso de los campos, como flores alegres de primavera y risueños sarmientos de vides.

La conversión de los visigodos al catolicismo trajo consigo consecuencias trascendentes para España. La fusión de las razas que allí se operó fue sorprendente: la aristocracia hispanorromana, amalgamada ya al pueblo visigodo, suscitó el patriotismo español, como lo trasunta con tanta diafanidad la figura de San Isidoro de Sevilla. Los Concilios de Toledo. celebrados con regularidad, no sólo fueron asambleas eclesiásticas sino que tuvieron estrecha relación con el orden político, llegando a ser la institución fundamental del Estado visigodo, una especie de Senado que aseguró la estabilidad de la Monarquía, estatuyó el derecho público, determinó la forma en que debía ser elegido el Rey así como el ritual de su consagración, y los derechos y deberes de la corona. Del año 633 al 702 se celebrarían no menos de quince Concilios en la ciudad de Toledo.

De manera parecida a lo que había sido el rey Clodoveo en el siglo pasado, el rey católico de los visigodos se mostraba como una especie de sucesor del emperador de Occidente. por cierto de un Occidente que se restringía a España y el sur de Francia. La ciudad de Toledo. a semejanza de Constantinopla, fue no sólo capital política sino también sede eclesiástica, casi metropolitana, donde acudían los obispos cada año en una especie de visita "*ad limina*". Por lo demás. la realeza española quedó mucho más consolidada que la de la Francia merovingia, manteniendo con Roma las relaciones más cordiales. Recaredo había comunicado al papa Gregorio Magno, que era amigo personal de Leandro de Sevilla. su conversión y la de su pueblo

al catolicismo. El gran Papa la celebró con júbilo: "Nuevo milagro ha acontecido en nuestros días, todo el pueblo de los godos ha pasado de la herejía arriana a la verdad de la fe." España empezó a cantar la gloria de sus propios arquetipos. Fue sobre todo Prudencio quien celebró con su estro poético a los mártires de Córdoba, Tarragona, Barcelona, Gerona, Zaragoza, Alcalá. La Iglesia visigoda conoció, así, un verdadero resurgir espiritual e intelectual. Desde entonces España sería uno de los baluartes del catolicismo, y sus reyes los campeones de la fe católica a lo largo de muchos siglos.

Mientras Francia y España se iban convirtiendo al catolicismo, por decisión del emperador Justiniano y de sus sucesores, que soñaban con restaurar la unidad del Imperio, gran parte de Italia y todo el norte de Africa pasaron a depender del Imperio Romano de Bizancio. El arrianismo había muerto en Occidente. Así desapareció una de las más grandes herejías de la historia, que amenazó destruir la sociedad católica en su totalidad. El proceso había durado unos trescientos años.

3. *La conversión de las Islas Británicas*

Vayamos ahora a las Islas Británicas. A buena parte de ellas llegaron las águilas del Imperio Romano, y con ellas los misioneros que allí fundaron la Iglesia. En el siglo III ya los cristianos eran numerosos. Londres, York y Lincoln fueron las primeras diócesis. En la persecución de Diocleciano, sufrieron el martirio San Albano y varios más.

En esas tierras la sociedad estaba compuesta por druidas, filid y bardos. Los *druidas* constituían la clase sacerdotal. Debajo de ellos estaban los *vates*, o adivinos, a quienes en Irlanda llamaban *filid*, y en el grado inferior los *bardos*, los poetas. Posiblemente los druidas fueron al comienzo los jefes de las tribus; al parecer vivían en comunidad, si bien podían ocuparse de negocios públicos y llevar armas. En cuanto a los vates, además de ser adivinos, practicaban la magia y presidían los tribunales de justicia. Los bardos eran los cantores sagrados. Julio César nos refiere que los druidas enseñaban que cuando el hombre moría, su alma pasaba a otros cuerpos, "estimando que semejante doctrina, al infundir el menosprecio de la muerte, es el mejor estímulo de la valentía". Dicha reflexión nos indica que los celtas formaban un pueblo de guerreros; su religión era una religión de guerreros; su espiritualidad, un espiritualidad de guerreros. Gestar héroes, conquistar un puesto entre los héroes, tal parecía ser la finalidad de la religión enseñada por los druidas, lo que les suministraban una ponderable razón para vivir y para morir.

Irlanda permaneció al margen de la dominación imperial, de modo que la catolización de la isla no fue allí precedida, así como tampoco estorbada, por la romanización, sino que tuvo lugar sin la tutela de un poder político. Los primeros cristianos se vieron completamente solos frente a los celtas paganos. Bien escribe de Reynold que allí no hubo una adopción sino dos: la de Irlanda por el cristianismo y la del cristianismo por el genio céltico. En el este, el cristianismo desapareció prácticamente

bajo la avalancha de los conquistadores paganos; en las regiones occidentales, por el contrario, como en la península de Cornualles y en Gales, el cristianismo conoció un auge notable.

Es preciso acá destacar la figura de *San Patricio*, el que mejor encarna el espíritu del catolicismo irlandés y de la nacionalidad irlandesa. Nadie tan irlandés como aquel bretón, nacido hacia el 385, que posiblemente era de origen romano. Cuando tenía 16 años fue capturado con varios compañeros en las costas de Bretaña, es decir, de Inglaterra, por piratas escoceses, que lo llevaron al norte de Irlanda, donde fue vendido a un jefe de tribu, el cual le confió la custodia de sus rebaños. Se ha dicho que fue éste el primer rasgo del milagro irlandés; los mismos irlandeses fueron a buscar al que sería su apóstol. Al cabo de seis años, Patricio logró escapar, y se dirigió al continente, entrando de monje en la abadía benedictina de Lerins. Sin embargo no podía olvidar a aquellos honrados paganos que había conocido durante su cautiverio. "Oigo que me llama de Irlanda la voz de los niñitos que todavía no han nacido", decía. Vuelto a su patria, entendió claramente que Dios lo destinaba a la evangelización de aquellas tierras.

Un tiempo atrás había sido consagrado obispo en las Galias. Ahora, ya en Irlanda, comenzó a recorrer la isla en todas direcciones. Se cuenta que al son de la trompeta reunía mucha gente, obrando numerosas conversiones, no sin suscitar la suspicacia de los bardos y de los druidas. Pero nada lo arredró. Durante treinta años, es decir, hasta su muerte, luchó contra los sortilegios de los druidas.

al tiempo que discutía de poesía y de música en las escuelas de los bardos. Más aún, logró conquistar a uno de esos bardos que con sus cantos religiosos contribuyó notablemente al progreso del cristianismo en ese pueblo apasionado por la música. Destaquemos que Patricio no repudió la cultura del pueblo, so pretexto de ser ésta una cultura pagana, ni tocó la organización social y política. Lo que hizo fue bautizar, previa purificación, la cultura y la sociedad ya existentes, las hizo salir del aislamiento en que se marchitaban, poniéndolas en contacto con la civilización romano-cristiana. Se ha dicho que el irlandés, aun antes de su conversión, era ya "naturalmente cristiano". El hecho fue que triunfó sin grandes choques, mostrando cómo el cristianismo, que hasta entonces había proliferado en la cultura greco-romana, tenía las virtualidades necesarias para adaptarse a otras formas de cultura y conferirles nueva vitalidad.

Patricio no logró bautizar al Rey, llamado Loegario, pero sí a sus dos hijas. La historia es conmovedora, y caracteriza de modo perfecto el genio de los irlandeses. Un día, muy de madrugada, se hallaba Patricio con algunos de sus compañeros, junto a un manantial:

> Vinieron las hijas de Loegario, la blanca Ethe y la pelirroja Fedel, a lavarse allí, según la costumbre de las mujeres. Al ver reunidos todos aquellos clérigos con ropajes blancos, quedaron sorprendidas; creyendo que serían fantasmas, dijeron a Patricio: "¿De dónde sois y de dónde venís?" Patricio les respondió: "Más vale creer en Dios, que preguntar cuál es nuestra raza."

Dijo entonces la mayor de las hijas del rey: "¿Quién es Dios? ¿Dónde está? ¿Dónde reside? ¿Tiene vuestro Dios hijos e hijas? ¿Tiene oro y plata? ¿Vive todavía? ¿Es hermoso? ¿Tuvo muchos educadores para su hijo? ¿Son sus hijas bonitas y caras a los hombres de este mundo? ¿Está en el cielo o en la tierra? ¿Está en el mar, en los ríos, en las montañas? ¿Cómo se le ama? ¿Cómo se le encuentra? ¿Es joven o viejo?"

Patricio, inspirado por Dios, contestó: "Nuestro Dios es el Dios de todos los hombres, el Dios del cielo y de la tierra, del mar y de los ríos, del sol y de la luna y de todos los astros, el Dios de las altas montañas y de los valles profundos. Dios tiene su residencia sobre el cielo, en el cielo y bajo el cielo, sobre la tierra y el mar, y todo lo que en ellos se contiene. Lo inspira todo, lo vivifica todo, lo sobrepasa todo, lo sostiene todo. El es quien enciende la luz del sol y la luz de la noche; él, quien hace manantiales en la tierra árida e islas secas en medio del mar, y quien ha puesto las estrellas para que hagan oficio de grandes luminarias. Tiene un Hijo que le es coeterno y en todo parecido a él. Y el Hijo no es más joven que el Padre, y el Padre no es más viejo que el Hijo. Y el Espíritu Santo sopla en su interior, y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no están separados uno de otro. Y yo quiero uniros con el rey celestial, ya que sois hijas de un rey terrestre."

Las dos muchachas hablaron como si sólo tuviesen una boca y un corazón: "Enséñanos cómo se cree en el rey celestial, indícanos cómo se le ve cara a cara, y haremos como tú nos digas." A lo que Patricio respondió. "¿Creéis que por el bautismo desaparece el pecado de vuestro

padre y de vuestra madre?" Ellas respondieron: "Lo creemos." "¿Creéis en el arrepentimiento después del pecado?" "Creemos en él." "¿Creéis en la vida que seguirá a la muerte, y en la resurrección en el día del juicio?" "Creemos en ellas."

Entonces fueron bautizadas, imponiéndoseles velos blancos sobre sus cabezas. "No podréis ver la cara al Cristo –les dijo el Santo–, si no gustáis de la muerte y no recibís la comunión." Contestaron ellas: "Danos entonces la comunión, para que podamos ver al Hijo, nuestro Esposo." Recibieron la Eucaristía de Dios y se durmieron en la muerte. Y fueron colocadas sobre un lecho, cubiertas con sus vestiduras. Sus amigos las lloraban con grandes gritos, y los druidas que las habían educado vinieron a llorar junto a ellas, y Patricio les predicó, y ellos creyeron en Dios. Cumplidos que fueron los días de luto, las hijas del rey fueron enterradas cerca del manantial, en una fosa redonda como las que hacían los paganos.

Esta leyenda nos revela la manera como Patricio y sus compañeros evangelizaban Irlanda, haciendo el Credo comprensible a los paganos y preparando a éstos para el bautismo, en el mayor respeto posible a sus tradiciones y costumbres. El vigoroso temperamento nacional y el relativo aislamiento en que surgió la cristiandad irlandesa, explican las características muy particulares que distinguen a la Iglesia celta del resto del Occidente latino.

Una impronta propia de la Iglesia en Irlanda fue su tendencia al monaquismo, y ello ya desde

San Patricio. Pulularon los monasterios en la isla, constituyendo verdaderas ciudades, cuya población alcanzó a veces la cifra de tres mil monjes. A su cabeza se hallaban a menudo abades-obispos. Los primeros conventos, emplazados por lo general en alguna antigua fortaleza de la época pagana, cuyas murallas les servían de clausura, tenían un aspecto bárbaro, estilo céltico. En su interior, donde había cocina, hospedería, comedor y talleres para el trabajo manual, los religiosos vivían cada uno en una celda aparte. Eran monjes rudos, que conservaban las costumbres bárbaras de los celtas y el temperamento siempre ardoroso de los irlandeses. Sin embargo entendieron que debían dar un lugar especial a la formación intelectual. Por eso, además de dedicar una parte de la jornada a la oración, y otra al trabajo manual, consagraban el resto del tiempo al estudio, al punto que se convirtieron en custodios y propagadores de la civilización. En cada monasterio había un *scriptorium*, donde se reunían para leer y escribir. Sus preferencias iban a los autores sagrados, pero también se interesaron en los escritores del ámbito greco-romano. Así aprendieron el griego y procuraron escribir en un latín correcto y bello. Además eran artistas, calígrafos e iluminadores de manuscritos.

Si Irlanda se convirtió, a partir del siglo V, en un foco de cultura cristiana, no por ello la Iglesia dejó de interesarse en los elementos de la tradición autóctona. Desde los tiempos de San Patricio algunos irlandeses se abocaron a transmitir las viejas sagas y las antiguas epopeyas. "Se trata –dice Hubert– en la historia de los celtas de un aconteci-

miento comparable al que constituyó, en la de los griegos, el poner por escrito los poemas homéricos." Así lo hicieron con las leyendas de los celtas y bretones, especialmente las del ciclo del rey Arturo y del mago Merlín, que estarían en el origen de los libros de caballería y las epopeyas medievales. Sin los monjes, la antigua poesía de Irlanda se habría perdido para la civilización. "Irlanda identificóse con el cristianismo –escribe el mismo autor– hasta tal punto, que reemplazó con él a los héroes de su antiguo culto, para expresar en la religión cristiana su alma nacional. San Patricio se convirtió en el verdadero héroe nacional de Irlanda."

Tan numerosos fueron los santos, sobre todo durante los siglos V y VI, que Irlanda recibió el nombre de "la isla de los santos". También ellos lo fueron al mejor estilo celta, donde lo heroico se mezclaba con lo maravilloso. La característica más llamativa de dichos santos, casi todos monjes, fue su atractivo por la "peregrinación". Se dice que los celtas habían tenido, desde siempre, una índole vagabunda, pero ello se intensificó cuando se le añadió la pasión del apostolado. Con ese espíritu, partieron misioneros en cantidad increíble para Gran Bretaña, Galia y Germania. A veces se arrojaban sin remos al mar, mostrando así su intención de abandonarse plenamente a la voluntad de Dios.

De todos esos peregrinos apostólicos el más extraordinario fue *San Columbano*, quien con doce compañeros se dirigió a la Galia, que recorrió de oeste a este, sin plan de conjunto, al azar de la Providencia, como era su estilo, fundando monas-

terios a su paso. Sobre su rostro, asegura un biógrafo, "resplandecía visiblemente la fuerza de Dios". Este caminante, predicador y taumaturgo, en quien la ascendencia irlandesa había dejado una impronta de poesía y de misterio, de amor a la naturaleza y de ensueño, dedicó buena parte de su tiempo a evangelizar a los paganos, sobre todo a los alamanes de la Alsacia y Suiza actuales. Apenas cabe imaginar el grado que alcanzó, en su tiempo, el prestigio de este monje, a quien reyes y obispos venían a consultar. Sus métodos no fueron demasiado "ecuménicos" que digamos. Al penetrar en los bosques, destrozaba con un hacha los ídolos allí entronizados, con lo que quería poner en evidencia ante los paganos la debilidad, o mejor, la inanidad de los falsos dioses. Ello le acarreó, como era de esperar, graves persecuciones. Luego de increíbles hazañas, atravesó los Alpes, muriendo finalmente el año 612 en el monasterio de Bobbio.

Nos referiremos ahora al modo como aconteció la *conversión de Inglaterra*, zona oriental de las islas. Con ella tuvo mucho que ver San Gregorio Magno, quien desde que era joven sacerdote se había interesado particularmente por el pueblo anglosajón. Esta conversión tendría grandes consecuencias en la historia del cristianismo. Se ha dicho que la Roma de San Pedro empezó sus conquistas donde la Roma de Augusto había acabado las suyas: por Bretaña y por Germania.

En el origen de este emprendimiento se sitúa un episodio encantador, que pone su matiz de delicadeza y de poesía en el retrato de aquel gran

Papa. En cierta ocasión, cuando Gregorio era todavía monje en el monte Celio, estaba recorriendo uno de los mercados de Roma donde se encontraban traficantes que ofrecían esclavos para la venta. Entre éstos, que eran casi todos de piel negruzca, se encontraban tres esbeltos jóvenes, rubios y de ojos azules, de unos veinte años:

> –¿De dónde vienen?, preguntó el monje al mercader.
>
> –De Bretaña.
>
> –¿Son cristianos o paganos?
>
> –Paganos.
>
> –¡Qué pena que unos rostros tan llenos de luz estén en poder del príncipe de las tinieblas! ¿Y de qué raza son?
>
> –*Anglos*.
>
> –¿Anglos? ¡Más bien se deberían llamar *angeli* y herederos del cielo, como los ángeles! ¿Y de dónde vienen?
>
> –De Deira.
>
> –Pues bien, de la ira (*de ira*) serán llevados a la misericordia de Cristo. ¿Y quién es su rey?
>
> –Aella.
>
> –¡Tanto mejor, así cantarán el aleluya!

Esta anécdota, verdadera o falsa, que nos refiere Juan Diácono, el biógrafo del Santo, revela el designio de Dios a través de esos juegos de palabras. Gregorio adquirió a los tres anglos, los introdujo entre los monjes del Celio, dispuesto a enviar-

los a sus hermanos de raza. Apenas fue elegido Papa, se consagró a la realización de dicho plan.

Había que enviar a *England*, país de los anglos, a un grupo importante de misioneros, para que no se sintiesen aislados en medio de un pueblo extraño y quizás hostil. En el año 596, Agustín, prior del convento del Celio, recibió la orden de partir, juntamente con varios de los suyos, para la misteriosa Inglaterra. Cuando pasaron por Francia escucharon cosas tan terribles de la barbarie del pueblo al que se dirigían, que estuvieron a punto de retornar a sus celdas en Roma. Pero el Papa persistió en su propósito. Cuando finalmente llegaron a destino vieron que aquellos rumores eran infundados. Y para mejor, alguien les había preparado el terreno. Era una tal Berta, joven parisiense, biznieta de Clodoveo, que estaba desposada con Etelberto, el rey de Kent, junto al cual haría las veces de Clotilde con Clodoveo. Agustín y los suyos se dirigieron resueltamente al encuentro del Rey. Estaba éste sentado bajo un árbol, rodeado de sus caballeros, cuando vio que venían lentamente hacia él los cuarenta monjes romanos, llevando una gran cruz de plata, mientras cantaban himnos sagrados. "La historia de la Iglesia –ha escrito Bossuet a propósito de esta escena– no tiene nada más hermoso." Etelberto escuchó atentamente la exposición sumaria de la obra redentora de Cristo, luego de lo cual Agustín le pidió autorización para evangelizar la Gran Bretaña. Influido por la Reina, el monarca se mostró bien dispuesto, permitiéndole instalarse en las cercanías de su residencia. A partir de entonces, aquellos hombres de mar, los anglos

y los jutos, empezaron a convertirse. Primero Etelberto y una gran parte de sus oficiales se hicieron bautizar, y luego, el día de Navidad, los monjes derramaron el agua sobre diez mil ingleses a la vez.

Poco después Agustín se dirigió a la Galia para recibir, con el asentimiento del Papa, la consagración episcopal, tras lo cual regresó a la isla, donde Etelberto le cedió su propio palacio de Cantorbery, que sería la sede episcopal más antigua de Inglaterra. Cuando el Papa le confirió el palio al nuevo Arzobispo, anunció su intención de crear en las islas doce obispados, bajo dos metrópolis, Londres y York.

Gregorio estaba entusiasmado con el éxito de este nuevo emprendimiento. A diferencia del sistema tantas veces empleado de derribar los templos de los ídolos o los árboles sagrados, por insinuación del Santo Padre se introdujo otra modalidad, y fue la de transformar en templos cristianos los que habían servido hasta entonces para los cultos falsos. De una manera parecida decidía Gregorio en lo tocante a las tradiciones nacionales: "Como hay costumbre de hacer sacrificios de bueyes a los demonios, es conveniente cambiarla en una fiesta cristiana. Así, la fiesta de la Dedicación y de los Mártires podrían celebrarlas por medio de banquetes fraternales, y, en vez de inmolar animales a los dioses, podrían matarlos para comerlos en acción de gracias a Dios. Así, dejándoles alguna satisfacción sensible, se los dispondrá mejor a las alegrías del alma; porque es imposible querer cortarle todo de un golpe al alma salvaje." Con el cristianismo

penetraron en Inglaterra la lengua latina y elementos del Derecho Romano, así como pulularon los monasterios y las escuelas a ellos anejas, es decir, la civilización cristiana. Christopher Dawson no exagera cuando escribe que "la aparición de una nueva cultura anglosajona fue quizá el acontecimiento más importante acaecido entre la época de Justiniano y la de Carlomagno". Al ganarse de este modo para la causa del Evangelio a unos pueblos totalmente extraños a la cultura latina, el catolicismo lograba extenderse más allá de los antiguos límites del Imperio Romano.

De Inglaterra saldría uno de los hombres más grandes de este tiempo, *San Bonifacio*. Nacido hacia el 675 en la ciudad de Wessex, su nombre bárbaro original era Vinfrido. Siendo todavía joven, sintió el llamado de Dios a extender el Evangelio, según la modalidad tan propia en aquellas zonas de "peregrinación" apostólica. Luego de ser ordenado sacerdote, le confirieron el episcopado. Viajó después a Roma donde conoció al Papa, que era por aquel entonces San Gregorio II, un hombre de gran cultura, que al tiempo que enfrentaba con valor la herejía iconoclasta patrocinada por el emperador bizantino León III, se preocupaba activamente por la conversión de los germanos. Cuando lo conoció al peregrino inglés, quedó muy impresionado y puso en él toda su confianza. Vinfrido le pidió ser misionero pontificio en Alemania, a lo que el Papa accedió gustoso. "Tú no te llamarás ya Vinfrido –le dijo–, sino Bonifacio, el que hace el bien." Dirigióse así a las tierras que se proponía misionar, en calidad de representante del Papa, a

modo de obispo ambulante, sin sede determinada, como lo había sido al comienzo Agustín en Inglaterra.

Bonifacio buscó primero el apoyo de los francos. "Sin el patronazgo del Príncipe de los francos –escribía a un obispo amigo– no puedo gobernar a los fieles de la Iglesia ni defender a los sacerdotes; ni siquiera puedo impedir las prácticas paganas y la idolatría alemana, sin el orden que él mantiene y el temor que inspira." Mantuvo así estrechas relaciones, desde el comienzo de su carrera, con Carlos Martel, y más tarde con Pipino y con Carlomagno.

Luego de recorrer los Países Bajos se internó en territorio germánico, donde la idolatría seguía estando todavía muy viva. Allí predicó incansablemente, al tiempo que fundó grandes monasterios, entre los cuales se destacaría el de Fulda. Poco después fue nombrado arzobispo de Maguncia, y desde dicho lugar se dedicó a organizar minuciosamente, en total comunión con la Santa Sede, las regiones conquistadas para el Evangelio. El árbol sagrado de Wotan, que había derribado con sus propios brazos en Geizmar, no volvería a reverdecer en la selva germánica. Pasaba el tiempo, y cada vez se entregaba más a su labor pastoral, gastándose y desgastándose por Cristo. Un día se enteró de que lejos había una zona todavía pagana. Tenía casi ochenta años pero su ardor apostólico se volvió a encender, dirigiéndose allí con cincuenta monjes. Estaba ya bautizando a numerosos paganos, cuando un grupo de salvajes lo asaltó y lo mató junto con sus compañeros. Fue el 754. El

derramamiento de su sangre solidificó la gestación de la Alemania católica y de la Europa Carolingia que pronto nacería. Su obra quedaría consumada cincuenta años después en la persona de Carlomagno, hijo de aquel Pipino a quien él había consagrado rey.

* * *

Entre el bautismo de Clodoveo y la muerte de San Bonifacio transcurrieron 250 años. En dicho lapso, la situación cambió completamente. A fines del siglo V sólo había un mosaico de reinos bárbaros, arrianos en su mayoría. A mediados del siglo VIII toda la Europa occidental era ya católica. Asimismo se produjo una prometedora fusión de razas, de la que saldría una población más sana y vigorosa que la de la decadencia imperial, una sociedad más rural que urbana, en fin, la población del mundo medieval. Y también una fusión en el campo cultural, mediante la inserción de aportes bárbaros en el viejo tronco romano, con lo que quedaron cimentadas las bases de la civilización en la Edad Media.

También para la Iglesia estos resultados fueron de gran importancia, constituyendo una especie de compensación a las terribles amputaciones que en esos mismos tiempos tuvo que padecer en las costas del Mediterráneo. Mientras San Gregorio Magno llevaba adelante sus grandes proyectos apostólicos, un caravanero árabe de veinticinco años se lanzaba a una aventura religiosa que conmocio-

naría al mundo, repercutiendo hasta nuestro tiempo. Se llamaba *Mahoma*. Cuando en todo el Occidente surgían como hongos los monasterios, Siria, Persia y Egipto caían en poder del Islam. Y cuando Gregorio II enviaba a Bonifacio a sembrar la buena nueva en tierras germánicas, el África del norte y la España cristiana se desplomaban bajo los embates de los jinetes de Allah.

Señala Daniel-Rops un problema al que no es posible desatender y es el del nacimiento de las idiosincrasias nacionales. Mientras en el comienzo de la Ley Sálica se leía: "¡Viva Cristo que ama a los francos, guarda su Reino y protege su ejército!", en España San Isidoro de Sevilla exaltaba el patriotismo de su pueblo y felicitaba a "la nación floreciente de los godos" por haber vencido a los bizantinos, y en Inglaterra San Beda no ponía menos fervor en animar a sus compatriotas a que se sintiesen orgullosos de ser diferentes de las otras naciones. Estas exhortaciones nobles, pero que, desbocadas, hubieran tenido un carácter centrípeto, se vieron complementadas por la idea universalista que propondría la Iglesia, si bien sólo pudo ser formulada plenamente al término del primer milenio: la idea de Cristiandad, o de "comunidad de naciones cristianas".

VII. Los grandes obispos del momento

Como hemos procedido en las conferencias anteriores, donde luego de referirnos a las diversas "tempestades" que amenazaron a la Iglesia, señala-

mos las principales figuras que más colaboraron con la Divina Providencia para superar la situación, así lo haremos ahora.

Antes de mencionar a los grandes obispos protagonistas de la resistencia y de la reconquista, nos parece conveniente evocar el papel de no pocas santas y heroicas mujeres. Por ejemplo las esposas católicas de los reyes bárbaros, paganos o arrianos. Recordemos el papel de Clotilde con Clodoveo, de Berta con Etelberto, y tantas otras que no hemos podido mencionar.

Al margen del ambiente cortesano, señalemos la figura de *Santa Genoveva*, quien tuvo un papel destacado con motivo de las incursiones de los hunos. Éstos, luego de invadir el Oriente, se habían dirigido, como dijimos, hacia el Occidente, empujando primero a las tribus germánicas, y luego penetrando ellos mismos en las fronteras romanas. Eran hombres verdaderamente feroces, que pasaban su vida a caballo; para sustentarse, ni siquiera cocían sus alimentos, comiendo cruda la carne que ablandaban bajo la montura. Atila, uno de sus jefes, hombre muy inteligente y astuto, se propuso establecer en Europa un imperio asiático que sustituyese al de Roma. El pretexto que invocó para atacar el Imperio de Occidente resulta divertido. Tiempo atrás una princesa llamada Honoria, de veinte años de edad, hermana del Emperador Valentiniano III, que vivía en la corte de Ravena, donde por aquel entonces residían los Emperadores, se había enamorado de él, al punto que le envió una carta proponiéndole matrimonio. Atila, por el momento, ni

siquiera le respondió. Pero un tiempo después, fingió estar enamorado de ella para reclamar no sólo su mano sino también su dote, es decir, la mitad del Imperio de Occidente. El Emperador se apresuró a buscarle rápidamente otro consorte, mientras se excusaba con Atila. Entonces éste, acompañado de sus jinetes, se lanzó sobre las Galias. Era el año 451, cuando "el azote de Dios", como lo llamaban, llegó a las cercanías de Lutecia. Fue aquí donde entró a tallar nuestra Genoveva, la Santa de París. Esta pastorcita de ovejas, y luego monja en aquella ciudad, cuando los hombres temblaban ante el inminente peligro, se negó terminantemente a abandonar a los hunos la ciudad. "Que los hombres huyan si ya no son capaces de pelear. Nosotras, las mujeres, rezaremos tanto y tanto a Dios que él oirá nuestras súplicas." La cosa fue que Atila desistió finalmente de atacar la ciudad. El que una mujer haya podido imponerse así en una sociedad de guerreros, sólo se explica por los quilates de su alma. Durante su larga vida, seguiría siendo algo así como la guía espiritual de Lutecia, al tiempo que amiga tutelar de Clotilde y de Clodoveo. Su papel fue trascendente en la reconstrucción de una Galia romano-bárbara.

Mujeres admirables, por cierto. Pero vamos a detenernos más en los numerosos obispos que tuvieron la clarividencia necesaria para saber enfrentar con lucidez el terrible drama de las invasiones bárbaras. Piénsese que cuando se produjo el colapso final del gobierno imperial en el Occidente, los obispos, como representantes de la vieja cultura romana y personeros de la nueva sociedad espiri-

tual, pasaron de hecho a ser los dirigentes naturales de la población local, los "defensores de la ciudad". Cuán diferente hubiera sido el destino de la civilización si aquellos hombres no se hubiesen comportado como lo hicieron.

Nombremos concretamente a algunos de ellos. Por ejemplo a *San Paulino de Nola*, amigo de San Agustín, que tras haber sido cónsul y gobernador de Campania, al sur de Italia, se sintió llamado al sacerdocio y ulteriormente fue nombrado obispo de Nola. Aparte de ser un poeta exquisito, reveló sus dotes de caudillo enfrentando de manera heroica a Alarico y los suyos quienes, luego de haber saqueado a Roma, quisieron hacer otro tanto con Nola. Paulino murió al año siguiente, a consecuencia de los sobresaltos que tuvo que padecer.

Recordemos también a *Quodvultdeus*, antiguo diácono de San Agustín, y luego obispo de Cartago, que organizó la resistencia contra los vándalos ocupantes, fustigando a los que toleraban con demasiada facilidad al invasor. Como llegó a comparar a los jefes bárbaros con el Faraón u Holofernes, fue despojado de todo y expulsado de su sede. Refugiado en Nápoles, proyectó la reconquista de su tierra y murió exclamando: "Ellos combaten al Cordero, por el Cordero los vencerá."

En las Galias se destacó *San Germán de Auxerre*. Fue él quien haciendo una gira pastoral por el campo, conoció a una pastora llamada Genoveva, y se dio cuenta que Dios la reservaba para un glorioso destino. Nombrado obispo de Auxerre, recorrió incansablemente el oeste de las Galias, sal-

vando con su prestigio a la población del atropello de los bárbaros. Murió en Ravena, lejos de su sede. Pero tanta era la devoción que le tenían sus fieles que lo llevaron a hombros hasta Auxerre, caminando de noche, a la luz de las antorchas. En Italia podemos nombrar a *San Máximo de Turín* y *San Pedro Crisólogo*, hombres cultos y valientes, que defendieron con sus homilías y sus intervenciones la civilización amenazada.

¿Qué podríamos decir de *San Agustín*, el de Hipona? Con frecuencia se lo ha considerado más que como perteneciente a su época, como el que inauguró el futuro de un mundo nuevo, el primer hombre medieval. Otros han preferido ver en él al heredero de la vieja cultura greco-romana, uno de los últimos representantes de la antigüedad. Si bien hay algo de verdad en ambos puntos de vista, sería quizás mejor decir que más que pertenecer al mundo medieval o al clásico, fue por sobre todo un hombre de su propio tiempo. Testigo de la caída de Roma, de la decapitación de aquel organismo que había tenido en sus manos las riendas de la historia durante más de cinco siglos, no se limitó con ser un mero espectador pasivo de la crisis, sino que se convirtió en un auténtico protagonista de la historia de su época y un constructor del puente que conduciría del mundo antiguo al nuevo. En lugar de enfrascarse en el desastre que significó la destrucción del Imperio, limitándose a deplorarlo, levantó los ojos a las realidades eternas, en comparación con las cuales los acontecimientos de la historia no eran sino episódicos. Tal fue el origen de su obra *De Civitate Dei*. Más allá de la suerte de

la ciudad de Roma, puso sus ojos en aquellas otras ciudades –las Dos ciudades– y en la guerra teológica entre ambas, que constituye algo así como el telón de fondo de todos los acontecimientos intrahistóricos. ¿Cuáles fueron los resultados de su actuación? Si bien su época terminó en ruinas, y su amada Iglesia de África, a la que sirvió con fidelidad ejemplar, sería a la postre borrada de la faz de la tierra, cual si nunca hubiera existido, a raíz de la invasión del Islam, el espíritu del Santo mantuvo su vigencia en la historia y coadyuvó a gestar la época de la Cristiandad.

Finalmente queremos aludir a dos grandes Papas de estos siglos. El primero de ellos es *San León*. Por su ascendencia y educación era un típico romano, de la madeja de aquellos antiguos ciudadanos de la república y del siglo de oro del Imperio. En el año 440 fue elegido Papa, a los 45 años de edad, en un momento dramático para las dos partes del Imperio. En el Occidente gobernaba Valentiniano III, joven de veinte años, dedicado a vivir placenteramente, dejando el gobierno en manos de su madre, Gala Placidia. En el Oriente reinaba Teodosio II, quien se había convertido en protector de los herejes. León fue un verdadero caudillo, hombre metódico y preciso, capaz de enfrentar las situaciones más complejas, hallando siempre, como buen romano que era, su solución práctica. Este hombre lleno de caridad y de espíritu apostólico, supo enfrentar con decisión las diversas herejías que surgieron durante su pontificado, consolidando como nadie lo había hecho hasta entonces la realidad del primado de Roma, capaz de dar

sentencias y hacerlas cumplir. Sus sermones, llenos de contenido, están redactados en el latín más claro y elegante. Por sobre la vieja Roma. condenada a desaparecer, sabía que la Roma de los Apóstoles y de los mártires estaba construida sobre piedra. En uno de sus sermones destaca así el papel providencial de dicha ciudad: "Para que el efecto de esta gracia inefable [la de la Encarnación del Verbo] pudiera extenderse por el mundo entero, preparó la providencia divina el Imperio Romano, el cual se extendió hasta tales límites, que en todas partes vino a ser el vecino más próximo de todos los pueblos. En efecto, tal disposición divina respondía de la mejor manera a la obra de la redención, de modo que con la unión de muchos reinos en un imperio se hiciera pronto accesible la predicación general a los pueblos que estaban bajo el régimen de una sola ciudad."

En el 452, Atila se lanzó por segunda vez sobre el Occidente. Entrando por el norte de Italia, fue barriendo todo a su paso. en avance incontenible. El terror cundía por doquier, al punto que la Corte de Valentiniano III resolvió trasladarse de Ravena a Roma. Toda esperanza parecía volatilizada. Atila se disponía a cruzar el Mincio. afluente del Po, cuando de pronto advirtió que un extraño cortejo le salía al encuentro, entonando himnos y salmos. Eran varios sacerdotes revestidos con ornamentos, un grupo de monjes y dos patricios a caballo, llevando cruces y estandartes. En medio de ellos cabalgaba un anciano de barba blanca. Atila, que estaba cruzando el río, se detuvo en un islote de arena. "¿Cómo te llamas?", le preguntó al anciano.

"León, Papa", le respondió. El jefe de los hunos vaciló un instante, pero luego acabó de atravesar el río, saliendo al encuentro del Santo Padre. ¿Quién fue el de la idea de realizar este gesto? Nada menos que Valentiniano III. Al darse cuenta de que toda esperanza terrestre se había disipado, le pidió al Pontífice que tratase de detener la invasión amarilla. Tras una misteriosa conversación entre el Papa y Atila, éste último optó por retirarse, limitándose a exigir un tributo. "Demos gracias a Dios –dijo León al Emperador, al regresar de su misión– pues nos ha salvado de un gran peligro." Pronto la leyenda se apoderó del hecho. Para explicar la repentina retirada de los hunos, se aseguró que mientras el Papa hablaba, Atila habría visto detrás de su interlocutor a un personaje vestido de blanco, que creyó un ángel, o San Pedro, o San Pablo, quien lo amenazaba con una espada. Sea lo que fuere, este episodio resultó verdaderamente aleccionador, constituyendo un implícito mentís a aquellas reiteradas críticas de los paganos, obstinados en pretender que el abandono de los antiguos cultos era la causa de las derrotas del Imperio. Lo que San Agustín acababa de responderles en su obra *De Civitate Dei*, San León lo hacía de otro modo, con la expresividad de una acción.

En el año 461 murió este Papa, que pronto fue calificado de "Magno". San León Magno. Sepultaron sus restos en el atrio de la basílica de San Pedro desde donde, como se lee en el epitafio redactado dos siglos después, había de continuar "velando para que el lobo, siempre al acecho, no saquee el rebaño".

El segundo Papa al que queremos aludir es *San Gregorio Magno*. Ya hemos dicho algo de su juventud, su vocación sacerdotal y monacal. Apenas hecho Papa, se abocó de lleno a su labor pastoral. Hombre de baja estatura, poseía un alma grande, un corazón paternal, una inteligencia privilegiada y un carácter enérgico y decidido. Con la rapidez del genio captaba inmediatamente las situaciones más arduas y con su férrea voluntad se entregaba de inmediato a la realización de los planes más atrevidos.

Se ha señalado que para realizar la inmensa tarea que tenía por delante, encarnó, a la vez, los dos tipos humanos que, de modos diferentes, poseían las virtualidades necesarias para salvar aquel mundo tan jaqueado: era, ante todo, un romano cabal, y era, asimismo, un auténtico monje. Hijo de una rica familia patricia, fue prefecto de Roma, y perteneció, como antaño San Ambrosio, a aquella clase de grandes funcionarios capaces de entender todo lo que el pasado tenía de valedero, por lo que lo afectó profundamente la caída de la Urbe y del Imperio de Occidente. Luego se hizo monje, y siguió siéndolo durante toda su vida, transformando su propia casa de Roma en un monasterio –donde hoy se levanta la iglesia de San Gregorio–, y consagrándose a la única fuerza capaz de renovar al mundo, la Iglesia. La concepción que tuvo del papel del cristianismo en la edificación de la sociedad es deudora del pensamiento de San Agustín, a quien leía con frecuencia y admiraba profundamente. A un prefecto de África que le pedía consejo, le respondió: "Estudiad los escritos del bienaventurado

Agustín, vuestro compatriota, y cuando hayáis gustado su pura harina, ya no reclamaréis nuestro salvado." Todos los grandes principios agustinianos, y particularmente los contenidos en *De Civitate Dei*, los volvemos a encontrar en su obra.

Todavía joven, siendo diácono, el Papa lo envió como Legado suyo a Bizancio, lo que le dio la posibilidad de conocer experimentalmente aquel complejo mundo bizantino. Frente a la prepotencia que mostraba el emperador del Oriente, defendió con entereza el primado y los derechos pontificios. Siendo ya Papa siguió esta triste contienda, en lo más álgido de la cual escribió: "Estoy acostumbrado a sufrir con paciencia; pero, una vez que me he decidido a no aguantar más, me lanzo a todos los peligros con ánimo esforzado." Su infatigable labor apostólica como Pontífice no le impidió escribir numerosas obras de exégesis escriturística y pastoral, así como influir notablemente en la liturgia. De él parece provenir, aunque hoy es discutible, lo que se ha dado en llamar "el canto gregoriano".

Así como San León tuvo que enfrentar a los hunos, de manera semejante San Gregorio debió salir al encuentro de los invasores lombardos. En uno de sus escritos atestigua la crueldad de esa tribu: "Las hordas salvajes de éstos se precipitaron sobre nosotros [...], y los hombres fueron cayendo en todas partes como segados por la guadaña. Las ciudades fueron devastadas, los castillos derribados, las iglesias incendiadas, los conventos de hombres y mujeres arrasados hasta el suelo." Contenidos durante algún tiempo por los bizantinos, que

en aquella época ocupaban una parte de Italia, intentaron apoderarse dos veces de Roma durante el pontificado de Gregorio, pero en ambos casos el Papa obtuvo que levantaran el asedio. Con la claridad mental que lo caracterizaba comprendió la debilidad del Imperio Bizantino y se percató de que el porvenir de Occidente estaba, al fin de cuentas, en manos de los germanos. Por eso, acallando las protestas de su corazón, lastimado en sus sentimientos romanos, favoreció el surgimiento de las jóvenes naciones que aparecían en el horizonte.

En lo que toca a la obra de evangelización de los nuevos pueblos, comprendió que no podía llevarse adelante sin la intervención del Papado. En vez de realizarse localmente, como hasta entonces, según las iniciativas individuales de obispos y de monjes, la conversión de los bárbaros sería, desde Gregorio, obra de toda la Iglesia, de modo que ya no se apuntó tanto a la creación de cristiandades aisladas, cuanto a un ordenamiento internacional y una cultura común, la cultura de la Cristiandad.

Si León Magno fue, como vimos, en el siglo V, el testigo más lúcido del derrumbe del Imperio, al tiempo que el Papa de la resistencia a los bárbaros y de la salvaguarda de lo que podía ser salvado, San Gregorio Magno fue, a fines del siglo VI, el Papa de la reconquista. Europa le debe mucho a ambos. Se comprende así el aprecio que la Edad Media le tuvo a San Gregorio, declarándolo uno de los cuatro grandes Doctores de la Iglesia latina, junto con San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustín.

VIII. El papel de los monasterios

Otro de los baluartes de resistencia y de reconquista fueron los monasterios. En la conferencia anterior, hemos dicho algo sobre ellos. La vida monástica nació en Oriente, por iniciativa de San Antonio y de los Padres del desierto. Poco después, en la misma región, tomó la forma cenobítica, es decir, de comunidades bajo la dirección de un superior, gracias a San Pacomio. Finalmente fue reorganizada en Asia Menor por San Basilio, alcanzando un increíble desarrollo en la segunda mitad del siglo IV. A comienzos del siglo V no había lugar donde no se encontrasen grupos de este tipo, tanto de hombres como de mujeres, a quienes los fieles veneraban sobremanera. Desde que terminó la época de las persecuciones, luego de Constantino y de Teodosio, los ascetas tomaron el relevo en la consideración que los mártires habían tenido anteriormente, como testigos eximios de la fe y de la realidad del mundo sobrenatural. Los monasterios eran como las fortalezas que circundaban las ciudades cristianas, y los monjes que los habitaban, los centinelas que "guardaban sus muros", repeliendo los ataques de los enemigos espirituales de la sociedad. La institución monacal pasó al Occidente justamente en la época en que éste se encontraba jaqueado por los bárbaros. Jerónimo, Rufino, Casiano y muchos otros, visitaron por aquel entonces los desiertos de Egipto y Siria, llevando luego al mundo latino el conocimiento y el entusiasmo de la vida contemplativa. Fue especialmente Casiano quien en sus *Instituciones* y *Colaciones*, "tradujo",

por así decirlo, a la cultura latina el espíritu y la práctica del monasticismo egipcio. El movimiento se extendió con enorme rapidez, llegando a España, Bretaña y Galia, y extendiéndose luego a Irlanda, no bien ésta se convirtió al cristianismo.

Sin embargo la vida monástica de aquellos tiempos adolecía de tres defectos. El primero era el de un rigor extremoso, al estilo de la Regla que había hecho San Columbano, apta quizás para expresar el heroísmo personal pero difícilmente aplicable a la vida de toda una comunidad. El segundo lo constituía la existencia de numerosos monjes jiróvagos, nómades, que iban de aquí para allá, sin superior estable. Y el tercero, la gran variedad de Reglas. El hombre providencial en este campo fue *San Benito*. Nació en Nurcia el año 480, y pronto quiso abandonar la vida en sociedad para dedicarse a sólo Dios. Comenzó recluyéndose en una cueva de Subiaco, al este de Roma, donde vivió en total soledad durante tres años, en medio de grandes pruebas y combates interiores. Luego salió del retiro y los monjes de un monasterio vecino menos observantes le pidieron que fuese su superior. Pero cuando vieron que era serio y austero, se rebelaron, incluso recurriendo a violencias. Entonces Benito volvió a su cueva de Subiaco y fundó en las inmediaciones doce monasterios conformes a su espíritu. Tiempo después, acompañado de algunos monjes, se encaminó a un cerro llamado Monte Casino, en la Italia meridional, donde fundó un monasterio que habría de ser la casa madre de la Orden benedictina. Allí implantó una Regla que sería paradigmática para el monacato occidental.

La Regla de San Benito difiere de las anteriores por su sobriedad, su carácter práctico, y su visión del trabajo manual como medio de santificación. La abadía pasó a ser un organismo económico autónomo, con su molinos, eras y talleres, al estilo de la *villa* de los señores romanos, si bien en la abadía eran los monjes quienes trabajaban. Su primer deber lo constituía la celebración de la divina liturgia, el *opus Dei* por excelencia, que no debía tolerar ninguna interferencia, por ser el fin de la vida monástica. *Ora et labora*, tal era su lema. La oración, sobre todo litúrgica, con la recitación coral del Oficio Divino, y el trabajo manual, que se acomodaba a las necesidades del monasterio y a las capacidades personales.

Benito desechó toda austeridad exagerada, prefiriendo los actos de vencimiento propio. Como se ve, la mesura y el equilibrio caracterizaban la vida de comunidad. No en vano Benito era un romano de alma. Su innovación más importante fue la llamada "estabilidad", es decir, el voto por el que quien ingresaba en un monasterio se obligaba a permanecer en él toda su vida. Lejos de aquel "jirovaguismo" de los monjes a que aludimos más arriba, el benedictino se "radicaba", es decir, echaba raíces en el suelo, cobrando cariño a su terruño. El abad, que era vitalicio, debía ser como el padre de la casa.

Así, en esas épocas de inseguridad, desorden y barbarie, la regla benedictina encarnó un ideal religioso que hizo del monasterio un oasis de paz en medio de tanta violencia. En dicha regla, las tribus germánicas, que sentían bullir en sus venas

una vitalidad juvenil y a veces descontrolada, encontraban el sosiego y la serenidad. Cuando en el 581 los lombardos destruyeron Monte Casino, los monjes tuvieron que refugiarse en Roma. También ello fue providencial ya que, a raíz de ese traslado, entraron en estrecho contacto con el papa San Gregorio, quien habiendo sido monje, según dijimos, comprendió la importancia que la institución monástica podía tener para el porvenir de la civilización.

Pulularon también los monasterios femeninos, sobre todo en el Oriente. Pacomio fundó en Egipto dos conventos de monjas. Emelia y Macrina, madre y hermana, respectivamente, de San Basilio, tan benemérito del monacato, vivieron en un claustro. Para fines del siglo IV casi no había menos conventos femeninos que masculinos. Algunos de ellos contaban con más de cuatrocientas monjas. La institución pasó luego al Occidente. En Africa fundó San Agustín varios monasterios femeninos, y su misma hermana fue superiora en uno de ellos. Santa Escolástica, la hermana de San Benito, es considerada como la madre de las benedictinas. En Inglaterra e Irlanda pulularon los monasterios de monjas, contándose entre ellas muchas jóvenes de las clases más altas, incluso de las familias reales.

Señala Juan Schuck que si bien la comunidad monástica, que era una sociedad de paz, representa el polo opuesto al modo de ser y de obrar de la comunidad bárbara, que era una sociedad de guerreros, con todo puede observarse entre ellas ciertos paralelismos. En la de los bárbaros se encuentra el caudillo y su consejo de guerreros, decididos a

seguirlo hasta la muerte; en la monástica, el abad y su comunidad, que se ha comprometido a obedecerle hasta la vida eterna. En la primera impera el *ethos* del honor y la fidelidad, así como el culto a los héroes; en la otra, el *ethos* del sacrificio y la santidad, así como el culto a los santos y mártires. Además, entre los bárbaros se alimenta la tradición oral de la poesía heroica, y entre los monjes, la tradición literaria de las Sagradas Escrituras y las leyendas de los santos. "Esta correspondencia entre las tendencias de la cultura pagana y las de la monástica, hizo posible que los hombres pasaran de una a otra con su cambio profundo en sus creencias y en su sistema de valores morales sin perder el contacto vital con su antigua tradición social, que fue sublimada y transformada pero no destruida o perdida. Todo esto ayuda a explicar el atractivo que tuvo la institución monástica en la sociedad bárbara, y especialmente entre sus sistemas dirigentes, y por qué muchos hombres y mujeres de sangre real entraron al claustro y desempeñaron un papel importante en la conversión de sus parientes."

Los centros monásticos fueron, aun sin pretenderlo, focos de cultura. En todos ellos se crearon escuelas que convocaron numerosos discípulos, lo que permite entender su influencia civilizadora en la sociedad bárbara. El énfasis en el estudio que encontramos en los monasterios de aquel tiempo se remonta al célebre Casiodoro quien, como dijimos anteriormente, luego de haber sido alto funcionario del rey ostrogodo Teodorico, se retiró a un monasterio benedictino fundado por él mismo,

en una hacienda suya de Calabria, donde creó una escuela y una biblioteca; mientras él se dedicaba a la filosofía y la enseñanza, hizo que sus monjes se abocasen a la transcripción de libros antiguos. Gracias a este trabajo, que luego se propagaría a numerosos monasterios, la Orden transmitió a la posteridad los tesoros literarios de la antigüedad. Como se ve, mientras en Occidente las instituciones educativas del Imperio romano se desvanecían a raíz de la oleada de los bárbaros, la gran tradición de la cultura clásica se conservó sólo por la Iglesia y particularmente por los monjes. De este modo, el monasticismo acabó por asumir un papel de guía cultural que, en realidad, era ajeno al primitivo espíritu de la institución.

La liturgia, tan predileccionada en los monasterios, se convirtió en una escuela de belleza para los bárbaros. Éstos, ávidos de poesía, encontraron una expresión sublime de la misma en el culto sagrado. Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, imbuido en el espíritu de la liturgia, compuso la espléndida música del *Vexilla Regis* y del *Pange lingua*. San Ambrosio creó en Milán un nuevo género de poesía litúrgica. También Prudencio y Paulino de Nola fueron notables poetas. Sin embargo la liturgia no influyó tan sólo elevando el nivel cultural y estético de los pueblos bárbaros. También éstos fueron adquiriendo a través de ella una nueva cosmovisión y una nueva visión de la historia, ya que al participar en el culto, aprendían, de manera casi dramática, como es el estilo de la acción cultual, el pasado y el futuro del género humano: la historia de la creación del hombre, del pecado y la reden-

ción, de la Iglesia, del fin de los tiempos, así como las disposiciones providenciales que gobernaban el curso de la historia. Al mismo tiempo, en la conmemoración de las fiestas de los santos, cada edad, cada oficio y cada pueblo encontraban sus respectivos patronos.

El movimiento monástico occidental afectó también a los campesinos, de modo que la cultura cristiana logró injertarse en el corazón de la sociedad rural. Los monasterios se habían establecido, por lo general, lejos de las ciudades, en medio del campo, y por ende pudieron convertirse en centros espirituales y económicos del ambiente agrario. El campesino, que durante tanto tiempo había sido el olvidado en la urdimbre social, advirtió que su forma de vida se veía ennoblecida por la Iglesia. Los monjes italianos fueron a menudo campesinos de nacimiento. Como efecto colateral, el trabajo disciplinado e incansable de los monjes fertilizó de nuevo las tierras que habían sido despobladas y vueltas desérticas en la época de las invasiones.

Escribe Newman en un conocido pasaje sobre la misión de San Benito y de los suyos: "En el campo o en el monte había hombres silenciosos cavando, limpiando y construyendo; y otros hombres silenciosos, a los que no se veía, estaban sentados en el frío claustro, cansando sus ojos y forzando su atención, mientras copiaban o recopiaban penosamente los manuscritos que habían salvado."

IX. El legado de la sangre bárbara

Así como en conferencias anteriores, luego de hablar de las persecuciones del Imperio Romano contra el catolicismo, nos referimos a lo que aquel Imperio le legó a la Iglesia, de manera semejante vamos a considerar ahora cuál fue el aporte de la sangre bárbara en la construcción de la Cristiandad.

Porque el mundo bárbaro transfundió su sangre en la Iglesia. Schuck no puede disimular su origen germánico al afirmar que las tribus alemanas bien se merecían el gran despliegue de celo y de esfuerzos, llevado a veces hasta el sacrificio de la vida y de la propia sangre, con que fueron conquistadas para Cristo. Porque si bien es cierto que aquellas tribus tenían graves defectos, también poseían tal exuberancia de energías vitales intactas, y estaban tan bien dispuestas a los más altos ideales humanos y religiosos, que su conquista para Cristo significó no sólo haber ganado sus almas para la eternidad, sino también un beneficio para el desarrollo del Reino de Dios.

Tanto los germanos como los celtas se caracterizaron por su hondo espíritu religioso, cosa que no siempre se podía decir de quienes integraban el Imperio, según nos lo asegura Salviano. La religión los acompañaba durante toda su vida, consagrando, embelleciendo y transfigurando los principales acontecimientos de su existencia.

Es cierto que los antiguos germanos ignoraban, al parecer, la realidad del pecado, y por tanto el arrepentimiento y la redención. En lo que toca a

la existencia del mundo, creían que no era eterno, sino que había conocido un comienzo y algún día terminaría. La idea que tenían de la historia estaba envuelta en la tragedia. Los dioses, especie de superhombres, eran más desgraciados que los hombres, y un día se verían aplastados bajo las ruinas del universo. Sería el crepúsculo de los dioses, *Götterdämmerung*. Para la última batalla, Odín se pondría el casco de oro, mientras los dioses defenderían como héroes el *Walhalla*, pero en vano, ya que un gran incendio consumiría el mundo. El germano incubaba una especie de fatalismo, mas no por ello se hundía en la tragedia, como el hindú o el budista, sino que reaccionaba con voluntad y fuerza, haciendo frente al desastre como soldado que obedece a las órdenes de su comandante, como héroe dispuesto a perderlo todo, menos el honor. En el *Walhalla* los dioses no admitían más que a los valientes, caídos en el campo de batalla. Los demás muertos, que eran multitud, se verían relegados al *Hel*, el equivalente germánico del infierno. Pero ni el *Walhalla* ni el *Hel* eran eternos. También ellos estaban condenados a la destrucción.

La religión de los bárbaros estaba poblada de símbolos. La Iglesia comprendió que no era preciso destruir todo, ya que había elementos que podían ser asimilados, previo exorcismo, había correspondencias y afinidades entre sus creencias y la fe católica. Lo que hemos visto del influjo que ejercieron las mujeres en la conversión de los reyes bárbaros tiene no poco que ver con el respeto casi sagrado que los germanos experimentaban frente a la mujer. El culto de la Santísima Virgen parecía hecho

para tocar el corazón de aquellos hombres toscos. Sus almas descubrían en el cristianismo lo que faltaba a su paganismo y que ellos buscaban instintivamente: una ley moral y una esperanza.

1. *El sentido sacro de la realeza*

Un aporte muy interesante de los bárbaros para la construcción de la Cristiandad fue la idea que tenían de la realeza, psicológicamente muy atractiva, porque respondía a los aspectos más profundos de su tradición cultural y social. El rey bárbaro no era un déspota, como el sátrapa persa, ni un magistrado, como el emperador romano. Era un jefe de guerra, dotado del prestigio de su antepasado divino y de la tradición heroica.

Cuando los reinos bárbaros tomaron las riendas del Imperio Romano ya caduco, sus caudillos entendieron que desde entonces tenían una doble procedencia. Por un lado seguían heredando la tradición de algunas heroicas dinastías de origen divino, mientras que por el otro, al ocupar poder en el Imperio, heredaban las tradiciones políticas y administrativas de un Estado altamente organizado. Ello se advierte con claridad en el caso de Teodorico. El gran rey ostrogodo se creía heredero de las tradiciones heroicas de la raza de Eormanric, pero al mismo tiempo se consideraba protector del arte y la cultura de Roma así como un gobernante que mantenía la tradición de la ley y el gobierno romanos. Procopio, que no sentía simpatía por los godos, escribió acerca de él que "gobernaba a sus

súbditos como un gran emperador. pues ejercía justicia, dictaba buenas leyes, protegía a su país de la invasión y daba prueba de prudencia y valor extraordinarios".

Más allá de lo administrativo y político. los reyes bárbaros se consideraban marcados por el sello de lo sagrado. Sabían, por cierto. que eran la cabeza de su pueblo y la personificación de la vida de su tribu. pero más profundamente aún entendían ser, por una parte, los representantes del pueblo ante los dioses, como sumos sacerdotes que presidían los sacrificios, y por otra los representantes de los dioses ante el pueblo, en virtud de su ascendencia divina y del prestigio sagrado de su cargo. Es decir, eran pontífices. ya que hacían de puente entre los dioses y su pueblo.

Por la importancia que tenían los reyes entre los bárbaros, la Iglesia se dirigió a ellos de manera especial, de modo que desde las cortes reales se realizase la ulterior conversión de los pueblos a ellos sometidos. En última instancia, el Rey era la clave de la estructura social, y su conversión al cristianismo preludiaba la de su pueblo. Si bien al hacerse cristiano perdió sus antiguas prerrogativas divinas, su inclusión en la ecumene de la Cristiandad le confería nuevo prestigio y un nuevo carácter sagrado.

Partiendo de la idea ancestral de los bárbaros. la Iglesia insistió en el aspecto sacral y cristiano de la realeza. de modo que poco a poco fue logrando que los Reyes lo asumieran personalmente. La sustitución en las Galias de la antigua casa real por la

familia de Carlos Martel y Pipino significó mucho más que un simple cambio de dinastía. Fue el nacimiento del nuevo ideal de la realeza soñado por la Iglesia, el ideal de la realeza ahora sí plenamente cristiana, que sería el signo distintivo de la Edad Media. Pipino aceptó ser coronado por un acto solemne de consagración religiosa, que llevó a cabo San Bonifacio en el 751. Fue la primera vez que un rey franco recibía la coronación y la unción real de manos de la Iglesia, rito que el mismo Papa repitió tres años después, cuando visitó a Pipino para pedirle ayuda contra los lombardos. Desde entonces se convirtió en una costumbre, y la ceremonia integró el ritual de la Iglesia, en la conciencia de que el crisma o el óleo consagratorio confería carácter sagrado a la persona del gobernante. Se sabe que este rito ya había sido empleado en el siglo VII en la España visigoda, pero su origen primitivo se encuentra en el Antiguo Testamento, donde se lo ve a Samuel ungiendo a David en lugar de Saúl, con lo que quedaba en claro el principio teocrático del gobernante político y la dependencia del poder secular respecto a la autoridad espiritual del profeta que, como representante de Dios, intervenía cambiando el curso de la historia al transferir la realeza a una nueva línea.

Lo importante fue dejar en claro el carácter sacro de la coronación de los reyes bárbaros. El príncipe cristiano es una imagen de Dios, un vicario de Dios en la tierra para el orden temporal. El Rey debe ser para su reino lo que el alma para el cuerpo y lo que Dios para el mundo. Por ello la Iglesia trató de que la coronación fuese una ceremonia

excepcionalmente trascendente. Véanse estas solemnes invocaciones que el Obispo dirigía a Dios en Toledo, después de haber recibido el juramento de fidelidad del monarca:

> Señor, que gobiernas todos los reinos desde la eternidad, bendice a este nuestro rey, glorifícale de suerte que logre llevar el cetro como David, y esa glorificación redunde en merecimiento suyo. Haz que gobierne pacíficamente, como Salomón: que esté sujeto a ti por el temor y milite serenamente bajo tu bandera [...] Sea magnánimo con los súbditos, justo en los juicios. Obtenga una patria fructífera y concédele ser provechoso a sus vasallos.

A estas súplicas seguía la solemne consagración:

> Queden ungidas estas manos con el óleo santo con el que fueron ungidos los reyes y los profetas, como ungió Samuel a David al consagrarlo rey, y a fin de que tú seas bendito y constituido rey en este reino sobre este pueblo que te dio tu Señor y Dios para regirle y gobernarle, lo que Él mismo se digne concederte.

Las aclamaciones por parte de los prelados, la nobleza y el pueblo, el repique de las campanas y el solemne Te Deum con que terminaba esta ceremonia era un remate digno de tanta solemnidad.

2. *La canalización cristiana de la violencia: la Caballería*

Otro de los aportes de la idiosincrasia bárbara a la cultura cristiana fue su valoración del honor, el heroísmo y la fidelidad, como lo muestra su aprecio por la figura del guerrero, aprecio común a germanos y a celtas. Aun cuando algunas de esas tribus acabaron por radicarse en un lugar determinado, comenzando a practicar la agricultura, nunca desapareció por ello la arquetipicidad social de la figura del combatiente. El fundamento físico de la aristocracia guerrera era la fuerza, su fundamento moral, el honor y la fidelidad. El vigor físico no debía ser sino el símbolo de la fuerza moral. El heroísmo sólo encontraba su plenitud en la muerte heroica. Porque el heroísmo germánico era menos el arte de vencer que el de morir con gloria. Fuerza, honor, fidelidad, tales constituían los tres imperativos de su nobleza. Según algunos estudiosos, Odín era la figura central de las creencias germánicas, el héroe como divinidad. Así concebían el heroísmo, de donde brotaba la admiración y el culto del héroe.

En su libro *Germania* el historiador Tácito decía de los viejos germanos: "Son rudos, y agregan a su salvajismo natural los recursos del arte: sus escudos son negros, sus cuerpos pintarrajeados. Para combatir, eligen las noches oscuras, y con el horror y la sombra que envuelve a ese ejército fúnebre, producen espanto en el enemigo. Nadie es capaz de sostener un espectáculo tan extraño y casi infer-

nal, porque en toda batalla los ojos son los primeros vencidos."

Comentando el texto de Tácito escribe de Reynold que en todas las sociedades bárbaras y primitivas se encuentran estas agrupaciones de hombres que con la ayuda de disfraces, pinturas o tatuajes, se dan apariencias terribles, ya que, como acaba de decirnos Tácito, si en una guerra se busca la victoria, hay que comenzar por atemorizar al enemigo; quien tiene miedo ya está vencido. Por eso los combatientes bárbaros tomaban la apariencia de animales salvajes y feroces. A veces se revestían con las pieles de dichos animales. Por una especie de éxtasis y de furor orgiástico, cambiaban de "*animus*". Tales grupos de personas buscaban ejercitar a la juventud, acrecentar su vitalidad, multiplicar sus fuerzas. Los celtas admiraban la "desmesura" en el héroe; para los germanos, el guerrero debía ser un superhombre. De los guerreros se ha escrito que asumían en la vida de la sociedad la función de la fantasía, el tumulto y la violencia, que para el equilibrio colectivo se la juzgaba tan necesaria como la función conservadora del orden y de la tradición, más propia de los hombres maduros, y especialmente de los ancianos. De uno de los grupos germanos escribió Tácito: "Una regla es aceptada por todos; desde que son jóvenes dejan crecer los cabellos y la barba; sólo después de haber matado a un enemigo se despojan de ellos; sólo entonces se presentan a sus padres, a la patria, como dignos hijos suyos." Los guerreros bárbaros no recibían sueldo, ya que no querían ser considerados como mercenarios, de modo que debían equiparse

a su costa. Su fidelidad recaía en las personas más que en las ideas. A su vez, los jefes militares estaban ligados a sus guerreros por el deber y por el honor.

¿Qué haría la Iglesia frente a esta realidad? Intentar una transferencia, tratando de ver en el guerrero bárbaro, que no carecía de graves falencias, un posible esbozo del guerrero cristiano. Por cierto que se requería una previa catarsis, desechando lo malo para luego asumir lo rescatable y transfigurarlo. Purifiquemos, bauticemos, santifiquemos aquellas características y tendremos al soldado cristiano. Tal fue la labor de la Iglesia en este campo. No de otro modo se gestó la figura del caballero. Como se ve, la aparición de la Caballería en Occidente resultaría ininteligible si no nos remontamos a la época de los bárbaros. La manera que la Iglesia encontró de atemperar los ardores de la sangre germana fue ofreciendo un cauce y una meta noble a ese ímpetu, no pocas veces mal empleado. Por eso se ha dicho que la Caballería –costumbre germana sublimada por la Iglesia– no es primariamente una institución sino un ideal, un estilo de vida, hasta llegar a constituir con el tiempo la forma cristiana de la condición militar.

Según era de esperar, en los primeros tiempos se mezcló lo bueno y lo malo. No pocos seguían aprovechándose de la fuerza para fines menos dignos. Sin embargo la Iglesia persistió en su propósito. En una pedagogía de largo aliento, fue sublimando los hábitos y costumbres de los caballeros, les mostró cómo el uso de la fuerza y del coraje no había de ser arbitrario sino que debía ponerse

al servicio de la justicia, de la inocencia, de la debilidad, de la religión, en una palabra, lo impregnó del más elevado espiritualismo, convirtiendo poco a poco al irascible aventurero en el caballero cristiano. Así tanto los celtas como los germanos fueron encontrando una nueva vocación, la de soldados de Cristo, brazo secular de la Cristiandad.

Como se ve, también en este terreno la Iglesia ejerció una eficaz función educadora, cristianizando la violencia, para lo cual no vaciló en recurrir incluso a costumbres paganas, aptas para expresar la vocación del combatiente. Entre las tribus germanas se estilaba, por ejemplo, el rito de "dar las armas", como ellos decían. La escena se desarrollaba generalmente en las penumbras de un bosque. El jefe de la tribu ponía en las juveniles manos del pretendiente un escudo o una lanza: le daba las armas. Este rito bárbaro tan primitivo fue el elemento material de la nueva creación de la Iglesia, la naturaleza sobre la cual se injertaría la gracia. A ese cuerpo la Iglesia le daría un alma.

La Caballería aparece así como el encuentro de las costumbres bárbaras con el espíritu católico. Para que dicha síntesis se realizara fue preciso que transcurrieran siglos, durante los cuales se fue produciendo, en éste como en tantos otros planos, la fusión íntima de las dos grandes tradiciones, la del Norte, bárbara, y la del Sur, romana y bautizada. De esta síntesis, la Caballería resulta el símbolo más acabado. Partiendo, pues, del soldado cruel y terrible de las épocas bárbaras llegamos al caballero heroico y cristiano de fines del siglo XI, tal cual se lo describe por ejemplo en *La Chanson de Roland*.

o en el poema del *Mío Cid*, del siglo XII. Cuando el papa Urbano II lanzó con todo su poder el Occidente católico sobre el Oriente de la tumba de Cristo caída en manos de los infieles, ya la Caballería era una realidad cumplida. Godofredo de Bouillon, el más grande de los cruzados, es también el modelo de toda caballería.

Asimismo se produjo una transferencia de índole más bien artística, en el ámbito de los cantos épicos, los llamados "cantares de gesta", tan amados por los visigodos como por todos los germanos, de que hablan las viejas crónicas. Bien ha escrito Ozanam que "la Iglesia se guardó muy bien de romper el arpa de los bardos galos; los purificó y les agregó una cuerda más para cantar a Dios, a los santos y los goces del hogar". El romancero español prolonga los antiguos himnos germánicos.

Cerremos estas consideraciones sobre la asunción del mundo bárbaro por la cultura de la Cristiandad, señalando una deficiencia de aquellas épocas, que la Iglesia debió corregir. La sociedad bárbara se caracterizó por una grave fragmentación. Cada tribu se encerraba de tal modo en sí misma que hacía imposible la creación de vastos conjuntos en territorios dilatados. Si lograban formar confederaciones, sus lazos de unión eran débiles, efímeros, inconstantes como una nebulosa. Sus dimensiones nunca llegaron a ser las de las naciones modernas. Esta tendencia debió ser revertida. Sería también la Iglesia la que propondría una visión universalista de Europa, una visión imperial, de un Imperio que cobija a diversas naciones.

X. El Imperio Romano, la Iglesia y la Barbarie: crisol de la Cristiandad

Este proceso de transformación y transfiguración fue el que condujo al nacimiento de la Cristiandad. Recordemos sucintamente los jalones del proceso, a los que nos hemos referido en anteriores conferencias, según nos lo presenta Christopher Dawson. Roma había establecido su imperio sobre el mundo gracias a su organización política y militar, pero su contribución a la cultura y a la civilización fue más bien escasa. En este campo, más que creadora de cultura, fue su agente de expansión. Su labor fue la del soldado y la del ingeniero, que despejan el terreno y construyen los caminos. La cultura cosmopolita del Imperio Romano proviene del mundo helénico, más precisamente del estilo de vida de la ciudad-estado, que luego Alejandro Magno y sus sucesores se encargaron de extender a todas las tierras por ellos conquistadas. Las clases media y alta de las diversas ciudades, que respondían al modelo de la ciudad griega, se helenizaron por completo o al menos adquirieron un barniz superficial de cultura y maneras griegas. Roma se hizo cargo de esa herencia y continuó su obra, si bien con el espíritu estrictamente práctico y utilitario que la caracterizaba. El ideal romano del estado mundial, que debía asegurar la paz universal, pareció una preparación para la ecumene que propiciaba la Iglesia. Ya a comienzos del siglo V, el español Prudencio anticipaba la creencia de Dante en la misión providencial del Imperio Romano: "Por todo el mundo –escribe– los hombres viven hoy

como miembros de la misma ciudad e hijos del mismo hogar. La justicia, el foro, el comercio, las artes y el matrimonio, unen a los habitantes de las más distantes playas; de la mezcla de tantas diferentes sangres nace una única nueva raza. Tal es el fruto de las victorias y triunfos del Imperio Romano. Así se ha preparado el camino para la venida de Cristo."

Tras el período de las persecuciones, los cristianos creyeron que el futuro de la Iglesia estaba inescindiblemente unido al destino del Imperio Romano, que oficialmente se convertía bajo los gobiernos de Constantino y de Teodosio. De este modo, y por segunda vez, los destinos de la Iglesia parecieron inseparables de una institución humana. Lo mismo que para los cristianos judíos el porvenir de su pueblo se identificaba con el cristianismo, según vimos en una conferencia anterior, para los cristianos romanos su futuro se identificaba con el del pueblo romano. La Iglesia parecía haber alcanzado su ideal, coincidiendo con la ecumene romana. Por eso resulta difícil imaginar lo que muchos católicos debieron haber sentido cuando, lejos de realizarse su sueño, los acontecimientos señalaban que el Imperio sería destruido por los bárbaros. El espectáculo de esos invasores brutales, ignorantes, malolientes y groseros, hablando una jerga ronca e ininteligible, que se esparcían por doquier, tratando a las provincias como si fueran un botín, ha de haber sido desolador. Nada digamos de la que habrán sentido el día en que esas hordas salvajes se apoderaron de la Ciudad Eterna.

Pero la Iglesia no desesperó, ni creyó que todo estaba perdido y que desaparecería bajo el oleaje de los bárbaros. Confiando en la promesa que le hizo Cristo de no abandonarla, de permanecer con ella hasta la consumación de los tiempos, entrevió la posibilidad de que sobre las ruinas que acumularon los invasores naciese un mundo nuevo, animado también él por el espíritu del Evangelio. Por eso volvió su mirada hacia los nuevos señores de la historia. Así lo entendieron los grandes obispos, como San Remigio, San Isidoro de Sevilla, San Patricio y San Bonifacio, que aceptando sinceramente la dominación bárbara, no les pidieron hacerse romanos, sino cristianos. Cuando los bárbaros se convencieron de que podían llevar el suave yugo de Cristo sin tener que soportar el pesado yugo de Roma, la barca de Pedro desplegó sus alicaídas velas. De este modo el mundo bárbaro entró en la Iglesia. En menos de tres siglos todas las tribus germánicas se convirtieron al catolicismo. Se había requerido más tiempo para ganar al Imperio, a pesar de que su estructura política ofrecía mejores ventajas de apostolado.

Así se franqueó una nueva encrucijada de la historia. Tal fue el sentido del bautismo de Clodoveo, comparable al del centurión Cornelio. En el caso de este último, la Iglesia, separando su causa de la del pueblo de Israel, se había dirigido sin vacilaciones a ese hombre, representante de la gentilidad, recibiéndole en su seno sin imponerle la ley judaica, ni obligándole a pasar por la circuncisión. Ahora, distinguiendo su destino del porvenir del Imperio, se dirigió a los bárbaros y puso en sus

manos el señorío del mundo. sin exigirles de entrada que hiciesen suyas la cultura y la civilización romanas. En lugar de quedarse llorando sobre las ruinas, buscó conquistar para el Evangelio a los huéspedes que llegaban a su casa. La Iglesia no puede dejarse confiscar ni unir su suerte a cosas tan efímeras como son una dinastía, una nación, una clase social, una civilización.

Vióse de este modo, por segunda vez, cómo si bien la Iglesia está ligada al mundo y actúa en el mundo. es, no obstante, algo muy diferente del reino de este mundo. De no ser así, si la Iglesia se hubiese enfeudado al Estado romano. consustanciándose con él, éste la hubiera unido a su suerte y entonces habrían sucumbido juntamente. Pero no sucumbió con él, lo mismo que unos siglos antes supo mantener su independencia y sus características propias frente a las persecuciones del poder romano. Al derribarse el Imperio, la Iglesia pudo mantenerse interiormente firme e inquebrantable. Más aún, tendió sus manos a los bárbaros, celtas y germanos, a fin de que no solamente no se destruyera ni se aniquilara la pujante fuerza de su raza. sino que, encontrando en el cristianismo freno y medida así como modo de educar y sublimar sus virtualidades, se hicieran aptos para colaborar en la edificación de la Cristiandad.

Sin embargo este dirigirse a los bárbaros en modo alguno significó que la Iglesia se desinteresase del gran acervo cultural que hasta entonces había custodiado el Imperio Romano. Si bien es cierto que no estaba dentro de sus posibilidades salvar su aparato estatal. sí lo estaba salvar su patrimonio

cultural, fruto de largos siglos de esfuerzo espiritual, literario, científico, jurídico y artístico. La destrucción de la política cultural del Imperio Romano había dejado un gran vacío que ningún rey o general bárbaro podía llenar. Dicho vacío fue colmado por la Iglesia, maestra y legisladora de los nuevos pueblos. Éstos no poseían literatura escrita, ni ciudades, ni arquitectura de piedra. Eran, realmente, "bárbaros", y sólo por el cristianismo y los elementos de alta cultura transmitidos por la Iglesia, Europa occidental adquirió unidad y forma. Los Padres latinos –Ambrosio, Agustín, León y Gregorio– fueron realmente los gestores de dicho trasvasamiento, puesto que aquellos pueblos adquirieron una cultura común sólo en la medida en que se incorporaron a la comunidad espiritual de la Cristiandad. Recoger los valores del mundo antiguo y entregarlos al nuevo mundo en formación era una tarea dignísima, que solamente la Iglesia estaba en condiciones de llevar a cabo.

Y de hecho logró hacerlo. Los pueblos germánicos quedaron incorporados a la vida de la Iglesia y una gran parte del patrimonio cultural del mundo antiguo pasó a los germanos. Los vencedores y los vencidos se fueron reconciliando paulatinamente hasta que lograron fusionarse en una unidad muy superior a la que habían conocido los pueblos en los tiempos anteriores a Cristo. La Iglesia no se acercó al modo de una nueva raza o de un nuevo pueblo, sino como una luz y una vida, donde razas y pueblos pudiesen encontrar su unidad en la voluntad divina, creadora de las diversas razas y pueblos. Cada uno conservó su idiosincrasia, cada

pueblo sus características propias, establecidas y queridas por Dios. La nueva unidad en la que habían de fundirse era una unidad sobrenatural, y ella no puede vulnerar ninguna unidad natural.

Por eso, como escribe de Reynold, Europa no acabó de formarse hasta que se operó, bajo los auspicios del cristianismo, la fusión del mundo romano con el mundo bárbaro. O, como se dijo en aquel tiempo, la fusión de la *Romania* y del *Barbaricum*, de los galo-romanos y de los francos. ¿Qué hubiera sucedido si, entre el mundo antiguo y el mundo bárbaro, no hubiese intervenido un tercer elemento, la Iglesia?

Madame de Staël nos ha dejado a este respecto un pasaje magnífico:

> Los romanos civilizaron al mundo que habían sometido. Primeramente hizo falta que la luz partiese de un punto brillante, de un país poco extenso, como Grecia; hizo falta que, pocos siglos más tarde, un pueblo guerrero reuniese bajo las mismas leyes una parte del mundo para civilizarla al propio tiempo que la conquistaba [...] La invasión de los bárbaros fue sin duda una gran desventura para las naciones contemporáneas de aquella revolución, pero este mismo acontecimiento hizo que las luces se difundieran todavía más [...] La religión cristiana fue el lazo de unión entre los pueblos del Norte y los del Mediodía: fundió, por así decirlo, en una opinión común, costumbres opuestas; y, acercando entre sí a pueblos enemigos, hizo de ellos naciones nuevas, en el seno de las cuales los hombres enérgicos fortificaban el carácter de

los hombres ilustrados, mientras que los hombres ilustrados desarrollaban el espíritu de los hombres enérgicos. Esta mezcla se operó, ¿qué duda cabe?, con lentitud. La Providencia eterna no escatima los siglos para llevar a cabo sus designios, y nuestra pasajera existencia se siente por ello asombrada e irritada; mas lo cierto es que vencedores y vencidos acabaron por no constituir sino un mismo pueblo en las distintos países de Europa, y que la religión cristiana contribuyó poderosamente a este resultado.

XI. La figura de Carlomagno

Llegamos así al último punto de estas conferencias, donde centraremos nuestra atención en la figura del emperador Carlomagno. Es allí donde culmina el largo trabajo de la Iglesia en pro de la conversión de los bárbaros y su integración en las viejas estructuras del Imperio. Entre el momento en que Clodoveo recibió la unción que lo consagró como rey, y aquel en que, ya bautizado todo el Occidente, recibió Carlomagno el cetro imperial, trascurrieron no menos de cuatro siglos.

El siglo VII fue uno de los siglos cruciales de la historia. Flotaba en el ambiente la idea de que había que dar nuevas bases al sistema político de Occidente. Lo que quedaba del Estado romano no eran sino sus escombros. El derecho del puno, el *faustrecht*, que se había impuesto durante las invasiones, se mostraba absolutamente incapaz de salvar el orden, y menos aún, de promover la civilización. Para ello se requería la aparición de un hom-

bre providencial. No podemos describir en detalle los hechos que prepararon el acceso de ese hombre al poder. Limitémonos a lo esencial. La situación en Italia se había vuelto insostenible. A comienzos del siglo VIII, la Península estaba dividida en dos partes. En una de ellas dominaban los bizantinos. Recuérdese que, décadas atrás, el emperador Justiniano, con la intención de restaurar el viejo Imperio, había enviado a sus generales, entre los que se destacaron Belisario y Narsés, para luchar contra los vándalos y ostrogodos, logrando reincorporar de este modo al Imperio el norte de África, Italia y el sur de España. Ahora dicha presencia estaba muy reducida, limitándose tan sólo al sur de Italia, Venecia y Ravena. El Exarca, que así se llamaba el representante del Basileus, residía en esta última ciudad, pero su poder no era omnímodo, sobre todo en Roma. Por otro lado, presionaba sobre los bizantinos una tribu germánica, la de los lombardos, que a mediados del siglo ocuparon Ravena y amenazaron a Roma en diversas ocasiones. Los Papas miraban a Bizancio con desconfianza por distintas razones, pero principalmente porque cada vez que eran elegidos debían pedir al Emperador que ratificase su nombramiento, cosa que juzgaban inaceptable. Para colmo, en esos momentos había estallado la querella de las imágenes, cuando los iconoclastas, amparados por el Emperador, destruían icono tras icono.

Entonces los Papas optaron por Occidente. Pero ¿quiénes, concretamente, serían capaces de brindarle protección? Allí estaban los lombardos, que ya se habían convertido, mas al parecer pretendían reemplazar al Basileus en Italia, sojuzgando de nue-

vo a la Iglesia. Si el Papa se sometía a los dictámenes de sus reyes, quedaría otra vez enfeudado. Ya se decía que uno de ellos, Liutprando, posiblemente atacaría Roma. Como el Papa no podía hacer frente a Bizancio y al mismo tiempo alejar el peligro de los lombardos, recurrió a una tercera potencia. Fueron los francos, los únicos que contaban en la Europa occidental.

Para mejor comprender el sentido del paso dado por el Papa, será conveniente recordar algunos datos históricos. Después de la muerte de Clodoveo, habían transcurrido dos siglos de decadencia, con aquellos reyes merovingios que la gente calificó de "holgazanes", porque pasaban su vida en la ociosidad y el desenfreno, enteramente ineptos para gobernar, y menos aún para entender lo que era el ideal de la Cristiandad que se estaba gestando. Fue entonces cuando, junto a aquellos reyes, aparecieron los llamados *Mayordomos de Palacio*, especie de primeros ministros, que eran en realidad los que gobernaban. Algunos de ellos fueron germanos, ya que en aquellos tiempos Francia y Germania no eran más que designaciones geográficas. Se hablaba así de la "Francia romana", la que estaba al oeste del Rin, y de la "Francia teutónica", que estaba al este y que luego se llamaría Germania. Ello permite entender por qué luego Carlomagno situaría el centro de su Imperio en Aquisgrán, ciudad ubicada junto al Rin.

Entre los "Mayordomos de Palacio" se destacó la figura de Carlos Martel, así denominado por la poderosa maza de armas –"martel"– que manejaba en el combate. Fue él quien en el 732 detuvo

en Poitiers a los invasores musulmanes. El hijo de Martel, Pipino el Breve, depuso al último rey de la dinastía merovingia, tomando su relevo. San Bonifacio, en nombre del Papa, lo ungió como nuevo monarca, según el ritual de consagración que se estilaba ya en la España visigoda. Fue a este Rey a quien recurriría el papa Esteban II para salir de aquel atolladero en que lo había puesto la amenaza conjunta de los bizantinos y de los lombardos. Esteban dejó la ciudad de Roma y, cruzando los Alpes, se dirigió hacia donde estaba Pipino. Éste le salió al encuentro, bajó del caballo, se prosternó ante él, y tomando las riendas de su caballo, como si fuese un simple palafrenero, lo condujo hasta su palacio. El Papa lo nombró "Patricio de los Romanos", dignidad que había sido la de los Exarcas de Ravena, con el compromiso de defender la Ciudad Santa del inminente peligro lombardo. Se pusieron asimismo de acuerdo en que en adelante el Sumo Pontífice tendría también poder temporal sobre algunos territorios, de modo que pudiese ser más independiente de influencias extrañas. Así nacieron los *Estados Pontificios*, que perdurarían por once siglos, hasta la irrupción de Garibaldi.

Pronto llegó la hora del hombre providencial que esperaba Occidente, quien gobernaría gloriosamente durante más de cuatro décadas, poniendo punto final a la crisis abierta por las invasiones de los bárbaros. Era Carlos, el hijo de Pipino, al que el pueblo llamaría "Carlomagno" porque, como escribe Daniel-Rops, la grandeza se unió a su personalidad como la corteza al árbol.

Su figura pasó a ser legendaria. Los cronistas lo presentan asistiendo gustoso a interminables Oficios litúrgicos, y mezclando su fuerte voz al coro de los monjes. Su vida moral no fue, por cierto, demasiado edificante que digamos. Los sacerdotes que lo rodeaban le insistían en la necesidad de vivir conforme a los mandamientos, exhortándole, como le dijo uno de ellos por carta, a referirlo todo a Dios y a amar por encima de todas las cosas a Aquel que lo había sacado de la nada, le había confiado la carga de gobernar y había de pedirle cuenta de ello en el día terminal. Tenía siempre a mano una Biblia, y leía cotidianamente un trozo de ella, convencido como estaba de ser "lugarteniente de Dios", o de "ocupar sobre la tierra el puesto de Dios", según le gustaba decir.

Mientras tanto, los lombardos seguían siendo un peligro latente. Uno de sus reyes, Desiderio, que residía en Pavía, se resolvió por fin a avanzar sobre Roma. El papa Adriano pidió entonces auxilio a Carlomagno. Este, cruzando los Alpes, entabló combate y venció a los lombardos. Luego entró en Roma, siendo recibido triunfalmente en San Pedro, mientras los coros cantaban: "Bendito el que viene en nombre del Señor." Adriano confirmó a Carlos el título de "Patricio de los Romanos", y el Rey corroboró al Papa la donación de Pipino. Después Carlos se dirigió a Pavía, donde tomó para sí la "Corona de Hierro" de los lombardos vencidos. Desde entonces comenzó a llamarse "Carlos por la gracia de Dios, rey de Francia y de los Lombardos, y Patricio de los Romanos".

A Adriano le sucedió León III, hombre sencillo pero muy santo. Una camarilla de romanos intrigantes le hacían la vida imposible hasta el punto de que, en cierta ocasión, mientras encabezaba una procesión, se apoderaron de él, lo despojaron de sus vestiduras pontificias, lo golpearon, y luego lo encerraron en un convento. Era el año 799. Descolgándose por la ventana con una cuerda, logó escapar, y se encaminó a Paderborn, donde se hallaba Carlos, para pedirle ayuda. Inmediatamente el Rey le dio una escolta, de modo que pudiese regresar a Roma. Poco después, el mismo Carlos se dirigió a dicha ciudad. En medio de un inmenso séquito en que se mezclaban francos y romanos, ingresó en la Basílica de San Pedro entre cantos de triunfo, acercándose luego a la "Confesión", donde se arrodilló y oró un rato. Cuando iba a levantarse, el Papa se le acercó y colocó una corona sobre su frente, mientras la multitud clamaba por tres veces: "¡Larga vida y victoria al piadosísimo Carlos, Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico Emperador de los Romanos!" Luego el Papa lo ungió con óleo, mezclando el rito bíblico con el ceremonial impuesto desde Diocleciano para la coronación de los emperadores de Roma. Era la noche de Navidad del año 800. Desde entonces el Occidente tenía un nuevo Emperador. Carlos tomaba así las riendas del poder político, tras la terrible encrucijada de la historia que significó la invasión de los bárbaros resucitando de este modo sobre nuevas bases el Imperio de Occidente, mientras el Papa, con la garantía del Estado Pontificio, prenda de su independencia, se veía libre de las intemperancias de Bizancio.

Los bizantinos se pusieron furiosos. ¡Un bárbaro que se convertía en Emperador y un Papa que lo ungía! Hasta entonces, el Imperio de Oriente había podido vivir en la ficción de que los bárbaros ocupaban por violencia las tierras romanas, sus tierras, y que un día, por las victorias de un nuevo Justiniano, volverían a ser suyas. Lo de Carlomagno era para ellos una usurpación, una especie de sacrilegio que ni Teodorico ni Clodoveo se habían atrevido a cometer. Como era de esperar, la Corte de Bizancio, se negó a reconocer el nuevo Imperio. Pero con el tiempo debió rendirse ante los hechos. En el año 812, el Basileus Miguel envió una embajada a Aquisgrán para saludar a su "hermano", el "Basileus Carlos". Desde entonces hubo legalmente dos Imperios: uno de Oriente y otro de Occidente.

Carlos entendió su misión de una manera militante: "Creo que, con la ayuda de la divina misericordia –afirmó–, me corresponde defender con las armas en todas partes a la Santa Iglesia de Dios." Y así lo veremos, siempre con la espada en el puño, siempre cabalgando y combatiendo por la causa de la Cristiandad. Durante sus 45 años de reinado emprendió no menos de 55 ofensivas, luchando hasta seis meses antes de morir. Uno de los problemas que más lo inquietó fue el de los sajones. A mediados del siglo VIII había dos Germanias yuxtapuestas: una, renana, turingia y bárbara, que había sido ya evangelizada y ganada para el cristianismo por los esfuerzos titánicos de los misioneros; la otra, sajona, todavía pagana, guardiana feroz de las costumbres bárbaras. Carlos se interesó en este asunto por dos razones. Ante todo porque,

siendo cristiano, no podía admitir en sus fronteras la existencia de un pueblo que rechazaba el Evangelio y exterminaba a los misioneros; y luego, porque como político clarividente, sabía que si no destruía Sajonia, sería Sajonia quien destruiría su obra. Otro problema lo constituía la tribu de los daneses, todavía idólatras, y que, a la muerte de Carlomagno, se convirtieron en los terribles piratas normandos. Por el momento, el Emperador logró transformar esa región en un "Marca" de los francos, es decir, una zona fronteriza.

Con esto, el norte y el este quedaban contenidos. Pero faltaba mirar al sur ya que, a pesar de la victoria lograda en Poitiers, perduraba el peligro del Islam. De ahí que la mirada de Carlomagno se volviese a la España ocupada por los moros. Cruzando los Pirineos, las tropas francas se lanzaron así a través de Aragón, Navarra y Cataluña, pero al volver a Francia acaeció la sorpresa y derrota de Roncesvalles, que fue el tema de *La Chanson de Roland*. Sin embargo los francos lograron establecer una sólida línea de plazas fuertes, que incluía Lérida, Barcelona, Pamplona, Tarragona, Tortosa. Era una nueva frontera, la "Marca" hispánica, que coadyuvó luego a la Reconquista de España.

No podemos dejar de destacar lo que se dio en llamar "el renacimiento carolingio", uno de los más grandes acontecimientos de orden intelectual que conociera la historia por lo que significó de compenetración del cristianismo y del poder imperial. En los años en que Carlomagno tomó el poder, el nivel de la cultura estaba por los suelos. La decadencia política de los merovingios había corri-

do paralela al hundimiento de las cosas del espíritu, tanto en el campo de las letras como del arte y la teología. Carlos no era, por cierto, un intelectual, sino sobre todo un guerrero que había puesto su espada al servicio de Dios. Pero supo rodearse de los mejores pensadores de su época, llamando junto a sí a un grupo de monjes y sabios a quienes tomó de consejeros. Por eso, como escribe Daniel-Rops, "donde mejor se capta el genio de aquel hombre y la grandeza de su carácter, quizás sea en el hecho de que aquel guerrero, casi inculto, comprendiese la importancia de semejante obra, y se consagrase a ella en persona".

En Aquisgrán, Carlomagno había hecho construir una ciudad magnífica en torno al Palacio Imperial. Allí funcionó la *Escuela Palatina*, donde se congregó lo mejor del pensamiento de la época. De Galia del sur vinieron Agobardo y Teodulfo; de las Islas Anglosajonas, Alcuino; de Italia, Pablo Diácono y Paulino de Aquilea; de Irlanda, Clemente y Dungal; de los países francos, Angilberto y Eginardo; de España, discípulos de San Isidoro de Sevilla. Fue *Alcuino*, proveniente de un monasterio inglés y abad de San Martín de Tours, quien estuvo al frente de dicha Escuela de estudios superiores, cuyo plan curricular seguía los lineamientos dejados por San Agustín en su tratado *Sobre la doctrina cristiana*. El ideal era ambicioso, según se deja advertir por esta carta de Alcuino a Carlomagno: "Si vuestras intenciones se realizan puede ser que una nueva Atenas surja en Francia, y una Atenas más hermosa que la antigua, pues nuestra Atenas, ennoblecida por las enseñanzas de Cristo, será supe-

rior a la sabiduría de la Academia. La antigua Atenas sólo podía instruirse con las enseñanzas de Platón, y a pesar de ello florecieron las siete artes liberales. Pero nuestra Atenas estará enriquecida por los siete dones del Espíritu Santo y por eso superará toda la dignidad de la sabiduría humana." Como se ve, se buscaba de manera expresa el entronque con la cultura clásica. Tanto que cada uno de sus miembros era conocido por un pseudónimo tomado de la Antigüedad. El mismo Carlos, que a veces presidía esta docta asamblea, se había identificado con David; Alcuino se llamaba Horacio; Angilberto, Homero. Resulta realmente llamativo que un monje culto como Alcuino y un bárbaro iletrado como Carlomagno soñaran con la creación de una nueva Atenas en un mundo todavía bastante primitivo. Sin embargo no se puede menos de reconocer que el ideal de Alcuino, patrocinado por Carlomagno, preservó de hecho la herencia de la cultura greco-latina, proyectándola hacia las cumbres intelectuales del Medioevo.

El influjo de Aquisgrán no sólo se manifestó en el terreno filosófico y teológico, sino también en las bellas artes. Por doquier floreció la buena música, no habiendo catedral ni convento que no tuviese su propia *schola cantorum*. Lo mismo la arquitectura, al punto que C. Dawson ha podido escribir: "Carlomagno fundó una santa arquitectura romana tanto como un Sacro Imperio Romano." El mosaico agregó un maravilloso esplendor a dicha arquitectura. También floreció el arte de la iluminación y la miniatura.

Según se ve, el Papa estuvo inspirado cuando colocó la corona imperial sobre la cabeza de Carlos, en la idea de que el Imperio de Occidente no podía desaparecer. Lo mismo pensaría uno de sus sucesores hacia el Año Mil, al coronar a los Otones y a los Enriques. Emperadores del "Sacro Imperio Romano Germánico". Al fin y al cabo, tanto Carlomagno como ellos eran los herederos de Constantino, Teodosio y Justiniano.

El 25 de enero del 814, Carlomagno entregaba su alma a Dios. "Cuando murió Carlos –escribe Eginardo–, el mundo perdió a su padre." Tres siglos más tarde, la *Chanson de Roland* y otros cantares de gesta consagrarían al poderoso Emperador como personaje de epopeya, en una suerte de transfiguración poética. *Aureus Carolus!*, dijo el obispo Jonás de Orleans. "Resplandecía como el oro." Muy pronto se convertiría en "el Emperador de la barba florida". El pueblo comenzó a recordar su voz, poderosa como el trueno, los sesenta mil clarines que precedían a su corcel, los miles de cadáveres de enemigos amontonados bajo su espada, la Joyosa; se evocó su espíritu de equidad, sus justas cóleras, sus atinadas frases y gentilezas.

Por cierto que en su vida hubo sombras, atropellos y violencias. Esta puede ser una de las razones por la que no se lo venere oficialmente como santo canonizado. No obstante ello, en varios lugares se lo venera como tal y se le tributa el culto correspondiente, teniendo sobre todo en cuenta cuánto aprovechó su gestión para el progreso del cristianismo y de la cultura católica.

Libros consultados

Gonzague de Reynold, *La formación de Europa*, vol. V, El mundo bárbaro y su fusión con el romano. 1. Los celtas, Ed. Pegaso, Madrid 1952.

Le monde barbare, vol. II, *Les germains*, Plon, Paris 1953.

Daniel-Rops, *La Iglesia de los tiempos bárbaros*, Luis de Caralt, Barcelona 1956.

Christopher Dawson, *La religión y el origen de la cultura occidental*, Sudamericana, Buenos Aires 1953.

Ensayos de la Edad Media, Aguilar, Madrid 1960.

Godefroid Kurth, *La Iglesia en las encrucijadas de la historia*, Difusión chilena, Santiago 1942.

Salvien de Marseille, *Oeuvres* II, Col. Sources chrétiennes 220, Ed. du Cerf, Paris 1975.

Hubert Jedin, *Manual de historia de la Iglesia* II, Herder, Barcelona 1990.

B. Llorca - R. García Villoslada, etc., *Historia de la Iglesia Católica*, tomo I, La Edad Antigua, BAC, Madrid 1950.

Hilaire Belloc, *Las grandes herejías*, Tierra Media, Buenos Aires 2000.

Juan Schuck, *Historia de la Iglesia de Cristo*, Dinor, San Sebastián 1975.

J. Daniélou - H. I. Marrou, *Nueva historia de la Iglesia*, tomo I, Cristiandad, Madrid 1964.

Alfredo Sáenz

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



La Sinagoga y la Iglesia primitiva

Las persecuciones del Imperio Romano

El arrianismo

EN la catolización de Europa influyó también la añoranza del Imperio, el ideal imperial e imperialista de la unidad de las gentes y sus sangres bajo una ley, un Dios y un Jefe, pero manteniendo lo que denominamos culturas o identidades populares. De allí esa compleja armonía de personalidades nacionales que constituyeron Europa y cuyos residuos recibimos a través de España.

Entre las tantas críticas que ha de recibir, nadie, espero, podrá achacarle triunfalismo a nuestro autor. Su esfuerzo abarcará varios tomos de extensión accesible y redactados con la inteligencia esclarecida, el estilo sencillo y la voluntad divulgadora que es una voluntad cordial al servicio sobre todo del prójimo juvenil televidente y telepastoreado, completamente ajeno por lo general a este enfoque realista y católico.

OCTAVIO A. SEQUEIROS
De la Presentación

